

No dejes tus llaves a cualquiera

EL CASERO

UNA NOVELA DE
ARIEL ZORION

EL CASERO
NO DEJES TUS LLAVES A CUALQUIERA

ARIEL ZORION

© Ariel Zorion

Ariel zorion

Copyright

Imagen de portada: fotografía gratuita de Pixabay modificada en Canva.

([Pixabay License](#): Gratis para usar bajo la licencia de Pixabay. No es necesario reconocimiento).

© *Ariel Zorion*

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.

Instragram: @ariel_zorion

Web: <https://www.arielzorion.com>

Mail: arielzorion@arielzorion.com

*Para que en los momentos difíciles no nos olvidemos de sonreír. Este libro
va dedicado a todos los que estén sufriendo por algún ser querido.*

Sinopsis



Un cambio de trabajo.

Un traslado.

Una forma de dejar atrás el pasado.

El comienzo de una nueva vida.

Cuando Stacey se muda de ciudad, espera que ese comienzo le ayude a dejar atrás sucesos desagradables vividos unos meses atrás. Fue víctima de acoso en su trabajo y pasó por un auténtico calvario.

Ha encontrado una oferta para alquilar una vivienda que no puede desaprovechar, sobre todo ahora que está planteándose poner en marcha su propio negocio mientras lo compagina con su nuevo empleo.

Aparecerán personas con las que compartir su vida, aunque no todas serán recomendables.

Si te apasiona la combinación del thriller psicológico y el terror, no dejes de leer esta novela.



“Cuando tienes muchas expectativas,
te estás preparando para la desilusión”.

Ryan Reynold

Situación de partida

“Cuando no somos capaces ya de cambiar una situación, nos enfrentamos al reto de cambiar nosotros mismos”.

(Viktor Frankl)



CAPÍTULO 1



Cuando suena el despertador, el malestar vuelve a llenar la habitación. Stacey no quiere levantarse, no tiene ni la menor gana de incorporarse a una rutina que detesta, en la que no se siente a gusto, en la que tiene que fingir que no es tan grave, que puede soportarlo simplemente porque no le queda más remedio que hacerlo si quiere seguir pagando el alquiler y no quedarse en la calle.

Suena otra vez. Le recuerda que no hay más oportunidades, que si no se levanta ya, llegará tarde al trabajo y entonces tendrá que enfrentarse a las malas caras, a los reproches y a la bronca del jefe.

El jefe.

Ese maldito y despreciable ser que solo piensa en meterle mano por debajo de la falda, como suele decirse. No debería aguantar sus abusos, pero no se atreve a decir nada por miedo a que la despidan. Es su palabra contra la de él, porque nadie ha presenciado lo que le ha hecho ni lo que ha intentado en más de una ocasión.

Todo eso le genera una angustia que cada día parece espesarse y tomar mayor consistencia, haciéndose más gruesa y pesada, como si fuera una masa viva que crece un poco más cada jornada que pasa.

Suspira.

Se pone el antebrazo sobre la frente y los ojos, cubriendo la parte alta de su cabeza. Siente la presión de su piel y le proporciona una sensación agradable. Parece que su mente se relaja.

No tiene ninguna gana de abandonar el cálido abrazo de las sábanas esa mañana. Le gustaría detener el tiempo y parar todo lo que sucede a su alrededor, inventarse un paréntesis indefinido en el que solo ella pudiera decidir cuando reanudar la actividad.

Al final, de mala gana, se levanta, despacio, dividiendo una tarea simple en miles de pasos cortos hasta que es consciente de que ya no puede retrasar más lo inevitable.

Se prepara un café, se da una ducha rápida y se pone la ropa menos llamativa y atractiva que encuentra en su armario. Pantalones anchos, jersey *oversize* y unas zapatillas.

Se mira en el espejo.

Intenta sonreír, pero es inútil porque ni sabe ni puede esconder su tristeza.

Se va de casa dejando un suspiro colgado del aire.

Daría lo que fuera por no tener que salir.



CAPÍTULO 2



Cuando abandona el edificio en el que vive, se dirige directamente a la boca del metro más cercana. Ni siquiera se ha peinado, pero es que se encuentra tan deprimida que no le apetece lo más mínimo dedicar ni un segundo a su cuidado personal.

Como cada día a esa misma hora, se encuentra atestado de gente. Una montaña de vidas luchan por coger una pizca de oxígeno. Se siente arrastrada por esa multitud que la mueve sin voluntad, zarandeándola de un lado a otro, encaminándola a las puertas del tren que la llevará a un destino no deseado sin oponer resistencia.

Ahí, en medio de esa masa informe de gente, le asaltan las primeras ganas de llorar del día, cuando es consciente de que no es dueña de su vida, que lo que hace está muy alejado de sus sueños, que se siente extraña en esa ciudad que un día le pareció su hogar, pero que hace tiempo que la hace sentirse alienada.

—Tengo que hacer algo. No puedo seguir así —dice en voz alta, provocando que dos mujeres que están a su lado la miren y la juzguen, pues es lo que solemos hacer, emitir nuestros juicios de valor ante las acciones de los demás sin conocer el contexto ni la historia personal de fondo.

Las mira y se avergüenza.

Agacha la cabeza.

¿Qué otra cosa puede hacer?

Es lo que lleva haciendo desde que era niña.



CAPÍTULO 3



Llega al trabajo. Lo hace con puntualidad, lo que le ahorrará el primer mal trago del día. Al menos eso. Se desplaza por la oficina intentando hacerse pequeña, casi invisible. Se sienta en su cubículo, enciende el ordenador y se pone los auriculares con el micrófono. Intentará hacer bien su labor, pero sin destacar. No quiere llamar la atención en ningún sentido. Le encantaría ser una gota que forma parte del incommensurable océano, indistinguible de todas las demás.

Le resulta frustrante esa vida encorsetada dentro de los límites de la mediocridad. Es solo un transitar entre respiración y respiración, pero sin el aliento necesario para sentirse realmente viva. Por segunda vez en el día, se dice a sí misma que debe ponerle fin y tomar de nuevo el control. Como decían los versos finales de *Invictus*, el famoso poema de William Ernest Henley, debe ser la capitana de su alma, la dueña de su destino.

Por alguna razón, siente una nueva determinación y no sabe de dónde sale, puesto que lleva ya tanto tiempo en esa fase depresiva que creía que se había quedado sin capacidad ni siquiera para llevar adelante la más mínima iniciativa. Se creía un motor sin una sola gota de gasolina para prender el arranque.

Cuando está a punto de hacer un descanso para tomar un café, el jefe la llama a su despacho. Se le hace un nudo en el estómago que le aprieta fuerte y le provoca una náusea. Una emoción oscura impregna cada resquicio de su interior, como una admonición que la exhorta a salir corriendo y buscar refugio.

Se dirige hacia allí arrastrando los pies, pero también el alma, su autoestima y cualquier atisbo de alegría que pudiera sentir aquel día.

Llama a la puerta de forma débil.

Los nudillos apenas tocan el cristal.

Son como un soplo apenas audible.

—Adelante, Stacey. Te estaba esperando.

Un escalofrío le recorre la columna vertebral al ver esa sonrisa cargada de intenciones.



CAPÍTULO 4



La sonrisa ladina y amarilla del fumador empedernido que es Hugh Lamb la recibe de manera siniestra. Lo primero que hace es mirarla de arriba abajo, recorriendo con sus ojos de animal hambriento cada milímetro de su cuerpo, haciéndola sentir sucia y provocando que se rodee con sus brazos en señal de protección.

La sonrisa del cazador cruel se amplía.

Es evidente que percibe con nitidez lo que provoca en ella, pues no disimula el gozo que le produce. Ni siquiera hace el menor esfuerzo por ocultarlo.

—Cierra la puerta, por favor —le ordena.

En la cabeza de la chica resuena el ruido herrumbroso que hace una puerta metálica al cerrarse, pues siente que está en ese momento en una jaula de barrotes estrechos que oprimen su libertad.

Siente una impotencia asfixiante.

No ha hecho absolutamente nada que merezca que la llame al despacho. Ha cumplido con su trabajo, ha llegado a la hora y ni siquiera se ha tomado un descanso todavía. ¿Por qué, entonces? ¿Qué otros motivos puede tener, salvo hacer que se sienta minúscula y a su merced?

—Tengo la impresión de que cada vez vienes más desaliñada a trabajar, Stacey. Me gusta que mis empleados cuiden su imagen —la reprende—. Una chica tan bonita como tú, debería lucir sus encantos.

Se le revuelve el estómago ante la insinuación. En la boca de otra persona, no le daría tanta importancia, puede que incluso no significara nada más allá que solicitarle que guarde las condiciones de etiqueta del puesto de trabajo. Sin embargo, en la de ese depravado suena a declaración de intenciones y a objetivos indecorosos.

No se atreve a decir nada. Solo agacha la cabeza, procurando esconder el miedo que la atraviesa y la repugnancia que le provoca. Si pronuncia una sola palabra, puede convertirse en una justificación para que se acerque hasta ella y la toque. Y eso es lo último que desea en ese momento.

Detesta su contacto físico.

Odia la proximidad de aquel hombre.

Su olor.

El aliento que la roza cuando le tiene a una distancia que traspasa de largo la establecida como políticamente correcta a nivel social.

«Stacey, se acabó. Tienes que poner fin a esto», piensa.

Entonces Hugh se levanta y se encamina hacia ella.

El temblor de su cuerpo se intensifica.



CAPÍTULO 5



Ese día es evidente que todo es distinto, porque en cuanto ve que se levanta de su silla, Stacey, en lugar de quedarse petrificada como viene siendo habitual, sale disparada del despacho. No puede soportarlo más. Algo desconocido dentro de ella la ha impulsado a actuar. Se acerca a su mesa, recoge sus cosas y sale de la oficina sin mirar atrás.

Ha sido una reacción visceral que no ha pasado por el neocórtex, sino que ha partido directamente de una amígdala tirana que la ha instado a huir de allí, a escapar del peligro que se cernía sobre ella y a no buscar razones que pudieran detenerla.

Una vez en la calle, rompe a llorar.

«¿Qué he hecho?», se pregunta.

Puede que haya cometido la mayor estupidez de su vida hasta el momento. Acaba de tirar a la basura el único ingreso económico que la mantenía a flote.

No termina de creerse su propia reacción. Tiene la impresión de que alguien ha ocupado su cuerpo por unos instantes y ha respondido por ella. Jamás habría hecho algo así si lo hubiera pensado aunque tan solo fuera por una milésima de segundo.

Acaba de quedarse sin trabajo, no necesita cerciorarse de ello porque lo sabe seguro. Tampoco tiene intención de preguntarlo, ya que significaría volver ahí dentro, exponerse al escarnio público en ese lugar en el que nadie nunca la trató de forma adecuada.

Cuando se incorporó, tuvo la impresión inicial de que se llevaba bien con dos chicas que la recibieron de forma agradable. Pero pronto comenzaron las envidias, en cuanto se dieron cuenta de que el jefe mostraba ciertas deferencias hacia ella que los demás no tenían. En aquellos comienzos que resultan distantes y lejanos, Stacey iba muy arreglada a trabajar, con ropa elegante y ceñida en algunas ocasiones, vestidos, faldas, tacones altos que estilizaban su figura y, además, bien peinada y maquillada. Le gustaba verse bien y usar prendas bonitas, como casi a cualquier chica de su edad.

Hasta que percibió la mirada de lascivia en aquellos ojos.

Hasta que Hugh Lamb decidió que podía concederse ciertas licencias.

Hasta que los límites se desvanecieron como una muralla de piedra que cae y se convierte en un montón de cascotes inservibles.



CAPÍTULO 6



La autoestima de Stacey cayó en picado desde que comenzó en aquel trabajo. Desde el mismo instante en que lo aceptó, se prometió a sí misma que sería temporal hasta que encontrase algo mejor y adaptado a su formación. Tenía muchos sueños que cumplir y se creía capaz de grandes cosas. Pero, día tras día, esa energía vigorizante que alimentaba su alma, se fue apagando, en parte debido al aislamiento social al que la sometieron en su empresa y al cada vez más evidente acoso de su jefe.

Empezó a sentirse pequeña.

Empezó a pensar que no era capaz.

Empezaron a hacerla creer que ese trabajo era a lo mejor que podía aspirar.

Empezó a creerlo.

Por ello, por todas esas creencias infundadas, en ese preciso instante en mitad de la calle, experimenta un miedo atroz a haber terminado con todas sus posibilidades.

Como si el mundo ya nunca más estuviera rebotante de múltiples oportunidades.

Como si hubiera dejado escapar el último tren al que podría subirse.

Llama a Jamie, pero esta no le coge el teléfono.

Era lo esperable. Está trabajando a esa hora. Lo normal era que no pudiera contestar en ese momento. A pesar de que lo sabe y lo entiende, siente una honda decepción que nace de una imperiosa necesidad de sentirse respaldada y protegida.

Mira su terminal. Cierra los ojos haciendo un intento más para impedir que caigan lágrimas de ellos. Aprovecha ese breve instante para realizar una mirada introspectiva con la que intenta localizar en qué momento empezó a equivocarse.

Abre los ojos de nuevo. No puede detenerse sin más esperando que la solución acuda a su encuentro. Es ella la que tiene que salir en su búsqueda, aunque ahora se siente bloqueada, sin los mínimos recursos necesarios para afrontar esa nueva situación.

Le manda un mensaje a su amiga.

“Jamie, la he cagado mucho. Necesito hablar contigo. ¿Podemos quedar para tomar algo cuando salgas del curro?”

Guarda el móvil en la mochila y mira al cielo.

—¿Y qué hago yo ahora?



CAPÍTULO 7



Regresa a su piso. Tiene que empezar a buscar alternativas. No debe permanecer en un tiempo muerto para relamerse las heridas, puesto que los días pasan volando y el final de mes llegará con la presión de los pagos.

Pero no puede.

Se siente incapaz de reiniciar la marcha.

Primero necesita asimilar lo que ha sucedido.

Lo que ha hecho.

Los motivos que la han abocado a tomar esa decisión irreversible.

Se tumba en la cama boca abajo. Se siente estúpida. Empequeñecida. Una muñeca sin voluntad.

Llora.

Tenía que haberse defendido. Tenía que haberle plantado cara desde el principio. Debía haber sido más valiente, defender su dignidad por encima de todo lo demás, porque solo depende de nosotros mismos protegerla. Una vez que nos al arrebatan, es complicado recomponerla otra vez. Siempre quedarán fisuras por las que pueda volver a resquebrajarse.

Pero ya es tarde para pensar en eso.

No hay vuelta atrás.

Ahora toca asumir las consecuencias y afrontar este futuro incierto que se abre ante ella como un camino de espinas.

No puede volver a casa de su madre. Sobre todo, no quiere, porque implica darle la razón. Ni siquiera pudo plantearse algo así. Sería multiplicar las decisiones estúpidas cometidas en un solo día y ya tiene suficiente por el momento.

Cuando decidió que quería estudiar Bellas Artes, esta insistió hasta la saciedad en que esa carrera solo serviría para convertirla en una muerta de hambre. Hasta la fecha, el tiempo no ha hecho otra cosa que darle la razón, pues no ha encontrado ni una sola oportunidad relacionada con su trabajo.

Quizá ese fuera el primer error, no reconocer que estaba cavando su propia losa por amar una profesión que le daría la espalda como lo ha hecho hasta la fecha.

Suena un aviso en su móvil.

Es Jamie.

“Te paso a buscar a eso de las siete. No te preocupes. Lo arreglaremos”.

Cierra los ojos otra vez. En esta ocasión, porque siente cierto alivio.



CAPÍTULO 8



No fue exactamente a las siete, sino casi una hora más tarde, puesto que Jamie no se pudo escapar antes. Estaba en mitad de un proyecto de ampliación de la empresa para la que trabajaba y eso implicaba echar horas extra un día sí y otro también. A pesar de lo joven que era, en poco tiempo se había convertido en uno de los valores más prometedores, pues era una mujer con arrojo a la que nada ni nadie se le ponía por delante.

Jamie había estudiado el tipo de carrera que a la madre de Stacey le parecía provechosa. Desde que falleciera su marido de manera repentina, había tenido que sacar adelante a sus tres hijos con mucho esfuerzo y dedicación. Siempre le pareció que Stacey tenía la cabeza llena de pájaros. Era muy creativa e imaginativa, algo que habitualmente está reñido con centrarse en tareas monótonas y repetitivas. Y a pesar de todo, logró terminar sus estudios obligatorios con calificaciones bastante decentes.

Hasta ahí, no pudo reprocharle nada.

Cuando pasó a la universidad, donde estudió lo que le gustaba, las notas mejoraron de una forma muy llamativa. Stacey tenía un don, aunque el universo todavía no le hubiera brindado la oportunidad que merecía.

Después se incorporó al mundo laboral y este empezó a estrangular sus sueños, sus deseos y hasta su imaginación. Su mente pareció secarse como una flor bajo un sol de verano. Incluso dejó de dibujar, algo que siempre le había proporcionado una vía de escape cuando la realidad que la rodeaba la sobrepasaba.

Sale del portal y allí está Jamie en su coche caro.

Una sonrisa se dibuja en su cara y los problemas, en un segundo, parecen serlo un poco menos.

—Vamos a beber hasta perder la cabeza, pequeña —le dice en su tono jovial de siempre.

A Stacey aquello le parece un buen plan.



CAPÍTULO 9



Todos conocemos a personas increíbles a las que admiramos porque precisamente vemos en ellas las cualidades que pensamos que nos faltan. Stacey siempre ha considerado que su amiga tiene talentos que están fuera del alcance del resto de los mortales. Es alguien extraordinaria, una de esas mujeres que nacen cada ciertas generaciones, una excepción necesaria que resulta ejemplarizante para los otros. O tal vez esté exagerando y simplemente sea que el amor que siente por ella le hace pensar que no hay nadie en el mundo como su amiga.

Jamie es decidida, segura de sí misma y no se viene abajo con las dificultades. Por el contrario, suele verlos como un reto, algo desafiante que hay que resolver, cosa que es impensable para Stacey. Le encantaría ser así, tomarse la vida de otra manera, ver oportunidades donde otros solo ven barreras.

—Lo vamos a solucionar, Stacey. Puedes estar segura de ello. Yo voy a encargarme de buscarte algo mejor. Tú vales demasiado para conformarte con tan poco. Además, hace mucho que deberías haber dejado ese sitio. No te ha traído nada bueno.

No es solo lo que dice. Es también el modo en que lo hace y el tono que utiliza. Es el empuje que encierran sus palabras, la determinación en su mirada, la creencia irreductible que destila su voz, la seguridad de sus gestos que no dejan ni el menor lugar para la duda.

Y aun así, se encuentra con un ser humano que está bajo mínimos, cuyo depósito no solo ha entrado en reserva, sino que ha agotado hasta la última gota de gasolina.

—Ya, pero me servía para pagar el alquiler y cubrir mis gastos —se lamenta Stacey, en tono lacrimógeno y con expresión de absoluta desolación.

—Sí, ¿pero a qué precio? A cambio de que te tratasen como si no valieras nada y que, encima, el jefe se creyera con derecho a meterte mano siempre que podía. Deberías haberle denunciado —le responde sin poder esconder la rabia que mantiene su sangre en el punto de ebullición. Si en ese instante le tuviera delante, podría cometer una locura.

—¿Y de qué habría servido? De nada, Jamie, ya lo sabes. Mi palabra contra la suya, sin ninguna prueba. Nadie en la oficina iba a respaldarme.

—Pero, al menos, le habrías metido un susto en el cuerpo y habría sabido que contigo no se puede meter. Eso ya es un triunfo porque demuestras que tu dignidad está por encima de todo.

—No sé —contesta Stacey insegura—. Igual las cosas se habrían complicado más.

Jamie observa a su amiga. Está derrotada. Se conocen desde la temprana edad de tres años. Han compartido muchas cosas desde entonces. Sabe que Stacey es una persona bastante frágil, pero también es buena e inocente, por eso le molesta tanto que los demás abusen de ella. Debería ser sagrado no dañar a los seres más vulnerables.

Ojalá pudiera hacerle entender que a la gente hay que ponerla en su sitio y, además, darle estrategias para hacerlo. Pero es imposible. Lo ha intentado en varias ocasiones sin resultado. Va en contra de su naturaleza.

Lo asume y, por ese motivo, busca un enfoque distinto.

Está decidida a buscar algo para ella que la haga feliz y que se sienta valiosa. Al fin y al cabo,

gracias a su trabajo, Jamie tiene bastantes contactos en diferentes campos de actividad económica y empresarial. Es hora de aprovecharlos en favor de su amiga.
Alguien habrá dispuesto a darle una oportunidad.



CAPÍTULO 10



Cuando Jamie se propone algo, sin lugar a dudas termina por conseguirlo. La gente de su entorno asume eso como una verdad irrefutable. En esta ocasión en concreto tarda quizá más de lo que le hubiera gustado. No le resulta fácil encontrar algo que cumpla con todos los requisitos que tiene en mente. Ese retraso provoca que Stacey se ponga nerviosa, puesto que ella no encuentra ningún empleo en el que quieran contratarla y sus escasos ahorros menguan a un ritmo acelerado.

Jamie trata de tranquilizarla y, para ello, como posible solución temporal de emergencia, le dice que le dejará dinero para pagar sus gastos hasta que encuentre un nuevo trabajo. Sabía que no le agradaría esa opción, pero es mejor que tener que agachar las orejas y volver a casa de su madre. A pesar de todo, lo rechaza y asegura que prefiere esperar un poco más.

Por fortuna, no tarda mucho más en encontrar una oportunidad que, aunque no es perfecta, se ajusta bastante a lo que tenía pensado. Solo tiene un inconveniente, aunque este es considerable y no sabe cómo lo va a acoger Stacey.

Aquel día, está deseando ver a su amiga. Ciertamente es que, a pesar de que está entusiasmada con lo que ha logrado para ella, también siente que lo acompaña un sabor agri dulce, puesto que tendrá que mudarse lejos de allí. Nunca antes han estado separadas. Han contado la una con la otra de forma incondicional desde que tienen uso de razón y esta va a ser una fase nueva en su relación.

Sin embargo, la amistad está para eso, para buscar el bien de esa persona a la que apreciamos, para ayudarla, para acompañarla en los momentos difíciles que van surgiendo en el camino y comprender qué es mejor para ella.

Al principio, la reacción es bastante parecida a la que esperaba.

—Pero esto es en Seattle, Jamie —le dice Stacey, que no sabe muy bien si alegrarse o entristecerse. En realidad, está entusiasmada por la propuesta, puesto que está relacionado con lo que verdaderamente le gusta, con su auténtica vocación. El único inconveniente en realidad es tener que trasladarse tan lejos. Además, no conoce a nadie allí.

Estará sola.

Y eso le da pavor.

No obstante, Seattle siempre le ha parecido una ciudad interesante, llena de oportunidades y con una forma de vida que casa con su forma de ser. Su proximidad a Canadá le proporciona otro atractivo adicional. Siempre ha querido visitar Vancouver. Si acepta el trabajo, puede que ahora tenga la opción de hacerlo por fin.

—No puedes pensar solo en eso, Stacey. Es la oportunidad que siempre has soñado. Podrías dedicarte a algo que te gusta relacionado con tu campo de especialización. ¿Acaso no es lo que siempre decías que querías hacer? Pues si estoy en lo cierto, es una oportunidad que no puedes rechazar.

—Bueno... —comienza a decir hasta que Jamie la interrumpe. Da la impresión de que no la quiere dejar que se lo piense.

—En el tiempo libre que te quedase, podrías empezar a darle forma a ese proyecto que siempre soñaste de diseño gráfico. Ya llevas demasiado tiempo aparcándolo. No puedes aplazarlo eternamente.

—Sí, supongo que tienes razón —reflexiona la joven.

—Claro que la tengo. No solo es la oferta de trabajo, es que ya no tienes ni que preocuparte de buscar piso porque ya te he encontrado uno que tiene un precio incomparable. Y puedes estar tranquila, porque no hay ratas, ni cucarachas, ni está decrepito ni nada por el estilo. Ya me he encargado de investigar por mi cuenta en qué estado se encuentra. ¿Qué más puedes pedir?

—¿Que te vengas conmigo? —pregunta en broma. En realidad le encantaría, aunque obviamente sabe que eso es imposible.

—Muy graciosa —le responde—. Pero no te preocupes, iré a verte siempre que pueda. En avión son solo unas pocas horas.



Momento de cambiar

“Cambia de opiniones, mantén tus principios; cambia tus hojas, mantén intactas tus raíces”.

(Victor Hugo)



CAPÍTULO 11



La decisión es compleja, puesto que, por muy mal que alguien se encuentre en una situación, sigue siendo la zona de *confort*, en cuanto que es la única que conoces. Todo lo que hay fuera de ella es lo desconocido y da auténtico pavor.

Es un salto al vacío.

Es lanzarse a un mar de aguas cambiantes.

Es comenzar una aventura sin guía ni plan de acción.

Trasladarse de su ciudad a otra, en la que no hay ni una sola cara amiga y familiar, le provoca auténtico vértigo. Siempre ha vivido en el mismo lugar. Ni siquiera ha viajado apenas. Es un cambio bastante radical.

¿Cómo va a poder desenvolverse sola allí? No está acostumbrada a tomar la iniciativa. Puede que Jamie le haya arreglado lo principal, puesto que ya cuenta con un trabajo y un lugar donde quedarse. Tiene el camino bastante allanado.

Sin embargo, eso no lo es todo. No es que no lo agradezca, es solo que sus miedos son más poderosos que su fuerza de voluntad y están acostumbrados a dominar su día a día de principio a fin. Siente que, por primera vez, tendrá que ir por la vida sin cogerse de la mano de alguien que le proporcione un mínimo de seguridad.

Un escalofrío le recorre el cuerpo.

Es el momento en el que toma plena conciencia de la situación.

De las trabas.

De sus inquietudes.

De la magnitud del cambio.

El temor la invade hasta hacerla casi trastabillar. Se extiende por su cuerpo y recorre cada milímetro, recordándole que lo nuevo es impredecible y que las cosas pueden salir mal.

Y entonces, se sorprende a sí misma porque, a pesar de todos los inconvenientes y amenazas que ve en el horizonte, a pesar de haber pasado la mayor parte de su existencia atenazada por el pánico, algo dentro de ella reacciona y la invita a cambiar. Le muestra lo bueno, lo que puede perderse si no da ese paso decisivo, la oportunidad que echaría a perder.

Levanta la cabeza y echa atrás los hombros, porque antes que su boca, su cuerpo ha empezado a hablar mandándole mensajes que la empoderan.

Se lanza a un futuro incierto.

Se decide a echar la mirada al frente para dejar su pasado atrás.

Unos días después, Seattle la recibe con la bruma que le es característica y un frío nada desdeñable. Stacey tiene claro que las primeras jornadas son las más duras cuando afrontas una situación nueva. Poco a poco, te vas adaptando al entorno y vas soltando miedos. Hay que tener la paciencia necesaria para dejar que las cosas fluyan.

Trata de convencerse de que será así.

Si encima tienes la suerte de congeniar con alguien relativamente pronto, todo el peso de la incertidumbre acaba por hacerse liviano hasta desvanecerse por sí mismo.

Está procurando racionalizar sus miedos.

Quizá de ese modo acabe por destruirlos.

Lo primero que hace es dirigirse a la ubicación en la que está el edificio en el que su amiga se encargó de alquilarle un apartamento. Cuando llega allí, tiene que comprobar varias veces la información que tiene. Le parece demasiado bueno para lo que se supone que va a pagar por el alquiler, puesto que la construcción es bastante reciente y se ve en muy buen estado. Desde luego, o cambia mucho por dentro, o es infinitamente mejor que el que tenía hasta hace nada.

—¡Guau! Esto sí que no me lo esperaba —dice en voz alta.

Se había hecho a la idea de dar con un inmueble en estado semirruinoso. Por ese precio, casi era lo esperable, así que aquello le parece un auténtico regalo. Llega a plantearse si Jamie no se habrá equivocado con las cifras y ahora se pueda llevar el susto de su vida cuando le digan el precio real del arrendamiento.

En unos minutos, saldrá de dudas.



CAPÍTULO 12



Desde una de las ventanas del quinto piso, un hombre la observa con detenimiento. Le llama poderosamente la atención el color del pelo de Stacey, un cobrizo luminoso que brilla incluso en medio de ese día apagado y gris. Los rizos le caen en cascada, dotando a su cabello de un efecto casi hipnótico. Se recrea mientras la observa y se deleita.

Desde la posición en la que está la joven, no puede verle la cara. No tardará demasiado en hacerlo. Sin embargo, si puede apreciar las curvas de la chica. No pierde detalle. Recorre con sus ojos desde la distancia cada centímetro de ese cuerpo joven que presupone de piel tersa. Se humedece los labios mientras se relame observando a la que puede ser su nueva presa.

Sin duda, es una incorporación interesante al edificio.

Una sonrisa sardónica asoma a esos labios finos y afilados.

El inmueble cuenta con un reducido número de viviendas, en total diez, cinco plantas con dos casas en cada una, aunque solo están ocupadas la mitad de ellas. Seis ahora, en verdad, si contamos a la nueva inquilina.

Supone que, quien suele encargarse de esa labor, ya se estará dirigiendo a la planta inferior para abrir la puerta y recibir a la chica que espera en la calle. Le asignará el apartamento del primero derecha. Es lo que han acordado.

En ese nadie podrá escucharla si pide auxilio.

Confía en que no tengan que llegar a ese extremo.

Espera, además, que se sienta cómoda en él y no salga huyendo como la última antes de tiempo.



CAPÍTULO 13



Empieza a inquietarse. Quizá se deba al cansancio, al frío o a ambas cosas, pero tiene la sensación de que no debería ser necesario esperar tanto. Puede que solo sea una percepción del tiempo deformada por la impaciencia que la domina en ese preciso instante. Ha sido un día largo y está deseando poder instalarse en su nuevo hogar.

Ha llamado en dos ocasiones al timbre del piso que le dijeron y nadie responde. Se supone que acordaron que alguien estaría esperándola al llegar. Desde luego si se trata de una broma, le parece algo de muy mal gusto. Nota como la frustración también, poco a poco, se va abriendo paso.

Hace un nuevo intento.

Aprieta un poco más el dedo sobre el botón, con más fuerza esta vez, descargando en él toda su rabia, un gesto que hacemos de manera habitual sin percatarnos cuando un aparato no responde como esperamos. Como si fuera a funcionar mejor por nuestro gesto inútil.

—¡Vamos, hombre! —dice con cierto enfado.

Está parada en mitad de la calle con sus maletas. La temperatura no es agradable. La bruma que hay en el ambiente hace que la humedad se le cuele hasta los huesos. El coche que la ha llevado desde el aeropuerto ya hace unos minutos que se ha ido. Empieza a notar como el frío va ganando cada vez más terreno y la hace estremecerse.

En ese instante, empiezan a acudir a sus mente pensamientos negativos y derrotistas, como que no se ha desprendido de su mala suerte con el cambio de ciudad y que esta la perseguirá siempre allá dónde vaya.

Tal vez, al final, no haya merecido la pena.

¿Y si ha sido un error?

Duda incluso de si hubiera sido mejor seguir aguantando en su anterior trabajo. Con la distancia de los kilómetros y los días, sumada a la desesperación del momento, ya ni siquiera le parece que fuera tan malo.

«Al menos, tendría algo», piensa su mente vencida por una vida de vapuleos.

—Bueno, se supone que trabajo sí tengo —dice en voz alta para procurar animarse—. Al menos, hasta que se demuestre lo contrario.

Vuelve su ánimo aciago.

Su desesperanza.

La indefensión aprendida durante años.

El sentimiento de incapacidad.

La creencia interiorizada de que no vale nada.

Con esa vorágine de pensamientos destructivos, llegan las ganas de llorar, el deseo de sentarse en la acera acurrucada mientras se abandona a una cadena de lamentaciones sin final.

Entonces, alguien le abre la puerta.



CAPÍTULO 14



Se trata de un hombre de unos treinta años. Pelo castaño, ojos oscuros con personalidad y una mirada penetrante. Pero sobre todo, le resulta poderosamente atractiva y magnética su sonrisa de dentadura blanca y perfecta. Tiene una pose que grita a los cuatro vientos que es una persona segura de sí misma.

«Bueno, quizá no haya tenido tan mala suerte en realidad. Si son todos los vecinos así, al menos voy a recrearme la vista», se dice esta vez de forma frívola para sus adentros, lo que casi provoca que una sonrisa pícara asome a su boca. Es justo el comentario que compartiría con Jamie y eso le hace sentirse reconfortada, como si su amiga de alma estuviera justo ahí con ella en ese momento.

—Hola, soy Kevin. Supongo que tú eres Stacey, ¿verdad?

Durante unos segundos se queda muda. Aquel chico parece encantador. Algunas personas solo con unas pocas palabras son capaces de causar una impresión que otras no lograrían ni esforzándose al máximo.

—¿Hola? —repite el joven sin perder la sonrisa, a ver si así ella reacciona.

—Sí, hola, sí, o sea... —Resopla. Está quedando como una tonta. No comprende por qué reacciona de esa manera tan estúpida—. Soy Stacey —responde por fin, tendiéndole su mano para saludarle.

—Vale, me lo imaginaba —contesta, sonriéndola—. Solo trataba de asegurarme. No esperábamos a nadie más hoy. Además, viendo tu equipaje, no ha sido difícil deducirlo. No creo que todas esas bolsas sean solo para un viaje de fin de semana.

Ella mira sus maletas. Sí, desde luego no hace falta ser muy sagaz para saber que se está mudando. Al mismo tiempo, a la cabeza le acude la idea de lo reducida que queda toda su vida si puede empaquetarla en solo unos pocos bultos.

—Déjame que te enseñe tu piso. Es pequeño, pero estoy seguro de que te va a encantar. Permíteme que te ayude con todo eso.

Stacey le da las gracias con una sonrisa bobalicona. ¿Por qué le sucederá eso con los tíos guapos? Le ha ocurrido desde que era casi una cría y le empezaron a gustar los chicos.

En ese instante piensa en Jamie y en cómo habría resuelto ella esa situación. Habría tomado las riendas y se mostraría segura de sí misma y decidida. Le habría plantado un par de besos en la cara y le indicaría que la siguiera, a pesar de que no tuviera ni la menor idea de dónde se debía dirigir. Incluso no le extrañaría que hubiese arreglado una cita con él antes de entrar en el apartamento.

Pero ella no es su amiga.

Ella es Stacey, con todo lo que eso supone.

Lo bueno y lo malo.

Y tiene su particular forma de actuar y moverse en el mundo.



CAPÍTULO 15



Lo primero que hacen es introducir las maletas en el descansillo del portal, puesto que es lo más rápido y no conviene que se queden en la calle más tiempo del necesario. Aunque no hay previsión de ello, tampoco descartan que pueda empezar a llover viendo lo gris que está el cielo.

El edificio se encuentra situado en una zona buena de la ciudad, un barrio residencial en el que no hay bloques demasiado altos y abundan las viviendas unifamiliares, pero eso no es sinónimo de que alguien no le pudiera robar el equipaje si lo deja en la calle más tiempo del imprescindible.

—Tu apartamento es el primero derecha. Esta de aquí es la llave del portal, esta es la del buzón y estas dos son las de la puerta de entrada a tu nuevo hogar —le explica sonriendo—. Como ves, tiene doble candado de seguridad para que te sientas segura en tu casa.

—Es estupendo. Gracias.

Kevin abre las cerraduras y la puerta. Enciende las luces y la invita a pasar. Stacey alucina al ver el apartamento tan coqueto del que dispone por una renta casi irrisoria. Puede que, al final, su suerte esté empezando a cambiar. Además, se reprende porque hace tan solo unos minutos se ha dejado vencer por la desesperación, como hace tantas y tantas veces.

—¿Qué te parece?

—Es... Es... Me encanta, la verdad —responde sin todavía creérselo.

—Me alegro mucho de que te agrade. Yo ya me voy para que puedas instalarte —señala, pasando la última maleta que quedaba en el descansillo—. Te dejo estos tres juegos de llaves, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Como todavía no conoces a nadie en la ciudad, si quieres, puedo guardarte una de las copias en mi apartamento hasta que tengas alguien de confianza. Es lo que suelen hacer el resto de los inquilinos. Así evitas la posibilidad de quedarte en la calle si un día te las dejas dentro.

Stacey duda un instante qué hacer.

Kevin parece un tipo realmente agradable.

¿Es buena idea dejarle una copia? Bueno, en realidad, no tiene porqué ser nada malo.

Al fin y al cabo, es su casero.

Nadie le asegura que no pueda tener alguna otra copia sin que ella lo sepa. Casi sería lo esperable.

Finalmente, deposita un juego de llaves en su mano.

Él la sonríe.

—Bienvenida, Stacey. Será un auténtico placer tenerte como vecina. Espero que la ciudad te trate bien. Para cualquier cosa, puedes llamarme al teléfono que tienes en el documento de reserva o pasar por mi apartamento. Es el quinto izquierda.



CAPÍTULO 16



Se queda por unos instantes parada en mitad del recibidor, que es a la vez salón y cocina. Al menos tiene treinta metros cuadrados esa estancia. No recuerda haber tenido un espacio tan amplio para ella sola en la vida. Los muebles se ven bastante nuevos, de estilo moderno. Tiene bastantes huecos para guardar sus cosas. Incluso empieza a fantasear con comprar nuevos pinceles y colocar en medio de esa habitación un caballete en el que volver a pintar.

Después, se dirige al dormitorio. Este también es bastante grande, unos quince metros cuadrados aproximadamente. Tal vez un poco más. La decoración es en tonos pastel, tanto el mobiliario como el tono de la pintura de la pared. Los muebles se ven nuevos, son funcionales y de estilo moderno.

—No está nada mal.

Sonríe satisfecha y experimenta por un segundo algo que se parece bastante a la felicidad. Disfruta de esa gota de efímero bienestar que tan bien le sienta a su corazón ajado, mientras cierra incluso los ojos para saborearla con mayor intensidad.

Continúa visitando el apartamento. El dormitorio también incluye un pequeño vestidor y un baño completo con plato de ducha. Es lo más práctico, desde luego, pero no le habría importado que dispusiera de bañera para darse un baño relajante en ese preciso instante.

Todavía no se cree que esté teniendo tanta suerte. Sigue convencida de que habrá algún tipo de error y dentro de tan solo unos minutos alguien o algo romperá el encantamiento y entonces se dará de bruces con la cruda realidad.

Mientras ese momento llega, piensa que lo mejor será disfrutarlo y olvidarse de pensamientos catastrofistas que solo sirven para entristecerla. Resulta increíble la capacidad que tenemos, en algunas ocasiones y tan solo con nuestros pensamientos, de amargarnos la vida de forma tan gratuita.

Decide que lo siguiente que va a hacer es llamar a Jamie. Al fin y al cabo, ella le ha conseguido esa maravilla y tiene que enseñársela con una videollamada. Su amiga no se lo va a creer.

—Claro que se lo va a creer, tonta —se repite ahora en voz alta—. Al fin y al cabo es ella la que lo ha conseguido —comenta a una habitación vacía.

Sin perder un segundo más, marca el número de su amiga, la cual responde casi de forma instantánea.

—Jamie, esto es una pasada, ¿sabes? —le dice en cuanto ve la imagen de su amiga en la pantalla del móvil—. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Entusiasmada se lo enseña.

Lo que justo no ve ahora será lo que le dé más de un quebradero de cabeza más adelante.



CAPÍTULO 17



Se pasan media hora larga al teléfono. Al colgar, es cuando se da verdadera cuenta de lo que va a echarla de menos. Atraviesa un instante de nostalgia, al sentir esa punzada melancólica en el corazón cuando es plenamente consciente de que la única relación con su amiga, a partir de ese momento, será en exclusiva a través del teléfono. Por mucho que la amistad perdure, no se sentirá igual, porque le faltará la calidez de los abrazos y la cercanía de la otra persona.

Esa idea la conduce hasta otra y entonces piensa en todas las personas solas, aunque no siempre solitarias, que viven en la actualidad en el planeta. La soledad es una de las grandes epidemias de la sociedad de hoy, un mal endémico y desgarrador, sobre todo porque, en la mayoría de las ocasiones, se trata de una soledad no elegida y mucho menos deseada.

No quiere pensar en eso, ni en lo jodido que está el mundo, ni en lo sola que se siente. No puede caer en esa mirada derrotista. Debe centrarse en lo positivo, en lo que sí tiene, en las opciones que se abren ante ella, en la fortuna que ahora le sonríe y en que la vida le regala esta nueva oportunidad.

Se ha hecho muy tarde y todavía no ha empezado a colocar sus bártulos. No le apetece levantarse al día siguiente y ver que tiene todo por hacer. Intentará dejar la mayor parte lista antes de irse a acostar. De esa manera, podrá focalizar sus energías en lo que necesita, como por ejemplo, dar una buena imagen en su nuevo empleo y ganarse la confianza de su jefa.

No sabe si podrá conciliar el sueño. Está de los nervios. Demasiadas emociones en tan poco margen de tiempo. Al día siguiente empieza una trayectoria laboral que encaja, por primera vez, con el perfil profesional para el que se formó. Se dedicará a la restauración. No es exactamente lo que había soñado, pero se acerca. Como mínimo, debe agradecer que esté directamente relacionado con sus habilidades artísticas.

Ni siquiera tiene que pasar una entrevista de selección. No imagina de cuántos contactos habrá tenido que tirar su querida Jamie. No puede estarle más agradecida por todo lo que ha hecho por ella. Se esforzará al máximo para que vean que ha merecido la pena y dejar a su amiga en un buen lugar. No obstante, no deja de ser una contratación casi a ciegas y puede que el comienzo sea duro. Tiene que contar con ello.

Lo hará bien, aunque ella todavía no lo sepa.

Debe aprender a confiar en sí misma otra vez.

Es lo que solía hacer antes de que en su anterior trabajo casi aniquilaran su autoestima.



CAPÍTULO 18



Cuatro plantas más arriba tiene lugar una conversación entre dos hombres. Quieren convencerse de que, esta vez, puede que tengan más suerte y las cosas salgan como ellos planean. No resulta fácil la captación de objetivos que encajen en el perfil que necesitan.

—No creo que sea necesario llegar a situaciones extremas como lo sucedido con la última — advierte el más joven de los dos, recordando la experiencia más reciente plagada de errores.

—Debemos controlarlo todo desde ya mismo. Mañana en cuanto deje el apartamento para ir a trabajar, entramos y disponemos todo —responde el otro con cierta ansia.

—No sé si es buena idea precipitarse. Deberíamos conocer primero sus rutinas. Es muy importante, porque nos permitirá anticiparnos a los posibles imprevistos que puedan surgir.

—No seas estúpido. Mañana será ideal. Lo sabes tan bien como yo —insiste el mayor. Siempre demuestra ser el más impaciente, a pesar de su veteranía.

—No sabemos si solo acudirá a presentarse a su nuevo empleo. Si así fuera, puede estar de regreso en un margen demasiado corto de tiempo.

—Por lo que averiguamos cuando llamaron preguntando por el alquiler, parecía que esa no era la idea, sino que comenzaría a trabajar de manera inmediata. Recuerda que insistí con la excusa de asegurarnos que será puntual con los pagos.

—Sí, es lo que parecía, pero no olvides que con quien hablamos no era ni nuestra inquilina ni nadie de la empresa que la ha contratado. ¿Y si vuelve antes de lo que esperamos y nos pillá? Perdona que insista en ello, pero creo que es algo que debemos considerar.

—Eso no pasará. Hazme caso.

Está empecinado. No atiende a razones. Se está dando cuenta de que no va a convencerle. Sin embargo, no va a dar su brazo a torcer. Sabe que tiene razón, de igual manera que sabe que la prudencia suele ser una de las claves del éxito.

Lo que se hace de forma precipitada, está abocado al fracaso.

—No, no voy a hacértelo. Esta vez trabajaremos a mi manera. La última cagada fue culpa tuya.

Da por zanjada la conversación.



CAPÍTULO 19



Se despierta mucho antes de que suene el despertador. Está tan nerviosa que es incapaz incluso de tomarse un café. Se le ha cerrado totalmente la boca del estómago. Solo espera que no la traicione más tarde y empiecen a sonarle las tripas cuando se presente ante su nueva jefa. Eso, desde luego, no causaría muy buena impresión.

Por primera vez en mucho tiempo, se preocupa de arreglarse para dar buena imagen, aunque nada excesivo. Incluso se maquilla levemente. Cuando lo que ve en el espejo le satisface, coge su bolso, las llaves del piso y sale a la calle.

La oferta de transporte público en la ciudad es verdaderamente amplia. Todavía no se ha decidido por el medio que utilizará. A pesar de tener descargados los horarios y rutas de cada uno de ellos, no tiene claro qué es lo más rápido. Menos mal que ha salido de casa con suficiente antelación. Supone que tendrá que irlo aprendiendo con el tiempo. Tal vez incluso se lo pueda aclarar algún compañero. Incluso Kevin, su casero, podría aconsejarla.

Se ruboriza al pensar en él. Desde luego es muy atractivo. Es de esos hombres que no pasan desapercibidos, no solo por su aspecto físico, sino también por su manera de hablar y actuar, así como por tener una sonrisa de esas que cautivan. Ella lleva tiempo sin tener una cita con nadie. Es posible que eso también influya en que le haya llamado tanto la atención. La cuestión es que se ha descubierto en distintos momentos pensando en su casero, como si cualquier tema o idea terminara con él en su cabeza. Incluso se ha imaginado quedando con Kevin para tomar algo, a pesar de que lo acaba de conocer.

Es absurdo.

Parece una cría de quince años.

No ha pasado más que unos pocos minutos en su presencia y por un tema absolutamente alejado de todo lo que pueda implicar una relación personal.

En ese preciso instante se da cuenta de que su pensamientos son atropellados. No cabe duda de que está dejando que ese tren de ideas locas descarrile por completo. Se lleva las manos a la cara, al sentirse incluso un poco sonrojada.

No es esto en lo que debería estar pensando justo antes de presentarse ante sus nuevos compañeros.

—¿Quién demonios ha hablado de ninguna cita? Es imposible que se fije en mí. Nadie lo haría —dice en alto, mientras espera que llegue el metro. Últimamente hace esto con más frecuencia de la recomendable, quizá porque se siente demasiado sola.

Pero la realidad es que sí.

Alguien se ha fijado en ella.



CAPÍTULO 20



Llega veinte minutos antes. Decide entrar en la cafetería que hay justo al lado a desayunar ahora que ya parece que el estómago está preparado para ingerir algo sin riesgo de expulsarlo justo después. Acompaña un té matcha *latte* con un *bagel* de queso. Si su madre viera el líquido verde que se está bebiendo, seguro que le haría algún comentario al respecto. Como mínimo, lo llamaría brebaje sin darle la más mínima oportunidad. Al fin y al cabo, si algo se le da bien es criticar a su hija.

«No voy a pensar en eso ahora», se dice.

No le conviene.

Acordarse de su madre no le proporciona ni seguridad ni confianza en sus posibilidades precisamente.

Por otro lado, sabe bien que, cuando le vienen ideas negativas a la cabeza, es casi incapaz de parar por sí misma. Entra en bucle y acaba por sumergirse en un pozo de pesimismo sin fin. Por eso lo corta a tiempo, antes de que empiece el descenso sin frenos por una pendiente llena de guijarros puntiagudos que se le clavan en el alma y le causan dolorosos rasguños.

Y es que es una pésima idea si quiere empezar en su nuevo empleo con un ápice de templanza y buen talante. Lo que necesita es convencerse de que tiene cualidades que la capacitan para ello, de que es una persona valiosa y que puede aportar mucho.

No le da tiempo a terminarse el desayuno. Una pena, porque le estaba sabiendo delicioso, pero no quiere arriesgarse a llegar tarde al final. Si todo sale como espera, tal vez establezca como rutina tomar su primera comida del día allí cada mañana.

Cuando entra por la puerta de la empresa que la ha contratado, todavía faltan un par de minutos para que sea la hora acordada. Espera que eso ofrezca una buena imagen de ella.

Le gusta lo que ve. La decoración es sencilla, casi minimalista, y los tonos predominantes son colores tierra y ocre. Da la impresión de que esa forma de diseñar el espacio intentan transmitir una conexión con la madre naturaleza. El arte y nuestro maravilloso planeta unidos por un bien común, una forma de darle una segunda vida de forma sostenible a algo que parece muerto y apagado.

La recibe una mujer rubia de pelo ondulado con una amplia sonrisa. Tiene un rostro amable y una mirada diáfana, de esas que nunca dirías que esconde dobles significados. Incluso sin intercambiar todavía una sola palabra con ella, ya experimenta una buena sintonía.

—Tú debes de ser Stacey —le dice, nada más verla—. Estaba deseando conocerte. Tenemos excelentes referencias tuyas.

La joven sonríe con timidez. No está acostumbrada a los halagos. Espera que Jamie no haya exagerado. No se siente capaz de cumplir con estándares demasiado altos.

No obstante, no le sorprendería que lo hubiera hecho. Al fin y al cabo, es su mejor amiga y la quiere. Siempre ve lo mejor de ella. Incluso, aunque no exista tal cualidad que ella asegura ver. Cualquier circunstancia la convierte en una excusa para alabar alguna de sus supuestos talentos que Stacey nunca aprecia.

Debe cambiar el chip.

Claro que tiene virtudes. Si otros las ven, ¿por qué ella no? Una nueva vida implica dejar atrás los viejos y dañinos hábitos que no son más que palos en las ruedas que nos impiden avanzar. Es hora de coger el volante y, por qué no, pisar el acelerador.

—Encantada, señora Mistrade.

—No me llames así. Parece que estás hablando con mi madre —bromea la dueña, mientras agita una mano como para quitarle seriedad—. Soy Anne.

Stacey le estrecha la mano y solo ese gesto ya le transmite confianza.



Nueva vida

“Comenzar tu día con una sonrisa hará que tu destino se pinte de colores.”.

(Bob Marley)



CAPÍTULO 21



Anne Mistraude es originaria de la parte francófona de Canadá. No obstante, lleva ya más de veinte años instalada en Seattle. Hace ya quince que se decidió a abrir un pequeño negocio de restauración que cuenta actualmente con buena fama y lo ha convertido en la empresa de referencia en ese campo en el área metropolitana.

Si Stacey ha llegado hasta ella no ha sido por casualidad, sino que Jamie ha contactado con Anne directamente. Su relación es más bien indirecta, ya que no se conocen cara a cara, pero sí tienen personas en común a las que la restauradora le debía algunos favores.

Cuando mira a Stacey, esta despierta en la empresaria cierta ternura. Percibe enseguida esa fragilidad que emanan algunas almas. Tiene ese aire de persona rota que necesita que la reparen. No se equivoca. Tampoco es que se lo ponga como una cruzada personal, pero le agrada poder ayudar a una joven en apuros. En su momento, ella también atravesó tiempos difíciles que, aunque no le gusta recordar, al fin y al cabo forman parte de quien es en la actualidad. Cada ser humano se compone de esquirlas y fragmentos de experiencias vividas que definen su camino y, en cierta medida, la persona que cada uno somos. Si viviésemos dos vidas diferentes, lo más probable es que conformásemos dos personalidades muy distintas entre sí, aunque eso nunca lo sabremos.

—Tengo muy buenas referencias tuyas, Stacey. Creo que, no solo eres una artista, sino que, además, eres una persona emprendedora —le dice, animándola no solo a que le cuente sus planes de futuro, sino también para reforzar su autoestima.

—Bueno, no sé. Espero que así sea y no decepcionarte. Me apetece mucho trabajar aquí y poder hacer algo relacionado con mi formación. Es lo que llevo buscando desde que terminé mis estudios.

—Estupendo. Me encanta oírte decir eso. Es un requisito imprescindible para trabajar aquí, llevar a cabo nuestra labor con ilusión y entusiasmo. Es imposible hacer arte si no nos emocionamos —le anuncia con una sonrisa.

—De eso no me va a faltar. Para mí crear va unido a los sentimientos.

—Y, dime, ¿tienes algún proyecto de emprendimiento en mente? —le pregunta con curiosidad. Anne Mistraude adora a las personas proactivas. Ella misma es una emprendedora nata y conoce bien las luces y las sombras de ponerse por cuenta propia. A veces, hay que pedir ciertos favores que acaban por salir demasiado caros.

—Hace tiempo sí estuve pensado en empezar algo por mí misma, pero aún no he encontrado el momento —se sincera Stacey.

—Pues no lo demores. El tiempo se va demasiado rápido como para posponer nuestros sueños. Te lo dice alguien que sabe de lo que habla.



CAPÍTULO 22



Desde que empezó la carrera, Stacey soñó con convertirse en diseñadora. En la época en la que hubo el auge de los NFT, pensó que ese podía ser un buen campo en el que abrirse camino. Había historias increíbles de gente que los había vendido como si fueran obras de arte y se habían hecho millonarios o casi. Resultaba algo sumamente ilusionante.

No obstante, como tantas veces ocurre con la tecnología y su avance tan estrepitoso, si no llegas a tiempo, ya es demasiado tarde. Stacey pronto aprendió que la burbuja de los NFT que tan rápido se había hinchado, pinchó casi a la misma velocidad. En lo que titubeó acerca de si lanzarse a pescar esos peces, el río ya se había secado.

A pesar de ello, le seguía apasionando el diseño de *interfaces* para aplicaciones, así como el de personajes de videojuegos, cortos de animación o cualquier otra cosa relacionada con la industria audiovisual. Tenía su propio *book* digital con sus creaciones, pero ni siquiera llegó a atreverse a publicitarlo en las redes sociales. Le parecía algo demasiado pretencioso.

Se entusiasmó viendo como un nada desdeñable número de creativos había comenzado de manera modesta mostrando sus dibujos y obras en internet hasta convertirse en referencia para muchos. Y pese a todo, no se atrevió a hacer lo mismo, pues al final del camino solo veía un rotundo fracaso al que le aterrorizaba enfrentarse.

Quizá es que no entiende que el auténtico fracaso es no haberlo intentado.

Después, se incorporó al mundo laboral y allí terminaron de estrangular sus sueños. Se introdujo en ese corsé de un horario establecido y rutinario que, con cada jornada que pasaba, se apretaba un poco más hasta dejarla sin aire que respirar.

La vida no debería ser eso, no tendría por qué ser un continuo asumir cargas y responsabilidades que nos roban nuestro tiempo en el mundo, nuestra vitalidad y hasta las ganas de vivir en su más pleno significado. No deberíamos permitir que otros nos digan qué es lo que tenemos que hacer, qué objetivos hay que cumplir y cómo debemos transitar por este pasar liviano que es nuestra limitada estancia en este mundo.

Ahora tiene la oportunidad de hacer algo que valga la pena.

Si todo va bien desde este momento en adelante, puede que encuentre el instante perfecto para retomar su proyecto y dedicarse a darle forma.



CAPÍTULO 23



Anne observaba con detenimiento a Stacey. Sus gestos, su postura, hablaban con claridad de la persona que tenía delante. Si hubiera tenido que acudir a una entrevista de trabajo para lograr el puesto, no habría tenido ni la menor opción, por muy buenas que fueran sus obras o sus referencias. Esa joven transmitía inseguridad sin poder esconderlo.

—¿La restauración te gusta? —le pregunta, más por curiosidad que por otra cosa.

—No es en lo que más me he especializado, pero sí, podría decir que me agrada —responde, mientras estruja con nerviosismo un pequeño pañuelo que ha sacado hace unos minutos del bolso para secarse las manos, las cuales habían comenzado a sudarle por los nervios.

—¿Y qué crees que se te da mejor? ¿La restauración de pinturas y cuadros, la de muebles, la de figuras o esculturas...? Es sobre todo por hacerme una idea de dónde puedes encajar con más facilidad.

—Me defiende mejor con las pinturas, pero me adaptaré a lo que me pidáis —expresa de manera dócil. Empieza a tener la sensación de que puede que se arrepientan de haberla contratado.

Siente ahora un temor infundado, un miedo ancestral que pertenece a tiempos pasados, puesto que Jamie le aseguró que el trabajo era suyo, por lo que no tiene motivos para ello. Debería estar tranquila y mostrar más confianza. Pero su mente va por libre y le alerta de los peligros. Puede que estuviera acordada la contratación, pero eso no significa que no puedan despedirla. No obstante, ¿van a echarla sin darle siquiera la oportunidad de demostrar si vale o no?

«Para, por favor», se ordena con una voz interior firme que la obliga a desviarse de ese camino tortuoso lleno de inseguridades.

—Muy bien, Stacey. Estoy segura de que lo vas a hacer genial. ¿Qué te parece si te presento al resto del personal, te explico el funcionamiento de la empresa y te asigno tus primeras tareas?

La chica respira aliviada.

Sonríe agradecida.

A pesar de que la entrevista ha transcurrido en un tono amable y relajado, un nudo se le estaba apretando en el estómago.

Ahora llega la segunda parte, la de caerle bien a sus compañeros. La última experiencia no fue bien, pero la historia no tiene por qué volver a repetirse.

Distinta ciudad.

Diferente oportunidad.

Ambiente laboral amigable y diametralmente opuesto a lo que dejó atrás.

Es lo que está a punto de descubrir.



CAPÍTULO 24



Siente que está dentro de una burbuja. Su primer día en el trabajo ha sido simplemente espectacular. Sus compañeros son amables y animosos, muy agradables y con disposición a la ayuda. Enseguida la han tenido en cuenta para todo, para lo profesional y para los planes de después. El ambiente es distendido, con un *buenrollismo* fuera de lo normal.

Le recuerda a su época de la universidad, cuando encontró a muchas personas afines a ella, con intereses similares y con las que resultaba realmente sencillo entenderse. En aquel momento, le pareció lo normal. Era más joven y menos reflexiva, no se detenía a darle vueltas a ese tipo de cosas.

La vida, sencillamente, fluía.

Ahora, en este presente nuevo que le ha sido regalado, ese encajar en algún sitio le produce la impresión de estar ante un hecho extraordinario. Entiende que hay algo que les conecta, que tiende un puente entre ellos y hace que se lleven bien. Tal vez sea el gusto por la creación artística y las distintas formas de expresión cultural. Quizá un espíritu más libre y menos acostumbrado a las ataduras, un alma entregada a transitar por parajes inexplorados y salirse del camino marcado para conducirse hacia la excelencia.

O quizá no es nada tan filosófico, sino algo mucho más mundano.

Aunque el trabajo es exigente, pues Anne fija unos plazos de finalización y entrega para cada proyecto, el clima reinante le ha parecido distendido. Tiene la sensación de que ahí todos cooperan entre ellos de manera natural. No hay presiones extra. Si no llegas, alguien te echa una mano. Así de sencillo.

Cabe la posibilidad de que esté sobredimensionando sus percepciones, tal vez debido al hecho de que el lugar del que proviene le parecía justo lo contrario a lo que ha encontrado en Seattle. Es hora de dejarlo atrás de una vez por todas y disfrutar de esta oportunidad. Toca cerrar esa puerta y tirar la llave al fondo del mar para no estar tentada de volver a abrirla en el futuro.

Llega a casa. Está cansada, pero es un agotamiento agradable y placentero, derivado de la satisfacción de hacer algo para lo que se siente preparada. Por fin se dedica a lo que le agrada, a su vocación. No le importa esforzarse todo lo necesario, porque es un esfuerzo que le llena, que le hace sentirse realizada.

Deja las llaves puestas en la cerradura, después de candar la puerta. Acto seguido, se quita su abrigo y lo tiende en el sofá. Se acerca a la cocina a por un vaso de agua. Debe hacer la compra de manera urgente. Tiene lo básico para sobrevivir un par de días. Lo difícil será sacar el tiempo para cumplir con esa tarea. Procurará hacerlo al volver del trabajo, no se le ocurre otra opción.

Se pierde en estas ideas que implican organizar los quehaceres más básicos, pensamientos rutinarios que consumen energía de manera tantas veces innecesaria, cuando experimenta una sensación rara.

Se gira.

Siente que alguien la está observando.

Se le eriza el vello de la nuca.

Mira en derredor, intentando buscar el origen de esa mala impresión que se le ha colado en su interior, pero no encuentra nada que lo justifique.

No puede estar imaginárselo.

Se acerca a la ventana.

Es la única opción lógica que se le ocurre.

Que alguien la esté observando desde ahí fuera.

Mueve la cortina y mira hacia la calle.

Ya ha oscurecido.

No ve a nadie. Las farolas vierten su luz sobre las aceras con una luminosidad amarillenta y desgana, generando formas espectrales gracias a su parpadeo.

Todavía mira durante unos instantes más.

Busca la fuente de sus miedos.

Pero no la encuentra.

No tiene sentido lo que está haciendo.

Debe estar alucinando.

Hace un leve gesto de negación con la cabeza.

Estaba segura de lo que sentía, pero las evidencias se empeñan en demostrar lo contrario. No hay justificación aparente para ello. Solo queda como único motivo que lo haya imaginado o no haya interpretado de modo correcto sus sensaciones.

—¿Qué tonterías se te ocurren, Stacey! —se dice en voz alta, como si así las palabras acarreasen mayor convencimiento. Necesita aferrarse a razones que sean poderosas y convincentes.

Sin embargo, a pesar de que piensa que es irracional, no se quita ninguna prenda de las que lleva puestas en ese instante. Algo dentro de ella la empuja a ser precavida. No hay prisa para desvestirse. Lo hará más tarde en el baño, alejada de posibles miradas curiosas, justo antes de ducharse y a puerta cerrada.

No siempre es fácil sobreponerse a nuestras percepciones, por poco razonables que nos parezcan.



CAPÍTULO 25



Es la primera vez que tiene esa sensación de estar siendo observada en su piso, pero no será la última. De hecho, esa misma noche, le cuesta conciliar el sueño y, en varias ocasiones, Stacey se acerca hasta la ventana por si hubiera alguien apostado ahí fuera. Lo que le resulta más extraño es que, en verdad, no ha experimentado esa incomodidad hasta que ha entrado en el apartamento. Lo más lógico, lo esperable quizá, es que fuera precisamente en la calle donde presintiera una presencia ajena y poco amigable que iba tras ella o, como mínimo, que vigilaba sus movimientos.

—Tienes que dejar de hacer esto, Stacey. ¡Lo que te faltaba! Solo te queda imaginarte cosas que no existen para acabar de perder la poca cordura que tienes —se reprende de manera un tanto cruel..

Intenta mentalizarse de que debe dejar atrás los viejos hábitos, el malestar, la falta de esperanza, la desilusión, los miedos con o sin motivo. Tiene que crear una nueva versión de sí misma, una evolución mejorada, más serena, más convencida de sus potencialidades. Es hora de afrontar la vida de otra manera, agradeciendo la suerte que tiene y disfrutando del presente.

A pesar de ello, de considerar que está actuando de forma irracional, enciende el televisor con el único pretexto de sentir compañía, de acallar ese silencio incómodo que no para de gritar acerca de los peligros que la acechan, como si aquel gesto fuera a ahuyentar a los malos.

Por suerte, logra su objetivo, pues acaba por distraerse y olvidarse de las amenazas que campan en la oscuridad, ya sean reales o imaginarias.

El resto de la noche, dormirá del tirón.

Alguien velará su sueño.



CAPÍTULO 26



Ha pasado ya una semana desde que llegó a Seattle. Se está adaptando bien a sus nuevas circunstancias, a su trabajo, a sus compañeros y a su piso. La ciudad le gusta, puesto que tiene mucho ambiente y da gusto pasear por sus calles y perderse en ellas.

En los últimos días, ya más acostumbrada a su entorno actual, no ha vuelto a experimentar ninguna sensación verdaderamente extraña, cosa que es de agradecer. Es lo que necesita para restañar las heridas, un poco de paz y una mente en calma.

Sin embargo, hubo un día que pasó algo que le resultó un tanto fuera de lo común. Las llaves no paraban de moverse en la cerradura. Al menos, esa era su impresión. Pero no podía estar inventándose ese sonido. Las alucinaciones acústicas, sin duda, son algo muy poco frecuente.

El tintineo del roce del metal le ponía los pelos de punta. Supuso que se debía a alguna corriente de aire que no era capaz de percibir y procuró no hacerle más caso. Aún así, en su cabeza parecía que no paraba de escucharlo y un sinfín de posibilidades se abrían paso en su mente, una vez más, para atemorizarla.

No obstante, hay otra cosa que, en cierto sentido, la inquieta. Le resulta raro no cruzarse con ningún vecino. Desde que ha llegado, no ha conocido todavía a nadie de los que habitan en su mismo bloque. Le gustaría. Siempre es bueno tener alguna referencia allá donde vives, una cara familiar. Además, nunca sabes a quién puedes necesitar algún día. Somos interdependientes. No podemos sobrevivir en absoluta soledad.

Tal vez, en el fondo, tenga su lógica que no se encuentren, puesto que imagina que la mayoría tendrá jornadas largas de trabajo y llegarán tarde a casa. Además, no son demasiados los que viven allí, aunque ella desconoce ese dato. Stacey supone, por el contrario, que tendrá plena ocupación, en especial si el precio del resto de las viviendas es similar al que ella paga. Una casa impecable en un buen barrio y con un alquiler incomparable es un caramelo demasiado dulce para dejarlo escapar. ¿Quién podría resistirse a algo así? Habría que estar loco, puesto que también es una zona muy bien comunicada por transporte público.

En todo caso, a pesar de sus razonamientos y posibles justificaciones, no puede evitar que el edificio le parezca demasiado tranquilo y es algo que la intriga.

Tal vez le da demasiadas vueltas a las cosas.

No sabe muy bien por qué le ha dado por pensar en eso aquel día. Imagina que no tiene por qué tener una explicación concreta. Sin embargo, resulta que es bastante normal, puesto que lo que le sucede es que le gustaría cruzarse en alguna ocasión con su casero y lleva sin verle desde que llegó. Kevin le pareció un hombre tan interesante...

No puede quitárselo de la cabeza. Siendo totalmente sincera, no es solo que le causara una buena impresión, sino que le resultó muy atractivo y no le importaría verle con frecuencia. Le atrae de una manera que, desde luego, está lejos de ser inocente.

Como si sus pensamientos hubiesen sido escuchados, justo esa tarde se cruza con él al regresar del supermercado cargada de bolsas, una tarea que había pospuesto hasta el límite para poder subsistir sin morir de inanición.

—Stacey —le llama él, debido a que ella va distraída—, ¡hola!

Se queda mirándole con la boca abierta considerando la casualidad que supone encontrarse con Kevin justo ese día. Casi da la impresión de que le ha leído sus pensamientos.

Pero eso es imposible, ¿no?



CAPÍTULO 27



Después de unos breves minutos de conversación banal, Kevin se ofrece a ayudarla con las bolsas. La verdad es que es una suerte para Stacey, pues estaba a punto de que se le cayera una de ellas.

Él espera con paciencia a que abra la puerta del piso, sin perder en ningún momento su perfecta y ensayada sonrisa. Se muestra comedido. Prudente. No quiere asustarla. Solo pasará si ella le invita a hacerlo, cosa que está seguro de que hará.

No se equivoca.

Se adentra hasta la cocina y deja la compra donde Stacey le indica. Aprovecha para echar un vistazo y asegurarse de que todo esté en orden sin que ella lo perciba. No le gustaría apreciar que hubiera algo fuera de donde debería encontrarse.

—¿Necesitas que te ayude con algo más? —le dice con esa sonrisa seductora que sabe que tiene y no duda en aprovechar.

Ella no tiene claro qué contestar. ¿Precisa ayuda con algo? No en ese momento, aunque se muere de ganas de que se quede un poco más.

—No, muchas gracias —contesta, sin atreverse a invitarle a tomar algo. Podría ofrecerle un refresco, no sería tan difícil, pero es incapaz.

En su interior, parece que le estuvieran estrujando los diferentes órganos, puesto que siente un estado de nerviosismo que afecta a cada rincón de su ser.

Él todavía se demora unos segundos antes de decir o hacer nada más.

La observa.

La estudia.

No aparta ni un segundo su mirada de ella.

Apenas parpadea.

Analiza sus expresiones, su forma de estar en mitad de la estancia, insegura, dubitativa. Sabe mucho más de ella de lo que su inquilina se puede imaginar. La conoce demasiado bien para el poco tiempo que lleva en el edificio.

No es momento.

Más adelante, tal vez.

—Está bien. Entonces será mejor que me vaya —contesta, después de decidir que no dará ningún paso al frente por el momento—. Ya sabes que, si necesitas cualquier cosa, me puedes encontrar en el quinto, ¿vale?

La joven asiente con una sonrisa tímida.

Quiere que se quede.

Quiere tener arrojo para pedírselo.

Pero ella es como es.

Él se despide, mientras Stacey le ve marchar, desilusionada.



CAPÍTULO 28



Las siguientes semanas, la vida de Stacey se va estabilizando. En el trabajo está feliz. Le gusta lo que hace, a pesar de que no es exactamente lo que ella habría elegido, puesto que restaurar no es un perfecto sinónimo de crear, aunque se le parece bastante. Es una actividad con un punto de vista romántico, en cuanto que le da la oportunidad de ofrecerle una segunda vida a objetos que podrían haber sido desechados y olvidados.

Es casi una metáfora de sí misma.

Con su traslado a Seattle, siente que, en cierto sentido, se encuentra en proceso de restauración.

Ese pensamiento, le lleva hasta el maravilloso concepto japonés del *Kintsugi*, que significa “reparar con oro”. A través de ese método ancestral, en lugar de esconder las grietas y las fracturas, lo que se hace es aprovecharlas para hacer un objeto incluso más bello que el preexistente. Nuestras cicatrices forman parte de quienes somos en el presente y no debemos ocultarlas, sino que tenemos que lucirlas con orgullo porque nos han convertido en personas nuevas y seguramente más sabias.

De vez en cuando, al terminar la jornada laboral, se juntan algunos compañeros para tomar algo. Suelen pasar un rato muy agradable cuando lo hacen. Reina el buen humor y la conversación sin prejuicios, donde cada cual parece mostrarse tal y como es.

Además, después de demasiado tiempo descuidando su forma física, ha empezado a salir a correr y se ha apuntado a unas clases de defensa personal. La elección de esta última actividad no es por ningún motivo en concreto, sino únicamente debido a que siempre le pareció que podía ser interesante aprender a defenderse.

En el gimnasio ha conocido a gente interesante y ha entablado especial relación con una joven más o menos de su misma edad. Todo ello ayuda a que cada vez se sienta más a gusto en la ciudad y se diluya, poco a poco, el sentimiento de soledad que alguna vez le ha asaltado desde su llegada. La vida le va mejor que nunca y, ahora que ha recuperado la ilusión, empieza a plantearse seriamente retomar ese proyecto personal que tiene aparcado desde hace una eternidad.

Con Jamie habla frecuentemente. En la última conversación le ha dado una buena sorpresa: está pensando en cogerse unos días de vacaciones para ir a visitarla, algo inaudito, porque no recuerda la última vez que tuvo varias jornadas de asueto. Es una *workaholic* sin remedio.

Sin embargo, como no todo podían ser buenas noticias, le ha comentado que lo más probable es que no sea algo inmediato. Todo depende del volumen de trabajo que haya en las próximas semanas. Sospecha que dicho volumen siempre suele ser el mismo, así que la fecha no puede ser más imprecisa.

Stacey está deseando ver a su amiga. Hablan a diario, hacen videollamadas y se envían infinidad de mensajes, pero eso no sustituye la cercanía de la persona a la que quieres. Se entusiasma tanto con la posibilidad de que algún día ese viaje se materialice, que no puede resistirse a empezar a hacer planes con Jamie.

—En cuanto vengas, te voy a llevar a conocer el Space Needle, eso seguro. Vas a flipar con las vistas que hay desde allí arriba. Se ve todo Seattle. Después iremos al museo de la Cultura Pop...

—Para el carro —la interrumpe su amiga que ve que va cuesta abajo y sin frenos—, que a la que le gusta toda la movida esa del arte es a ti. A mí lo que me apetece es que me lleves a conocer las noches locas de la ciudad y a los tíos guapos que viven allí, ¿estamos? No me cojo un avión para limitarme a hacer visitas culturales. ¡Qué rollo, por favor! Parece mentira que no me conozcas.

Stacey se echa a reír. Jamie sigue siendo la misma, da igual la seriedad de la empresa para la que trabaja y toda la responsabilidad que acarrea sobre sus espaldas, pues sigue siendo un espíritu libre al que, como cuando iban a la universidad, le encanta salir de fiesta hasta que el cuerpo aguante. Por otro lado, no puede evitar que al oír eso de “tíos guapos” le venga a la cabeza su casero. No duda en que en eso sí estarían de acuerdo las dos.

—¡Vaaaaaale! Te llevaré de juerga también, pero sin pasarse, que luego no hay quien te levante de la cama al día siguiente. ¡Y no lo niegues que te conozco!

—No, no, si no lo iba a negar. Lo que iba a decir es que no seas moñas, que te quiero mucho y lo sabes, Stacey, pero que, ya que voy de vacaciones, no me pidas que me pase el día pateando la ciudad, salvo que sea para ir de tiendas ¿eh? Que nos conocemos.

—Tomo nota, tranquila —responde—. Y tú no me avergüences, que cuando bebes pierdes un poco el norte.

—Un poco, dice —bromea su amiga, poniendo los ojos en blanco, por lo que ambas comienzan a reírse recordando algunos momentos bochornosos del pasado.

Llevan demasiadas vivencias compartidas. Se conocen desde que eran unas crías. Ya nada podría sorprenderlas.

—En cuanto tenga una fecha, te lo comunico —le informa finalmente Jamie. No cree que sea a corto plazo, pero confía en que pueda ser en dos meses a lo sumo.

Pero no le dará tiempo a hacerlo.

El tiempo pasará muy rápido sin concretar nada.

Hasta que es demasiado tarde.



CAPÍTULO 29



En los últimos días, Stacey ha coincidido con Kevin bastante a menudo. Le gusta hablar con él. Le parece un hombre muy agradable y simpático. Presiente que él también se siente cómodo con ella, pues nunca parece tener prisa para irse cuando se encuentran.

Se pregunta si tendrá novia, puesto que nunca le ha visto con una chica, aunque eso no tiene por qué significar nada. Puede que lleven una relación a distancia o que se vean en el piso de ella. En realidad, caben infinidad de posibilidades.

La última vez que le vio, estuvo a punto de proponerle ir a tomar algo. Le faltó muy poco para armarse del valor necesario, pero, al final, su clásica inseguridad la hizo retraerse.

Hay una cafetería muy cerca del edificio y tiene una pinta muy acogedora. Sería agradable pasar allí un rato con él y no limitarse a hablar solo cuando se encuentran de manera casual. Sin embargo, no se atreve y también es consciente de que, por mucho que quiera convencerse de lo contrario, probablemente nunca lo hará, a pesar de que su autoestima ha ido ganando puntos desde que llegó a la ciudad.

En su trabajo la valoran y hay un grupo con el que suele quedar en su tiempo libre, especialmente los fines de semana. Han hecho una buena panda y se llevan de cine. Además, un amigo de uno de sus compañeros ya le ha insinuado en más de una ocasión que le gustaría quedar con ella un día de esos. Es algo que la halaga.

No obstante, no es que el chico no le guste.

El problema es que Kevin le gusta más.

Su cabeza está hecha un lío. No sabe qué hacer. Quizá lo mejor fuera desengañarse. Si se para a pensarlo fríamente, en ninguna de las ocasiones que se ha encontrado con su casero él ha hecho el menor intento de proponerle algo más que una conversación de unos pocos minutos en el portal o en las inmediaciones del edificio. Lo más probable es que sea igual de amable con el resto de los inquilinos.

¿Vale la pena esperar por alguien que tal vez nunca muestre interés real en salir contigo?

¿Debe pasar la oportunidad de estar con un chico que también le gusta por una quimera irrealizable?

No le resulta sencillo tomar una decisión al respecto.

Al final, prefiere esperar un poco más.

¿Y si logra reunir el valor suficiente para proponérselo ella?

Eso es mucho suponer.

Ya se verá.



CAPÍTULO 30



Jamie está feliz. Ha merecido la pena, de eso no hay duda. La echa mucho de menos, pero está convencida de que hizo lo correcto. Cuando habla con su amiga, percibe que ella está contenta. La vida le sonríe. Es más, juraría que no ha estado tan bien casi desde que la conoce. Su voz desprende alegría y su rostro lo corrobora en las videollamadas que se hacen.

Se siente realizada porque le parece que ha hecho algo útil por una persona a la que quiere mucho. Stacey es para ella como una hermana y sabe que ella le corresponde. Es difícil encontrar una amistad tan sana y tan pura como las que ellas dos comparten.

Y a pesar de ello, a pesar de toda la confianza que tienen, a pesar de lo que han compartido a lo largo de los años, todavía no le ha hablado de Walker, su novio. Llevan juntos desde poco antes de que Stacey se marchara y las cosas van rápido entre ellos.

Demasiado, tal vez.

No le habló de él porque vio a su amiga en una fase muy baja, casi tocando fondo. Le parecía casi inmoral contarle lo dichosa que ella era, mientras su amiga se hundía cada día un poco más.

Walker es abogado. Le conoció en un acto social organizado por la empresa de Jamie. Había muchos personajes relevantes del mundo de los negocios. Aquel joven de pelo oscuro y rizado, acudió por un compromiso con uno de sus clientes, el cual quería aprovechar el evento para concretar algunos flecos de una actividad comercial que tenía en marcha.

Cuando la vio, casi perdió la cabeza. Se comportó como un chico torpe que metía la pata continuamente, algo que a ella le hizo mucha gracia. A veces se lo recuerda y se ríen, aunque Walker no puede evitar avergonzarse un poco todavía por lo sucedido esa noche.

Jamie rememora aquello en ese preciso instante con una sonrisa en los labios. Parece que haya pasado una eternidad cuando, en verdad, solo han transcurrido unos pocos meses. Le parece mentira la forma en la que la vida, en algunas ocasiones, coloca de forma fortuita a personas que serán irremplazables en nuestra vida.

No puede hablarle a Stacey de él por teléfono. No considera que esté bien hacerlo así. Ha decidido que lo hará en persona. Se lo contará cuando viaje hasta Seattle. Le hablará de él y de sus planes de futuro.

Sabe que se alegrará por ella.

Más adelante se lo presentará.

Todo a su debido tiempo.

En su caso, considera que no es necesario correr más rápido para llegar antes.



Expectativas y realidad

“La vida no va de encontrarse a uno mismo.

La vida va de crearse a uno mismo”.

(George Bernard Shaw)



CAPÍTULO 31



Han pasado tres semanas desde que Jamie le planteara a Stacey la posibilidad de ir a visitarla. Sigue sin tener una fecha concreta. Se desespera. El plazo que se había fijado parece alejarse, aunque todavía no puede asegurarlo. Tiene que esperar a ver cómo evolucionan algunos asuntos en su empresa.

Está siendo una época de una excesiva carga laboral que la mantiene ocupada gran parte del día. Sus jornadas son extenuantes. De hecho, ahora llevan unos días que ni siquiera tiene tiempo de hablar con su amiga, así que se comunican a través de mensajes. Así, Jamie puede responder cuando tiene algún hueco, aunque sea justo antes de caer rendida en la cama. Lo hace de manera escueta, porque no puede ni sostener sus párpados abiertos.

Stacey ha conocido a alguien y está deseando presentárselo. Es lo último que le ha contado. Ha sido un mensaje a altas horas de la madrugada del sábado. Su amiga se emociona y casi hasta se plantea viajar a Seattle con Walker y presentárselo. Así matan dos pájaros de un tiro y, además, pueden salir en parejas, piensa sonriendo.

Eso sería un hecho inédito. A pesar de la cantidad de años que hace que se conocen, nunca han coincidido en el mismo tiempo las dos con pareja. En realidad no es de extrañar, debido a que ninguna de las dos ha tenido relaciones excesivamente largas.

Jamie y Stacey son diametralmente opuestas. Su forma de ser es como la noche y el día. Una nerviosa y la otra tranquila; Jamie segura de sí misma y Stacey incapaz de confiar en sus posibilidades; la primera es extrovertida y sin ápice de miedo, mientras que la otra es reservada y comedida.

En cuanto a sus gustos, apenas coinciden en nada. Sus profesiones parecen pertenecer a planetas diferentes, puesto que no tienen puntos coincidentes. Es tan poco lo que tienen en común, que lo más lógico sería esperar que sus diferencias las alejaran, pero es justo lo contrario lo que sucede. Se completan la una a la otra, puesto que cada una le ofrece a su amiga justo lo que le falta.

Lo más curioso de todo es que, posiblemente, lo que sí comparten es esa falta de relaciones románticas duraderas. Y ahora, en ese momento de sus vidas, parece que ambas han encontrado a alguien que las hace felices.

Eso es lo que ha interpretado Jamie del mensaje de Stacey.

Está deseando conocerle.

¿Quién será el hombre que le ha robado el corazón a su amiga?



CAPÍTULO 32



De pronto, algo cambia. Mejor sería decir, que todo se pone patas arriba porque Jamie, de la noche a la mañana, deja de recibir mensajes de su amiga y tampoco contesta ni a los que ella le envía ni tampoco a sus llamadas. No se da cuenta de manera inmediata, pues no ha consultado demasiado su móvil personal en las últimas jornadas de locura que han absorbido hasta el último minuto de su vida. Para cuando lo hace, la preocupación se extiende como un fuego abrasador.

Algo va mal.

Lo intuye.

Lo sabe.

Previamente, le había parecido apreciar un cambio en el estado de ánimo de Stacey. Tuvo la impresión de que trataba de disimular y mostrase animosa, pero no resultaba natural aunque asegurase que todo iba bien. No obstante, como apenas han hablado por su falta de tiempo, no está segura de ello y llegó a pensar que no eran más que cosas suyas.

En cualquier caso, no responder no es propio de Stacey.

Ella siempre estaba en contacto.

Ella era la que se preocupaba de que no dejaran de comunicarse.

Jamie está asustada. No es fácil que esa joven sienta miedo, pero ahora lo experimenta en toda su crudeza. Tiene que haberle pasado algo, puesto que ya han pasado unos días desde la última vez y sigue sin dar señales de vida. Insiste y la llama en varias ocasiones sin obtener más respuesta que la de la operadora diciendo que el móvil al que llama no está operativo en ese momento.

Se recrimina que no ha estado tan atenta como debería, puesto que le tendría que haber extrañado que hubiera pasado una semana desde la última vez que Stacey contactó y ella le respondió. Ha tardado demasiado. Puede que Jamie no escribiera o llamara porque estaba absolutamente saturada, pero su amiga lo hacía todos los días, sin excepción. Ha estado tan absorta con el trabajo que se ha olvidado de todo lo demás.

Ha dejado de lado lo verdaderamente importante.

El trabajo es tan solo trabajo, mientras que las personas que queremos son insustituibles.

La preocupación sube varios grados cuando llama a la empresa en la que está contratada Stacey y allí le dicen que hace días que no aparece por allí.

¿Cómo es posible?

La culpabilidad casi la ahoga, a pesar de que no tiene motivos por los cuales sentirse responsable. No es su protectora, aunque siempre haya ejercido como tal. Además, Stacey es adulta, no una cría pequeña a la que hay que vigilar. No obstante, si le ha pasado algo y ella no ha sido consciente hasta que ya es demasiado tarde, no podrá perdonarse no haber estado ahí cuando su amiga más la necesitaba.

Revisa todas sus apps de mensajería y redes sociales para asegurarse de cuándo fue la última vez que estuvieron en contacto.

Es peor de lo que pensaba.

Es evidente que ya no hay margen de tiempo.

Llama a la policía y les comenta el caso.

Tiene la impresión de que, quién le contesta al teléfono, no la está tomando demasiado en serio, a pesar de que le ha asegurado que pasará el caso al departamento correspondiente.

Lo valora un instante.

Jamie es de las que no teme tomar decisiones.

Y eso es justo lo que hace.

No puede posponerlo más.

Es hora de viajar a Seattle y averiguar qué le ha sucedido a su amiga.

No piensa regresar hasta que dé con ella.



CAPÍTULO 33



No ha sido fácil conseguirlo. Jamie es un activo muy importante para su empresa, alguien casi imprescindible. Sus jefes se han dado cuenta de lo que vale y de su capacidad resolutive. No prolifera gente de tanta valía. Por lo tanto, cuando se encuentra a una persona así, no hay que dejarla escapar.

Tuvo que negociar duro. No tenía intención de ceder en ningún caso, sin importarle las consecuencias. A pesar de todo, planteó opciones. Intentaría trabajar a distancia, aunque sabe que eso solo es una falacia, puesto que tiene un mal presentimiento y está convencida de que lo único a lo que podrá dedicar su tiempo será a buscar a su amiga.

Poco le importa si pierde su puesto. No le costará encontrar otro. Stacey es más importante. Trabajos hay miles, pero buenas amistades como la suya se cuentan con los dedos de una mano. En esta vida, las personas son lo único que es irremplazable.

Al final, le sale bien. No quieren perderla. En parte, no le sorprende. De sobra conocen que hay muchas empresas interesadas en contratarla. Es joven, pero hay pocas como ella, con una personalidad arrolladora y una inteligencia sagaz. Tiene unas dotes excepcionales para convencer a la gente. Todavía no ha dado con nadie que se le resista.

Al final, consigue, por el momento, cuatro días. Piensa aprovecharlos y exprimirlos buscando el rastro de Stacey. No va a parar hasta dar con ella. Si le ha pasado algo, el responsable lo va a pagar, eso seguro.

Acudirá a la policía en primer lugar. No le hicieron demasiado caso por teléfono, pero en persona no la podrán obviar. Sabe bien cómo conseguir lo que quiere. Puede ser muy persuasiva cuando se lo propone y está segura de que ni les apetece una demanda ni salir en los medios de comunicación como ejemplo de ineptitud. Es capaz de hacer las dos cosas, no será una amenaza en vano ni mera palabrería.

Después, pasará por el trabajo de Stacey para preguntar a sus compañeros. Finalmente, se acercará a su casa. Tiene el teléfono del casero, de cuando estuvo buscándole un piso con un alquiler asequible. No le resultará difícil dar con él.

Esa es la previsión inicial que hace en su cabeza. No sabe si le dará tiempo a todo el primer día. Suelen surgir imprevistos que pueden encadenar un retraso tras otro. Si el avión no llega puntual, por ejemplo, ya tendría que intentar arañar minutos en el resto de tareas. Por si acaso, no va a facturar equipaje y, de ese modo, ya empezará ahorrando tiempo.

Sin más dilación, prepara la maleta y se dirige al aeropuerto. Su vuelo sale en poco más de tres horas. Ojalá hubiera tenido más suerte y saliese algún avión antes. Pero hay cosas que, simple y llanamente, escapan de su control.



CAPÍTULO 34



Ha acordado con Walker que hablarán todos los días y le mantendrá informado. Así se asegurará de que está bien. Le insta a que, si no tiene noticias suyas en un tiempo razonable, llame a la policía y vuele también a Seattle a buscarla. Igual está siendo demasiado drástica, pero quiere que él no espere demasiado si sospecha que le puede haber pasado algo. Esas palabras consigue también asustarle un poco, aunque intenta convencerse de que solo está exagerando. Jamie es muy intensa en todas las facetas de su vida.

Ella prosigue con su discurso, mientras él escucha con atención.

El tiempo puede ser la clave en estos casos.

Él prefiere no contradecirla, a pesar de que, en cierto sentido, cada vez más le parece que está exagerando. Walker es de los que considera que siempre hay una explicación sencilla y razonable para todo. En este caso, no se atreve a decirlo en voz alta, ya que seguramente Jamie le diría que debe dejar atrás ese pensamiento naíf. Le encanta su chica, pero tiene un carácter tan fuerte, que hay que calibrar bien si merece la pena o no entrar en según qué discusiones.

—¿Por qué no esperas unos días para que pueda ir contigo? —le pregunta en un último intento de permitirle acompañarla.

—No puedo esperar más. Ya te lo he explicado. Stacey siempre me contesta a las llamadas y, si no puede hacerlo en ese instante, lo hace en cuanto tiene la posibilidad. Pero es que ni siquiera contesta los mensajes. Eso jamás lo había hecho.

—Es probable que...

—¡Walker, no, en serio! —le corta de manera brusca—. No me digas otra vez que lo que sucede es que le han robado el móvil y por eso no ha podido llamarme.

—Bueno, tampoco deberías descartarlo.

Jamie resopla porque ella no lo considera una posibilidad, sino una estupidez. Si, como él sostiene, le hubieran robado el móvil, está segura de que habría encontrado el modo de comunicarse con ella. Es tan sencillo como conectarse a internet con cualquier dispositivo y enviar un mensaje a través de alguna de sus redes sociales. Y si no se le ocurriera una idea tan simple, seguramente habría pensado en buscar el teléfono de la empresa en la que trabaja para hablar con ella o dejarle un aviso.

No merece la pena discutir por ese tema. Al fin y al cabo, el único objetivo de su pareja es tranquilizarla y tratar de que le espere para que pueda acompañarla.

Sus intenciones no pueden ser mejores.

Aunque no sirvan de nada.



CAPÍTULO 35



Lo primero que hace, después de recoger su equipaje de mano y transitar hacia la salida del aeropuerto, es alquilar un coche. Sabe que en Seattle las posibilidades de transporte público son múltiples, pero prefiere contar con su propio vehículo para no depender de horarios ni combinaciones.

Recoge su utilitario en el parking. Ha elegido uno pequeño, más versátil para moverse por la ciudad y también para tener más opciones de encontrar sitio a la hora de aparcar. Arranca e introduce en el GPS la dirección de la comisaría de policía. No piensa darles tregua. Van a sentir su aliento en el cogote, eso seguro. Quiere que sepan que ya está allí y que no se va a ir hasta que localicen a su amiga.

Le cuesta un poco estacionar el vehículo en los alrededores de la estación de policía. Después de dar un par de vueltas por la manzana, lo logra. El equipaje le aguarda en el maletero hasta que se traslade al hotel que ha reservado, posiblemente varias horas más tarde. No está en la ciudad para relajarse ni hacer turismo, sino para aprovechar hasta el último segundo del que disponga.

Nada más entrar, se para unos instantes para analizar el ambiente y conocer un poco el funcionamiento. Lo necesita. Jamie es una persona muy observadora e intuitiva. Su mente analítica y un tanto cuadrículada para según qué cosas, precisa de esos instantes de verificación del entorno en el que se encuentra.

No quiere perder el tiempo siendo zarandeada por unos y otros que la mandan a distintos lugares dentro de ese reino de taifas. Si tiene las cosas claras antes de empezar, podrá dejar claro que no es alguien a la que pueden tomar por estúpida. Hace mucho aprendió que más vale ponerse una vez colorada que ciento amarilla.

Entonces se acerca un agente hasta ella. La ha estado mirando mientras estaba allí plantada. Le ha parecido una actitud poco frecuente. La gente no suele hacer eso, no se queda parada en mitad de la sala sin hacer nada más, sino que va directamente a consultar el tablón o a preguntar en información. Se pregunta que le rondará por la cabeza a esa joven tan mona. Es su trabajo ofrecerle su ayuda pero, además, no estaría mal encontrar una posible cita. Hay que aprovechar las oportunidades que se nos ponen en el camino.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —le pregunta el joven policía con un tono amable.

—Vengo a hablar con alguien del departamento de desaparecidos, pero no se moleste, ya sé dónde tengo que ir —responde con tono que denota decisión.

Y sin más, se da la vuelta y se dirige hacia uno de los negociados del fondo.

El agente se queda boquiabierto.

Desde luego, no es una chica como las demás.



CAPÍTULO 36



Abre la puerta con la seguridad dibujada en el rostro. En realidad no sabe a quién debe dirigirse, pero poco le importa. Se le da bien disimular y lograr que los otros crean que sabe lo que hace. Si ha llegado tan lejos en su carrera profesional siendo tan joven es por algo. En su empresa nadie duda de que Jamie sabe lo que se tiene entre manos y cómo llevarlo a buen puerto, aunque eso no siempre sea del todo cierto.

Ya está dentro, primer objetivo conseguido. El siguiente será hablar con alguien que pueda tener cierta capacidad de decisión. No le vale cualquiera. Elegir bien es fundamental. Pronto aprendió que esa es la clave para que te tomen en serio.

No dudar.

Nunca.

Si lo haces, ofreces un punto débil que se puede atacar. Es básico que actúes con determinación, que parezca que sabes lo que haces o lo que dices, aunque en verdad no tengas ni la menor idea. Mientras el otro no lo sepa, todo irá bien.

—Buenos días. Mi nombre es Jamie McDouglas. Necesito hablar con la persona que está al cargo de la investigación de la desaparición de Stacey Queens —expresa en alto, proyectando su voz para que todos los presentes la escuchen.

Lo dice con un aplomo casi impropio de su edad, teniendo en cuenta que todavía no ha cumplido los treinta. Su postura transmite, incluso, más que sus palabras. La cabeza alta, la espalda recta y los hombros ligeramente echados hacia atrás. No hay ni un atisbo de indecisión en ella. Los agentes de la brigada la miran con desconcierto. ¿Quién es esa joven que está delante de ellos exigiendo que la atiendan?

—Disculpe, pero se equivoca. No hay ningún expediente abierto con ese nombre —explica el que parece estar al mando de la sección.

Jamie no sale de su asombro. No puede ser. Tiene que tratarse de un error. Si no es así, alguien lo va a pagar muy caro.

—Espero que se equivoque, puesto que llamé hace un par de jornadas para informar de que llevaba días sin tener noticias de mi amiga. Si no se han puesto las pilas a estas alturas, les va a caer un puro de los gordos y también les aseguro que no va a haber un rincón del país que no conozca la ineptitud de este departamento. Espero que tengan ya elegida la isla desierta a la que piensan trasladarse.



CAPÍTULO 37



Una par de semanas atrás.

Stacey ha quedado con los del trabajo para ir a cenar y luego salir por ahí. Es el cumpleaños de una de las chicas y le apetece celebrarlo con todos ellos. El plan le apetece muchísimo. Ha recuperado las ganas de salir de fiesta y pasar un buen rato. Es lo que le corresponde por edad, pues todavía se encuentra al final de la veintena. Lo que no era lógico era el ostracismo al que se había acostumbrado en Sacramento, prácticamente recluida día y noche en su piso, salvo cuando quedaba con Jamie o iba a trabajar a regañadientes.

Ese día se arregla más de lo que es habitual en ella. Lo hace por vez primera desde hace infinidad de tiempo, más o menos desde que en su anterior empleo comenzaran a devorarle la autoestima a bocados. Hoy le apetece verse bien.

Se pone unos vaqueros ajustados, una blusa negra con los hombros al aire y unos tacones que hace tanto que no se calza que no está segura de recordar cómo andar con ellos. Espera poder aguantar toda la noche con ellos puestos, aunque no las tiene todas consigo.

Se da espuma a su larga melena, lo que realza sus rizos y les da un efecto mojado. Se aplica unas sombras oscuras que enmarcan su mirada haciéndola más profunda y provocando que el color de sus ojos destaque, si cabe, más de lo que ya lo hace al natural. Por último, pinta de rojo sus labios, se los humedece y se decide a salir.

En el portal se cruza con Kevin. Este la mira con renovado interés. Es innegable que está espectacular. Desde el momento que llegó la chica al edificio esta ha captado su atención, pero esa noche ve algo especial.

Algo en su cabeza hace clic. Es hora de tomar decisiones. Como mínimo, toca acercar posturas. Hasta ahora, ha sido comedido. No ha querido asustarla ni ir demasiado rápido. Es más, se ha dado cuenta de que, en más de una ocasión, ella esperaba que sus conversaciones de encuentros casuales dieran un paso adelante.

Sin éxito.

Todo estaba medido.

Kevin es calculador.

Lo que tiene ante sí en ese momento hace que, quizá, se precipite, pero decide que ya es el momento y que no merece la pena esperar más.

Intercambian unas palabras.

Le da suficiente información para localizarla más tarde.

La noche acaba de ponerse interesante.

Es hora de avanzar hacia una nueva fase.



CAPÍTULO 38



Los policías la miran como si acabase de entrar un alienígena por la puerta. Después, se giran los unos hacia los otros intentando buscar una explicación en el rostro de sus compañeros. No entienden de que está hablando aquella joven de pelo castaño con una seguridad en sí misma que recuerda a la de una persona de mucha más edad.

En cualquier caso, ha dejado bien clara la amenaza y no parece que vaya de farol.

—Perdone, pero tendrá que explicarnos a qué se refiere, puesto que nadie nos ha pasado un aviso al respecto —comenta uno de ellos, intentando averiguar qué está intentando decirles la joven. Este se ha levantado de su mesa y ha comenzado a acercarse hacia ella. En su cara, desde luego, se aprecia cierto desconcierto.

Jamie nota cómo su rostro se enciende de pura rabia. No tolera la ineptitud, igual que no aguanta a los vagos e irresponsables que no hacen su trabajo. Teme que, el día que llamó, se topó con uno.

Todavía no sale de su asombro.

Son agentes de la ley. Si hay un inútil en la comisaría, debería estar fuera del cuerpo en lugar de ralentizar un trabajo que puede resultar vital para las personas que se encuentren en peligro.

—Espero que tenga una explicación mejor para esto, porque después de discutir un rato con el incompetente del agente que me cogió el teléfono el otro día, me dijo que pasaría el aviso.

El policía hace un gesto que hubiera preferido esconder, pero que no ha podido evitar. Se imagina a quién se está refiriendo. Siente cómo la bilis le sube por el esófago, fruto de un mal humor creciente. Está más que harto de tener que pagar por los errores de otros.

En todos los trabajos siempre hay un lastre con el que todos acaban cargando. Es el caso de Donald Johnson, alguien que hace mucho que deberían haber echado del cuerpo pero que, debido a sus relaciones sindicales, parece que no conviene hacerlo. Por tanto, se le mantiene en su puesto tratando de que no sea demasiado molesto y asignándole funciones relativamente sencillas.

Si ahora mismo pudiera, el inspector Ethan Carter, blasfemaría todo aquello que se le ocurriera y hasta echaría espuma por la boca. Pero no puede hacerlo. Debe guardar la compostura, aunque hacerlo le provoque una úlcera.

Parece que Johnson no es capaz de resolver ni siquiera las tareas más simples. Pasar un aviso no es precisamente algo que se llamaría de extrema dificultad.

En resumen, una rémora es una rémora y siempre acaban por joderlo todo.



CAPÍTULO 39



Una par de semanas atrás.

Al final, se han juntado ocho para cenar. Un porcentaje bastante alto, teniendo en cuenta que no son muchos más en la empresa, quince en total. Es un número reducido de trabajadores si se considera que es referencia en su sector. No obstante, mirándolo desde otro punto de vista, resulta comprensible, ya que es un tipo de negocio más bien artesanal. La política de la empresa es pocos empleados pero bien seleccionados. Hasta la fecha, parece que es la fórmula del éxito.

Muchos de los que faltan esa noche ya habían hecho planes antes y por eso, finalmente, declinan la invitación. En todo caso, los que comparten mesa, pasan una velada agradable, entre copas y risas. Apenas se acuerdan de los que faltan, salvo para contar alguna anécdota que hace referencia a uno de ellos.

Jack, un compañero que pretende a Stacey, no le quita ojo de encima. Hasta ese día, ha procurado esconder sus sentimientos hacia ella, aunque todos en realidad se habían dado cuenta de que le gustaba. No obstante, Jack estaba al tanto de que un amigo de Phil, otro de los restauradores, estuvo flirteando con la joven, pero al final aquello no llegó a buen puerto. Según ha podido saber, Stacey no estaba realmente interesada en él.

Esa noche luce particularmente bella. Está impactado. El primer día que se la presentaron en el trabajo, le llamó la atención. Es una chica muy guapa, imposible no fijarse. Sin embargo, según ha ido conociéndola más y más, se ha dado cuenta de que no solo es que le parezca atractiva, sino que le gusta de verdad. No se atreve a pensarlo, pero empieza a estar enamorado.

Ha intentado acercarse a ella en varias ocasiones. Tiene la sensación de que él también la atrae, tal vez por la cercanía con la que se relacionan en el trabajo. Sin embargo, también da la impresión de que algo la frena. Eso le hace sentirse inseguro y frena, en cierta medida, sus aspiraciones con la joven. Quizá solo sea una percepción suya y, en realidad, ella no tenga ningún interés por él. Resulta muy difícil averiguar lo que otra persona siente verdaderamente por ti hasta que no te lo demuestra sin lugar a dudas.

Cuanto más mira a Stacey, más se refuerza su idea de que debe atreverse a confesarle sus sentimientos. Es el momento. Después, posiblemente sea ya demasiado tarde. En el trabajo, desde luego, esa conversación estaría fuera de lugar.

Bebe una cerveza tras otras buscando en el alcohol una salida. Quién sabe si, cuando vayan a algún pub, encuentre el valor que ahora le falta.



CAPÍTULO 40



Ethan Carter es el policía que está al frente de la sección de desaparecidos de esa comisaría de Seattle en concreto. Es un hombre serio, concienzudo y trabajador. Detesta que pongan en cuestión su profesionalidad. Eso es justo lo que está sucediendo en ese preciso instante. Sin embargo, en este caso puede entender a la joven. Casi puede ponerse en su lugar. Tiene muy claro con quién habló cuando llamó.

El maldito Donald Johnson.

No suele llevarse mal con nadie, pero a ese tipo lo detesta. Esto no va a quedar así. Va a dar parte al jefe para que tome cartas en el asunto de una vez por todas. Ya ha aguantado demasiado. Si se le echan encima los del sindicato, pues que se le echen. Va siendo hora de sacar la escoria y echar del cuerpo a vagos y maleantes.

—Señorita McDouglas, ¿verdad? No sé si he entendido bien su nombre —trata de asegurarse, aunque tiene bastante claro que lo ha escuchado de forma nítida.

—Sí, correctamente.

—Le agradecería que me contara desde el principio lo de la joven desaparecida. Puedo decirle con total honestidad que mi departamento no ha recibido su aviso. De lo contrario, le aseguro que lo habríamos investigado. No nos tomamos esas cosas a la ligera.

Jamie resopla. ¿Cómo es posible que no tenga noticias? Si pillara al tipo con el que habló, le estrangularía allí mismo sin importarle las consecuencias. Le parece surrealista lo que está sucediendo.

—¿Me está diciendo que no han hecho absolutamente nada por el momento? —pregunta con más que evidente irritación.

—Me temo que así es —reconoce el policía. Es absurdo negar la evidencia. Eso no haría más que empeorar las cosas—. Y le aseguro que no hay nadie que lo lamente más que yo. Si me hubieran pasado el aviso cuando usted dice que llamó, ahora mismo podría ponerla al día de la información que hubiéramos recabado.

Observa cómo enrojece el rostro de la joven. Él mismo siente que le está subiendo la temperatura de la cara, pero en su caso por pura vergüenza, aunque también en parte por la indignación que se extiende dentro de él.

—Esto no va a quedar así. Les voy a poner una demanda del tamaño de Texas.

—Lo comprendo. Yo mismo le daré el nombre y apellidos del responsable de este desatino.

Y así lo hace, con la esperanza de que, al final, sea ella quién le ponga una querrela a Donald Johnson y consiga que le pongan de patitas en la calle, que es donde debe estar.



¿Dónde te metes?

*“Cuando no se puede lograr lo que se quiere,
mejor cambiar de actitud”.*

(Terencio)



CAPÍTULO 41



Una par de semanas atrás.

Stacey se da cuenta de que Jack esa noche está más pendiente de ella de lo que es habitual. En algunos momentos, tal vez porque se ha excedido con la bebida, se pone especialmente pesado, cosa que le desagrada y así lo manifiesta. Tiene que pararle los pies en más de una ocasión, pues está consiguiendo hacerla sentir incómoda. Es evidente que no todo el mundo tiene una adecuada tolerancia al alcohol.

Él no se toma bien la reacción de la joven. No le gusta que le rechace. En un momento de la noche, llega al punto de responder de forma un tanto agresiva ante su negativa. Eso consigue que Stacey pierda hasta el último ápice de interés que pudiera tener por él. Si en algún momento le pareció que tenía algún atractivo, acaba de convencerla de que no tiene ninguno y que es mejor mantenerle alejado lo máximo posible. Nadie en su sano juicio querría estar con un hombre así.

Los demás que están en el pub con ellos, le reprenden por su actitud y este acaba yéndose. Es innegable que ha dado un espectáculo desagradable y ha intentado propasarse en más de una ocasión.

Después, tratan de convencer a Stacey para que no se enfade demasiado con Jack. Saben que está pasando un mal momento, pues, según parece, está teniendo algunos problemas personales, pero también consideran que es un buen chico. Le dicen que es importante no olvidarlo. Al fin y al cabo, su mala actitud de esa noche seguramente se debe a que ha bebido algunas copas de más. No es que quieran justificarle. Una reacción así es execrable. No obstante, creen que, en otras circunstancias y sin alcohol de por medio, no se habría comportado así.

Stacey les escucha e incluso se siente mal por su reacción. Quizá haya exagerado, pero lo cierto es que ha conseguido hacerla sentir incómoda. Además, le ha hecho comentarios inapropiados, despectivos y sexistas. ¿Por qué ha de considerarse culpable de nada si ella, en realidad, no ha hecho nada que no debiera?

En realidad, con la mochila que la joven lleva encima, debería sentirse orgullosa de haber logrado, por fin, poner en su sitio a un hombre que se excede con ella. No hay derecho a que tenga que soportar que piensen que pueden tratarla de cualquier manera para conseguir sus objetivos.

De cualquier modo, eso arruina un poco el ambiente de la noche. Se instala una tirantez palpable e ineludible. El ánimo festivo cae varios grados y ya nadie parece divertirse.

Ha llegado el momento de poner fin a la fiesta.

Justo cuando Stacey se decide a volver a casa, ve en el local a Kevin.



CAPÍTULO 42



Le parece indignante lo que ha sucedido. Entiende que no ha puesto una denuncia formal por escrito por no encontrarse en Seattle, sino a unas doce horas en coche, casi dos horas en avión. Sacramento, la capital del estado dorado, se encuentra a más de setecientas cincuenta millas de allí. Supuso —es evidente que de forma errónea— que bastaría con informar por teléfono, sobre todo si daba sus datos de identificación y justificaba debidamente sus preocupaciones. Ahora está claro, atendiendo a la actitud del agente Carter, que le contestó al teléfono el inepto de la comisaría.

—¡No me lo puedo creer! —comienza a decir roja de indignación. Entonces, toma aire y decide no seguir por ahí. Soltar mil improperios y contarles las demandas que piensa poner a ese inútil no hará que su amiga vuelva a casa. Eso ya lo arreglará más adelante, porque desde luego no lo va a dejar estar. Ahora mismo no se puede permitir el lujo de perder más tiempo ese día—. ¿Me permite entonces que le cuente todo desde el principio?

—Por supuesto, señorita. Venga conmigo a mi despacho y tomaré debida nota de cada detalle. Formalizaremos la denuncia en un instante. No nos conviene perder ni un minuto más.

El inspector Carter se muestra solícito y utiliza un tono amable y tranquilizador. Le conviene que aquella chica mantenga su ira orientada hacia un objetivo concreto y no iniciar un rifirrafe con ella. Necesita ganarse su confianza. Si es verdad que su amiga ha desaparecido, es vital mantener una buena comunicación y cooperar en la medida de lo posible.

—Y no lo haré, se lo aseguro. Yo tampoco quiere desperdiciar ni un solo segundo, como se podrá imaginar. En cuanto le relate lo sucedido, voy a ponerme en marcha y haré todas las averiguaciones que pueda por mi cuenta. Más le vale compartir la información que vayan recabando también conmigo. No voy a detenerme hasta que encuentre a mi amiga. No tiene ni la menor idea de lo pertinaz que puedo llegar a ser.

Y no miente.

El objetivo que tiene ahora entre ceja y ceja es uno importante de verdad.

Si algo caracteriza a Jamie es su coraje y su capacidad para no rendirse jamás.



CAPÍTULO 43



Un par de semanas atrás.

Sus miradas se cruzan. Él la sonríe. Ella piensa que es una increíble casualidad, porque no se le pasa por la cabeza que pueda ser algo premeditado, a pesar de que hace unas horas le ha contado sus planes, incluyendo los posibles locales a los que irían después de cenar, ya que lo habían estado comentando justo antes de salir del trabajo.

Es como un insecto acercándose de forma voluntaria a la tela de araña que la envolverá muy pronto.

Él se acerca hasta ella con tranquilidad, casi con sigilo, como haría un cazador detrás de su presa. Ella acude dócil a su encuentro. Le parece el hombre más atractivo que hay en el local. Algunos de sus compañeros se fijan en que está hablando con él. Es guapo y, sobre todo entre las féminas, capta la atención. Kevin no suele pasar desapercibido. Tiene un magnetismo innegable.

Eso le convierte en alguien peligroso.

Le resulta fácil lograr sus objetivos.

—¡Hola, Stacey! Espero que no estuvieras pensando en irte precisamente ahora —insinúa con segundas intenciones. No cree que vaya a abandonar el local justo ahora pero, si lo hace, no tiene ningún problema en ofrecerse a acompañarla.

Ella duda qué hacer y qué decir. Después del desencuentro con Jack, se le había amargado en cierta medida la noche. Sin embargo, piensa que hay que dar opción a las oportunidades que se presentan.

Es Kevin.

Lleva pensando en él desde que le conoció el primer día.

¿Quién le dice que vaya a tener otra opción más adelante?

Sonríe también. ¿Por qué no? Además, así tampoco se irá sola a casa. Al menos, esa noche está segura de que llegará hasta allí acompañada. Por algo residen en el mismo edificio.

Se acerca un poco más hacia él, hasta que incluso puede oler su inconfundible fragancia. Se siente casi mareada en su presencia. Tiene algo que ejerce un efecto hipnótico sobre ella.

Entonces Kevin le ofrece su mano.

Stacey la acepta y se deja arrastrar hacia él.

La envuelve poco a poco.

La aproxima a su cuerpo.

Comienza a hablarle al oído.

Las defensas de Stacey, cualquier posible resistencia, terminan por caer.



CAPÍTULO 44



Jamie le ha relatado al agente Carter su historia de principio a fin. Puede que incluso se haya excedido en los detalles, pero es de las que piensa que es mejor pasarse que quedarse corta. En el caso de Stacey, además, es fundamental dar a conocer su personalidad, ya que alguien tan ingenua como ella se puede convertir fácilmente en víctima de todo tipo de depredadores. Es más, eso ya lo ha visto antes en más de una ocasión. Y a pesar de lo que ha sufrido, está convencida de que su amiga es capaz de volver a confiar en la bondad de la humanidad, aunque esta brille por su ausencia en algunas ocasiones.

—Seguro que estará de acuerdo conmigo en que aquí pasa algo raro —le dice al policía.

Ethan Carter desde luego piensa que es posible que a esa chica le haya sucedido algo, pero tiene que ser prudente en su respuesta. Ya ha probado el carácter de la joven que tiene frente a él y no necesita darle más munición. Más le vale apaciguar las aguas que revolverlas todavía más.

—Vamos a investigarlo, desde luego. Voy a convertir este asunto en una prioridad, no se preocupe —explica, manteniendo un tono neutro.

Ella le mira entrecerrando los ojos. Tiene la impresión de que le ha contestado como un político que no quiere mojarse y se mantiene en una posición equidistante por si se encuentra más adelante en la tesitura de tener que recular. No obstante, no le va a servir de nada porque sí, claro que lo va a convertir en una prioridad. Es más, va a notar su aliento de manera permanente en el cogote. No hace falta que se lo diga con palabras. Él capta el mensaje a la perfección.

—Me parece estupendo. Es lo que tienen que hacer. Así que adelante, coja sus cosas y empecemos. Ya vamos con días de retraso —manifiesta en un tono autoritario.

Ethan Carter le regala una mirada de reproche. Que sea un hombre de buen talante no es sinónimo de que sea un pusilánime al que se puede manejar con facilidad.

—Disculpe, le he dicho que va a ser una prioridad, pero eso no significa que usted vaya a acompañarnos. Esto es trabajo policial.

—Sí, claro que voy a ir con ustedes. Me importa una mierda lo que sea. Hasta el momento nadie ha movido un dedo y me voy a asegurar de que no se repita. Puede considerarme si quiere como un miembro más de su equipo.

Carter frunce el ceño. Si piensa que va a mandar en la investigación, está lista. Una cosa es que no quiera alimentar más el fuego y otra muy distinta que se vaya a plegar a sus deseos.

Es hora de ponerla en su sitio.

Mejor sentar las bases desde el principio.

—No, de ningún modo. ¿Acaso se metería dentro de un quirófano a decirle a un cirujano cómo debe hacer su trabajo?

Se retan con la mirada. Es un pulso en toda regla. Cada uno valora sus opciones. Jamie reflexiona un instante. No le conviene cargar más el ambiente. Es consciente de que hace ya rato que se ha excedido. En cualquier caso, estará pendiente. Si por un segundo ha pensado que puede deshacerse de ella, es que no la conoce.

No sabe bien la que le espera.

Casi hasta el da pena.

Parece buena persona y va a tener que sufrir su peor versión.

—De acuerdo. Yo investigaré por mi cuenta. Y lo siento, agente, detective, inspector o lo que sea, pero me va a tener aquí cada poco tiempo para estar al tanto de lo que vayan encontrando. De igual manera, yo compartiré toda la información que consiga. Y le aseguro que esto sí que no es negociable.



CAPÍTULO 45



Doce días atrás.

El fin de semana ha comenzado de manera interesante. No se esperaba el giro de los acontecimientos de la última noche. Para ser sincera, en ningún caso imaginó que una cena entre amigos pudiera terminar de aquel modo tan surrealista.

Su teléfono se llena de mensajes de Jack disculpándose por su comportamiento de unas horas atrás. Insiste en quedar para hablarlo. Se lo suplica. Puede pasar a recogerla si lo prefiere. Sabe dónde vive y le da tiempo a estar allí en menos de media hora.

La insinuación le pone los pelos de punta.

Ella declina su oferta de manera educada. Jack ha salido completamente de sus planes. No le gustó lo que vio en él hace unas horas, esa pérdida de control, esos malos modos. Le sorprendió el cambio de personalidad en ese chico que siempre le había parecido tan calmado.

Hubo un momento en que se lo planteó. ¿Por qué no? Parecía un chico majo, agradable y le resultaba incluso atractivo. Congeniaban bien, resultaba fácil hablar con él, a pesar de que parecía tímido y reservado. En realidad, un poco como ella. Después de haberse creído con derecho a hablarla tan mal, no puede permitirse darle ni la menor esperanza. No sería nada inteligente por su parte.

El problema vendrá cuando vuelvan al trabajo el lunes. No quiere ni pensarlo. Quizá si fuera una empresa grande con un elevado número de trabajadores, podría encontrar el modo de evitarle. Pero eso no es una opción. La situación va a ser de lo más incómoda. Confía en que no se lo tome demasiado mal y puedan retomar más pronto que tarde un clima de trabajo sereno. Le gusta su empleo y el ambiente que hay allí, el buen rollo, el compañerismo, las risas. Ni se plantea buscar otra cosa. Sería una estúpida si lo echa a perder.

Decide no dedicarle más tiempo.

Ni un segundo extra.

No quiere arruinarse lo que queda de fin de semana.

Tiene motivos para sonreír.

Está deseando contarle a Jamie las novedades. Las buenas, claro. De lo malo prefiere olvidarse. Lo tiene decidido. Puede que no vaya a ninguna parte, pero está ilusionada. Ojalá su amiga pueda decirle pronto cuándo la visitará y tengan tiempo de tomarse un café interminable en el que la conversación salta de un tema a otro hasta perder la noción del tiempo.

De momento, hace planes para ese día.

Suspira llena de emoción.

Ya le toca disfrutar.



CAPÍTULO 46



Tras hablar con Ethan Carter y dejar las cosas bien claras, se dirige a su coche de alquiler. Una vez dentro, en esa burbuja metálica que la aísla del mundo exterior, se toma un instante para respirar. Sospecha que no va a tener demasiado tiempo en los próximos días si quiere aprovechar hasta el último segundo.

Mete la dirección de la empresa de restauración en la que trabaja Stacey y se dirige hacia allí. Cree recordar que la dueña, la fundadora o lo que sea se llamaba Anne Mistraude. Le cayó bien cuando habló con ella. Parecía una mujer agradable y también muy comprensiva. Le habló de la situación de Stacey y también de su valía. No le resultó difícil convencerla para que la contratase.

Puede que no tenga demasiado criterio en lo relativo al arte, pero está segura de que su amiga tiene un don para ello. Por suerte, lo que a Jamie se le da bien es persuadir y convencer a la gente, así que no necesitó ser una erudita en el tema para mostrarse convincente al respecto.

Stacey desde pequeña destacó muchísimo por sus habilidades artísticas. No hace falta ser una experta para diferenciar a los que tienen talento de los que no. Era algo que saltaba a la vista. Solo había que mirar sus propios dibujos y la de la mayoría de sus compañeros de clase. Únicamente se libraban de la quema los de Stacey y los de Brian Reynolds, el otro artista del grupo. El problema del segundo es que era un estúpido redomado y un engreído con un ego del tamaño de Kansas.

Jamie piensa en eso con emoción contenida. Ha pasado demasiado tiempo desde aquello. De cualquier forma, no le parece lo más operativo dejarse imbuir ahora por un estado de melancolía improductiva. Esa mirada nostálgica al pasado solo va a servirle para retrasarle en lo que tiene que hacer.

Suelta amarras y pone en marcha su hemisferio cerebral izquierdo con su lógica aplastante y su pensamiento racional, que es justo lo que necesita ahora.

Cuando termina de introducir la dirección en el GPS se sorprende para bien. Su destino está más cerca de lo que imaginaba. No debería tardar más de quince minutos en coche en llegar.

Da el intermitente y se incorpora al tráfico.

Es una ciudad con bullicio, como a ella le gusta.

Ojalá estuviera allí por otro motivo.

Exprimiría sus posibilidades al máximo.

Seattle le resulta interesante, a pesar de todo.



CAPÍTULO 47



Ethan Carter se ha quedado pasmado ante el arrojo de aquella joven. Todavía está reponiéndose de su encuentro con ella. Es una personalidad de esas que, si te descuidas, te roba la energía y te deja seco. No debe haber cumplido todavía los treinta y parece que ya se ha puesto el mundo por montera.

No quiere ni imaginársela dentro de diez años con más experiencia en la vida.

Pobres de los que se crucen en su camino.

Está claro que no es de las que se deja amedrentar, así como que es de esas personas que va siempre con el pie en el acelerador. ¡Qué carácter! Más vale que te quites de en medio cuando pasa, porque tiene pinta de ser de las que arrasa y no para, sin importarle a quiénes y cuántos se lleve por delante.

En verdad, eso no es del todo cierto, puesto que, a pesar de lo que pueda aparentar, Jamie por encima de todo es una buena persona.

En cuanto ella abandona el departamento y el policía se recompone, se reúne con sus agentes. Son un equipo pequeño, pero funcionan bien juntos. Se complementan y mantienen una buena relación en la que nunca falta el respeto. Para Ethan Carter eso siempre ha sido fundamental para realizar un buen trabajo.

Están ante un caso de desaparición, eso casi seguro. Más les vale ponerse las pilas sin demora, pues ya van a rebufo, como se dice de manera coloquial. Tiene la sensación de que lo de la demanda y lo de sacarlos en los medios de comunicación no era una amenaza en balde.

Tampoco tiene intención de comprobarlo.

Lo peor de todo es que la chica tiene motivos de sobra para ello. La ineptitud quedaría patente en cuanto un solo periodista rascara mínimamente la superficie.

—Bueno, es obvio que estamos ante una cagada monumental. El puñetero desgraciado de siempre nos ha dejado en muy mal lugar —les dice Carter a sus compañeros con tono amargo. Pone las manos en jarra a la altura de su cintura y les mira uno por uno.

El malestar es contagioso. Todos los presentes están cabreados por ese motivo. No es la primera vez que se ven involucrados en una situación dantesca y, para qué negarlo, vergonzosa porque a Johnson no le ha dado la gana hacer su trabajo.

—Deberían echar a ese tío. Es evidente que no tiene ganas de trabajar —responde Jason malhumorado.

Los otros dos policías allí presentes, Simon y Rick, asienten. Llevan poco en la unidad, pero ya han tenido tiempo de apreciar las consecuencias de las pocas ganas de currar de Donald Johnson. Se incorporaron a la brigada de desapariciones después de una reubicación de efectivos en la comisaría.

Una conclusión sobrevuela la sala: al final si pones mierda en un ventilador, consigues que todo se manche y apeste a kilómetros de distancia.

—Da igual. No podemos quedarnos atascados en eso. Tenemos que ponernos manos a la obra. Solo faltaba que la chica averigüe más que nosotros y nos deje en muy mal lugar. No me quiero

ni imaginar el titular de la noticia —señala el inspector al mando resoplando.

Carter asigna los agentes que trabajarán en el caso y reparte las tareas. Tienen otro expediente abierto, así que debe calibrar bien las prioridades para ser lo más ecuánime posible. No se puede desvestir a un santo para vestir a otro, ¿no es lo que se suele decir?

Sin duda, con relación a la chica que ha comentado Jamie McDouglas, ya van con retraso. Ni siquiera pueden fechar con claridad cuándo desapareció la joven, puesto que ella también desconoce ese dato con precisión. Eso es un problema. Las primeras cuarenta y ocho horas son claves. Lo saben de sobre. Y ya las han excedido de lejos.

Suspira.

No le gusta el cariz de esa investigación.

Ellos se encuentran todavía en la línea de salida cuando la carrera hace ya rato que está en marcha.

No puede evitar ponerse en lo peor.

No lo confiesa en alto.

Pero lo cierto es que está convencido de que está muerta.



CAPÍTULO 48



Doce días atrás.

El sonido inconfundible que asemeja el croar de una rana interrumpe sus pensamientos, los cuales vagaban de unos a otros sin control. Solo se le ocurre a ella elegir ese tono, pero es que le hacía mucha gracia. En este instante, además, ese timbre logra que le dé un vuelco el corazón. El motivo: un mensaje de Kevin. Está entusiasmada. Se le escapa una sonrisa sin pretenderlo. Ni se puede creer que sea real.

Coge su dispositivo con nerviosismo. Tanto es así, que falta poco para que se le resbale y termine en el suelo. Está deseando saber qué le ha escrito. Lo desbloquea y abre la aplicación de mensajería.

«Lo de anoche no estuvo mal. Tendremos que repetirlo».

No es que sea el mejor mensaje del mundo, pero a ella le vale por lo que implica. Su sonrisa se ensancha. Le parece el hombre más increíble que ha conocido jamás. Lo que más le sorprende es que alguien como él no esté pillado y se encuentre en alguna relación. No entiende cómo las mujeres de Seattle no han visto antes lo que ella ve.

Tal vez se deba a que ellas sí han detectado lo que Stacey aún ni siquiera intuye.

No duda en responderle inmediatamente.

«Cuando quieras».

De manera instantánea, se ilumina el doble *check*. Está en línea esperando su respuesta. Pasan unos largos segundos en los que no pasa nada. Igual se ha precipitado y debía haber esperado un poco. Ha sido impulsiva.

Se muerde el labio inferior.

—¡Vamos, dime algo! —implora en voz alta.

La chica mira la pantalla con anhelo. La breve espera se le hace interminable. Un atisbo de duda cruza por su mente. Es evidente que ha visto lo que le ha puesto. ¿Por qué no contesta? Estará pensando qué decir a continuación. Poco después, aparece el globo con los puntos suspensivos que le indican que empieza a escribir. Su corazón golpetea azorado con mayor intensidad.

Stacey aguarda con intenso deseo lo que pueda poner. Está ilusionada. Hace mucho que no le interesaba tanto un chico. Acuden a su memoria recuerdos de la noche anterior y siente que se le eriza el vello de todo el cuerpo al recordar. Fue una experiencia muy excitante.

Espera que quiera que se vuelvan a ver ese mismo día. Por ella, encantada. Se le ocurren mil planes que pueden hacer, aunque el de quedarse juntos en su apartamento o en el de él también le parece una opción ideal.

Se le suben hacia arriba las comisuras de su boca.

Un segundo después, se le congela la sonrisa.

La respuesta la pilló desprevenida.



CAPÍTULO 49



Ethan Carter se arrepiente de lo que acaba de pensar. No debería ser tan negativo. Sabe que no es bueno comenzar nada con pensamientos tan derrotistas, y mucho menos la investigación de una persona desaparecida.

Tal vez se deba a que lleva una temporada más pesimista de lo habitual. Los últimos casos en los que ha trabajado su brigada no han obtenido un resultado óptimo, así que es posible que no haya sido capaz de evitar caer en el desánimo.

No quiere pensar que la pobre chica esté muerta. No se lo debe ni se lo quiere permitir. Después de la historia personal que le ha relatado la amiga, se lamenta de haberla dado por perdida. Esa joven ya ha sufrido bastante. Entonces piensa en su hija. Acaba de entrar en la adolescencia y sabe de sobra que es una etapa compleja. Él daría todo lo que tiene por evitar que le hagan daño. Seguramente el padre de Stacey Queen, allá dónde esté, pensará lo mismo.

Se reprende interiormente. No, sin lugar a dudas, no es esa la actitud con la que deben empezar la investigación. Si contagia su desánimo, es posible que su equipo cometa errores derivados de prejuicios que hundan sus raíces en emociones tóxicas.

—Muy bien, escuchadme con atención. Vamos a tratar este caso como si nos acabaran de notificar la desaparición de esta chica. No quiero escuchar a nadie en esta unidad decir que ya es demasiado tarde —les arenga, aunque la verdad es que el discurso es sobre todo para él mismo—. Vamos a encontrarla, ¿de acuerdo? Y vamos a demostrar que somos un equipo de élite.

Igual se ha pasado con la frase final.

Bueno, nunca sienta mal un poco de jabón.



CAPÍTULO 50



Doce días antes

Al otro lado del móvil no está quien ella cree, sino alguien mucho más peligroso y que no conoce lo que son las buenas intenciones. Es un hombre siniestro, amargado y con un corazón seco. Si le pincharan, lo más probable es que, en lugar de sangre, le saliera bilis.

O veneno.

Ha aprovechado que ha dejado en un descuido su móvil sobre la mesa para arrebatárselo mientras iba a la cocina y, de ese modo, poder hacer un seguimiento de su actividad más reciente. No le gusta lo que ve. Y se lo va a dejar claro. Tiene unos límites establecidos y está claro que los ha sobrepasado en su propio beneficio. En parte lo comprende. La chica es muy guapa. Se está dejando obnubilar por la belleza y eso nunca es bueno para su causa.

En cuanto el otro regresa, aborda el tema sin dilación.

—No quiero complicaciones —solicita el mayor de los dos con voz grave.

—No las habrá —responde el otro con el gesto muy serio. Últimamente discuten más de lo que él considera necesario. Le sigue tratando como si fuera un crío y no supiera lo que debe hacer. Es mayorcito y toma sus propias decisiones. No necesita su beneplácito.

—Pues no es esa la sensación que tengo. Las cosas hay que hacerlas de forma aséptica. Sin embargo, tengo la sensación de que te estás implicando demasiado. Es peligroso mezclar ciertos asuntos. No tendría que ser necesario que te lo recuerde.

—Te agradecería que no me des lecciones. No soy un novato. Llevo demasiado tiempo haciendo esto.

—Eso no es sinónimo de que no puedas cometer errores.

—No lo haré.

—Puedo entender que quieras tener un desahogo sexual, por eso de probar la mercancía y tal, pero no debes implicarte emocionalmente.

—¿Crees que soy idiota?

—No lo sé. A eso mejor respóndeme tú, porque desde que ha llegado no atiendes a razones y quieres hacer las cosas a tu manera.

Se miran a los ojos de forma dura.

Se retan.

Uno de los dos siente que se está debilitando su poder.

Le enfurece ser consciente de ello. Ha perdido facultades y no puede llevar a cabo eso él solo.

Lo necesita.

El otro considera que continuamente cuestiona lo que hace y le toma por un inútil. No es así. Sabe muy bien lo que hace. Posiblemente el de más edad, por el contrario, ya no lo tenga tan claro.

—No voy a discutir. Estoy cansado. Me voy a la cama.

Le da la espalda y le deja plantado en medio de la estancia. Es su forma de rebelarse.



Las pesquisas iniciales

*“No anticipes los problemas ni te preocupes por lo que pueda suceder:
mantente bajo la luz del sol”.*

(Benjamin Franklin)



CAPÍTULO 51



El aspecto de Anne Mistraude sorprende a Jamie MacDouglas. Por algún motivo inexplicable, se esperaba a alguien mucho mayor. Nuestros prejuicios provocan eso, ideas preconcebidas que empañan la realidad. Tal vez no sea exacta la expresión de que esperase encontrarse con alguien de más edad, puesto que Anne pasa de largo la mitad de los cincuenta, pero luce tan juvenil que es fácil creer que estás hablando con una persona bastante más joven.

—Si te soy sincera, me extrañó mucho que no viniese a trabajar los últimos días. La llamé en muchas ocasiones, pero sin éxito. Estaba convencida de que estaba a gusto aquí. Además, yo estaba muy contenta con su labor. Desde luego, Stacey tiene un don. Es una joven con un gran potencial y que podría triunfar si se lo propone y cree más en ella.

—Eso es algo que yo le he repetido hasta la saciedad, solo que, en mi caso, siempre me decía que yo no tenía criterio para valorar su trabajo. Y no le faltaba razón, no te creas, pero no soy estúpida y sé distinguir cuando algo es bueno —argumenta Jamie con una sonrisa amable. Está intentando ganarse la confianza de Mistraude, para que esta se muestre colaboradora y le cuente hasta el menor detalle que pueda resultar de utilidad.

De cualquier modo, siente que no es necesario forzar nada y que han conectado bien.

—Supongo que siempre dudamos de los elogios de las personas que nos quieren, ¿no estás de acuerdo? —pregunta la empresaria.

—Sí, es posible. No obstante, Anne, hay algo que no comprendo —continúa la joven, intentando dirigir la conversación hacia donde le interesa—. Si te extrañó tanto que no viniese a trabajar, ¿por qué no llamaste a la policía o intentaste localizarla con más ahínco?

Jamie simplemente no comprende cómo pudo dejarlo estar sin más. En su mundo tan organizado y casi cuadrículado, ante el menor indicio de que algo está fuera de su sitio, ella habría actuado con determinación. Que alguien no vaya a trabajar sin justificación alguna es para preocuparse y, sobre todo, ocuparse del tema.

—Bueno, querida, por dos motivos principalmente. El primero, porque los artistas, a veces, somos así —dice la restauradora, quitándole importancia al asunto—. No me refiero a que no nos comprometamos, pero sí tenemos un espíritu más libre. Pensé que tal vez había encontrado su inspiración y había comenzado ese proyecto personal del que me habló en alguna ocasión. Desde luego, no iba a ser yo la que le cortara las alas. Me puedo poner perfectamente en su lugar. Debemos perseguir nuestros sueños.

—¿Y el segundo motivo? —pregunta de manera inmediata, ya que esa razón no le parece que sea tal.

—Según me dijeron, una semana antes aproximadamente, salieron por ahí unos cuantos y por la noche pasó algo con uno de mis chicos.

—¿Cómo que pasó algo con uno de tus chicos? —pregunta Jamie con ganas de zarandearla para que no dé más rodeos. Ella es práctica y directa. En este asunto, además, considera que no ir directos al grano hace perder un tiempo extremadamente valioso.

—Parece que Jack, otro de los restauradores, está bastante colgado por tu amiga. Salieron unos

pocos a festejar el cumpleaños de Laurie y la cosa se le debió de ir un poco de las manos. Desde entonces, las cosas estuvieron bastante tensas por aquí.

—¿Podrías ser más precisa? —pide que le aclare con preocupación. ¿Qué significa que se le debió de ir un poco de las manos?

—No, lo siento. No estuve allí y la última semana he pasado la mayor parte del tiempo ausente por motivos que no vienen al caso, pero sé de alguien que te lo puede contar con pelos y señales.

Las dudas llenan la cabeza de Jamie.

Y también los temores.



CAPÍTULO 52



Jamie habla después con una de las compañeras que acudió a la cena aquel viernes. Joanna es de las que lleva más tiempo en la empresa de restauración y tiene una relación estrecha con la mayoría.

Le cuenta que lo estaban pasando bien y que nadie intuía lo que podía suceder poco después. De cualquier modo, todo el mundo en la empresa se había dado cuenta de que Jack estaba muy pillado por Stacey. No hacía falta ser demasiado observador porque saltaba a la vista.

—Creo que desde que la vio por primera vez fue un flechazo. Y no fue el único, porque, según me han dicho, también la pretendía un amigo de otro de mis compañeros. Pero, en el caso de Jack, desde que llegó Stacey, se le notaba que estaba por ella. Creo que la única que no se daba cuenta era ella, no es por nada —concluye, medio bromeando.

—¿Y le hizo algún comentario o la invitó a salir o algo antes de aquella noche? —pregunta con preocupación. Siempre le han pasado cosas así a su amiga. Los tíos se pillan por ella y se creen con derecho a ir más allá. Es lo mismo que le pasó con Hugh Lamb, su jefe en la última empresa en la que trabajó en Sacramento antes de mudarse.

—Apostaría a que sí, pero ella no estaba por la labor. Es decir, le parecía mono y eso, como a cualquiera, pues es un tío con buen aspecto. Además, estoy segura de que le caía bien, porque suele ser un chico majo, pero ella parece ser que estaba pillada por otro. Ese fue el principal impedimento, en mi opinión, claro.

Esta última información sorprende a Jamie. Le extraña que su amiga no le hablara de ello. Se confesaban hasta el último secreto. Entonces se da cuenta de que eso no es del todo cierto. Ella misma, para empezar, le ha ocultado que lleva saliendo con Walker ya bastante tiempo. No obstante, tiene excusa para ello. No quería que se sintiera mal por ello. Se ha pasado la vida tratando de protegerla y pensaba que, en este caso, esa información no le haría ningún bien. Es más, tenía previsto relatarle todo con pelos y señales un poco más adelante.

Justo cuando se reencontrasen en Seattle.

Pero ese momento nunca llegó. Se le hace un nudo en la garganta. ¿Por qué lo pospuso tanto? Ahora ya poco importa. Es un pensamiento paralizante que no le sirve para avanzar.

Otra pregunta acude de pronto a su mente. ¿Y si su amiga había pensado lo mismo? ¿Y si decidió no contarle nada hasta que se vieran en persona para que no se preocupara? No es buena idea guardar secretos. Ahora dispondría de muchos más datos de los que tiene.

—¿Y qué pasó esa noche en concreto?

—Para empezar, Jack bebió bastante más de lo recomendable. No me extrañaría que lo hiciera porque así pensaba que se sentiría más seguro para entrarle. Ya sabes, por eso de que el alcohol nos hace desinhibirnos.

—Y supongo que se le fue de las manos —señala debido a la información que ya le había facilitado Anne Mistrade.

—Se le fue y mucho, colega —respondió la artista de forma coloquial—. Cuando intentó agarrarla en el pub para bailar con ella y se zafó, se puso como un energúmeno. Todos le dijimos que se estaba pasando mucho y le recomendamos que se cortase un poco.

—No le debió hacer mucha gracia, ¿me equivoco?

—No, has dado en el clavo.

—¿Qué hizo después?

—Se marchó, pero no me extrañaría que la esperase fuera. Nos cortó todo el rollo y ella dijo que mejor se iba a casa. Se sentía culpable, ¿sabes cómo te digo?

—Me hago una idea.

Conocía bien a su amiga. Seguro que se habría sentido fatal por el espectáculo y pensaría que ella era la responsable.

—Sin embargo, no estoy muy convencida de que pasara algo después —continúa la joven—, ya que Stacey se fue acompañada.

—¿Acompañada? ¿Por alguno de los que fuisteis a la cena? —indaga Jamie.

—¡Qué va! Se fue con un tío espectacular. ¡Menudo bombón! Era de los que no pasa desapercibido. Yo misma me habría cambiado por ella sin dudarlo, a pesar de todo el bochorno sufrido.



CAPÍTULO 53



Jamie está un tanto confundida. No le pega a Stacey irse con un tío al que acaba de conocer. ¿Y si ya le había visto antes? ¿Y si sabía quién era y tenía trato con él? Difícil saberlo, salvo que alguien de los que salió aquella noche le conociera de algo.

Entonces recuerda que Joanna ha insinuado que Jack no le gustaba, entre otras cosas, porque estaba por otro. ¿Quién es ese otro? ¿Y dónde lo conoció? ¿Es el mismo tipo con el que se marchó esa noche? Le da rabia que no le contase nada en ninguna de las múltiples conversaciones que mantuvieron. Ahora tendría una idea de quién podría ser el hombre misterioso.

Después, la artista le ha contado también que, la semana siguiente a aquella salida nocturna, las cosas en el trabajo estuvieron un tanto incómodas. Se notaba que el ambiente entre Stacey y Jack no estaba como siempre. Eso repercutió un poco en todos, puesto que el clima era más denso. Ella, por otra parte, parecía más apagada y distante de lo habitual, aunque todos lo achacaron a lo sucedido.

—Parecía otra chica, ¿sabes? Pero bueno, ninguno le dimos excesiva importancia —dijo textualmente Joanna.

Jamie va tomando notas de lo que va hablando con unos y con otros. Necesita tener la información organizada para cuando tenga una mayor cantidad de datos y precise consultar algo en concreto.

De momento poca cosa y, a pesar de ello, puede que cuente ya con dos sospechosos que pueden saber, al menos, qué pasó después y, quién sabe, si también cuál es el paradero de Stacey. Tiene claro que debe haberle sucedido algo, casi podría decirse que sin la menor duda. Es absolutamente imposible que su amiga no le dijera nada si decidiera cambiar su vida de manera radical. Puede que no le hablase de una relación romántica, pero eso se lo diría seguro, aunque fuera a través de mensajería, ya que hablaban a diario.

Por un lado, sospecha del tal Jack. No le gusta lo que le ha contado Joanna. Casualmente ese día que está Jamie allí él no ha acudido a trabajar por encontrarse enfermo, por lo que no ha podido verle ni hablar con él. Se le da bien calar a la gente y está segura de que habría podido averiguar cosas. Pero no se va a librar y desde luego va a contarle hasta el más mínimo detalle de aquella noche y de la semana posterior.

Por otro lado, le intriga sobremanera lo del hombre misterioso que conoció su amiga o con el que se encontró en la discoteca. No se le ocurre otro modo de averiguar de quién se trata que volver a contactar con Ethan Carter y hablarle sobre él. Tal vez la policía pueda acceder a las cámaras y averiguar quién es a través de algún programa de reconocimiento facial.

Lo anota como tarea pendiente.

Debe hacerle llegar esa información a primera hora de la mañana.

Antes de irse a dormir y dar por finalizada la jornada —está molida, desde luego—, hace un último esfuerzo y se dirige hacia la dirección en la que se encuentra el piso que alquiló Stacey bajo su recomendación.

Ojalá los vecinos sean colaboradores.

Se da cuenta de lo difícil que resulta rastrear los últimos pasos de una persona, en especial cuando esta desaparece sin dejar rastro.



CAPÍTULO 54



Doce días antes.

El mensaje de texto le deja con la boca abierta. Los ojos se le emborronan. No puede estar entendiéndolo bien. No quiere creer lo que ve. Es más, no puede. Debe haber algún tipo de equivocación. Está segura de que la noche anterior conectaron. Kevin le pareció un hombre encantador. ¿Por qué ahora esa frase tan fuera de lugar?

Nota cómo se le colman los párpados de lágrimas. No comprende nada. Se había hecho ilusiones. Se mostró tan adorable la noche anterior que no comprende este cambio tan radical. Desde luego es lo último que esperaba leer ese día.

«Olvídame, zorra».

Esas dos palabras se le clavan en lo más hondo de su alma y resquebrajan de nuevo una autoestima que está siendo apuntalada, poco a poco, con endebles tablonos provenientes de los buenos comentarios que sus nuevos compañeros suelen regalarle a diario.

La incoherencia del primer mensaje que ha recibido esa mañana y de este segundo son lo que más la desconciertan. No parecen escritos por la misma persona.

Y sin embargo...

Además, se siente sucia, como si la hubieran utilizado para un desahogo y no importase nada más que eso. No ha sido más que un medio para conseguir un fin.

Siempre le sucede lo mismo. ¿Por qué no puede encontrar a alguien que la valora por quién es? Quizá para lograr eso que parece tan sencillo, es necesario primero quererse a sí misma, algo que todavía no ha conseguido culminar.

Por supuesto, es evidente que sus sentimientos le importan una mierda. Esa forma de hablarle a alguien indica que hacer daño le resulta indiferente.

Se queda un poco bloqueada, casi paralizada, sin saber qué hacer ni cómo actuar a continuación. ¿Y si se cruza con él en el rellano? ¿Cómo debe comportarse? ¿Tiene que saludarle como si no pasara nada o, por el contrario, hacer como que no le ve y no dirigirle la palabra?

Deja su móvil encima de la mesa auxiliar.

No quiere seguir mirándolo.

No va a encontrar en él las respuestas.

De todas formas, si no quería que le escribiese, podría decírselo de otra manera más cálida. No necesita ser soez para dejar claro su punto de vista.

Se tumba en la cama y llora.

Nuevas esperanzas han caído a un pozo negro.



CAPÍTULO 55



Jamie aparca cerca del edificio en el que reside Stacey. Antes de nada, llama a su piso. En ese preciso instante, se da cuenta de que, en cierto modo, ha empezado la casa por el tejado. Lo primero que debería haber hecho era justamente eso, es decir, pasar por su casa para ver si estaba allí.

Estaría bien que, después de tanto revuelo, su amiga se encontrase allí sana y salva. No le importaría en absoluto tener que desdecirse de todo y pedir disculpas, incluso humillarse si fuera necesario, si eso fuera sinónimo de que Stacey se encuentra sana y salva.

«Me he dejado cegar por las preocupaciones. Solo faltaba que esté en casa y haya montado todo este guirigay para nada», se dice, aunque en realidad sabe que no es así, sino que es solo una vana esperanza.

Por suerte o por desgracia, Jamie es una persona con los pies en la tierra y no suele engañarse a sí misma. A veces le gustaría ser un poco más ingenua. En este caso, por ejemplo, le serviría para tener algo más de esperanza. Sin embargo, algo dentro de ella no cesa de decirle que a su querida amiga de la infancia le ha pasado algo muy grave.

Después de llamar múltiples veces al timbre del apartamento de Stacey, nadie responde ni abre. Llama también al teléfono de su amiga, una vez más, por si lo escuchara desde la calle, algo que se le antoja casi absurdo, pero quiere gastar todos los posibles cartuchos que ya debería haber empleado antes de embarcarse en aquella cruzada.

Como las últimas veces que lo ha intentado, salta el mensaje de que el móvil se encuentra apagado o fuera de cobertura.

Cierra los ojos. Siente como un leve hálito de esperanza que se había resguardado entre las capas profundas de su piel se escapa de manera irremediable.

Por un instante, la invade la debilidad de la desazón y la desesperación. No puede permitírselo y lo sabe, pero es humana y, como el resto, experimenta momentos de decaimiento.

Suelta el aire que, sin darse cuenta, estaba reteniendo en sus pulmones.

Entonces, con la mente un poco más clara, consulta su teléfono y busca la información que encontró sobre ese inmueble y el teléfono de contacto de la persona que estaba al cargo. No tarda demasiado en localizarlo. Está ya agotada, pero no va a dejarlo para el día siguiente.

Ya tendrá tiempo de descansar.



CAPÍTULO 56



Doce días antes.

Ese día no sale de casa. No tiene fuerzas. Se siente minúscula, una mota de polvo en mitad de un desierto de arena. No puede evitar que vuelvan en oleadas los sentimientos de incapacidad que pensaba que estaba comenzando a superar. Al final resulta que no era más que una quimera, una tonta forma de engañarse a sí misma, un sueño quebrado en miles de diminutas astillas.

Pierde la noción del tiempo, mientras el día avanza sin compasión. Se pasa horas relamiendo sus heridas, regurgitando sentimientos destructivos y masticando autocompasión mal entendida.

La casa está en silencio. De pronto, piensa que nunca ha oído ruidos de los vecinos de arriba, ni tampoco de los de al lado. No los escucha porque no los hay. Los pisos que rodean el suyo están convenientemente vacíos para que nadie se alerte de lo que puedan oír. Las ventanas tienen triple acristalamiento, por lo que se minimiza la posibilidad de percibir sus gritos o ruidos desde la calle.

Se le ha asignado un piso de forma estratégica. Ella ni siquiera lo sospecha, pero no es la primera vez que lo hacen.

Se incorpora en la cama. Tiene una mala sensación. No sabe cómo definirla. Es más bien un presentimiento. Como si esperase que algo malo fuera a suceder de un momento a otro.

Se frota ligeramente los lagrimales de los ojos. Después, se masajea un poco las sienes. Le duele la cabeza de haber llorado tanto. Entonces percibe algo que la estremece. Erige la espalda. Se le eriza el vello. La carne se le pone de gallina. Su cuerpo responde anticipando señales intangibles de peligro.

Mira a su alrededor.

Se levanta de la cama.

Da solo un par de pasos.

Se queda unos segundos quieta, muy atenta, sin hacer ni el más leve ruido.

Nada.

Empieza a caminar despacio, como si sus pies fueran de algodón, para no hacer ni el más mínimo ruido.

Lo siente.

Hay algo.

Miradas, presencias, cosas que no ve pero percibe.

No entiende por qué motivo le pasa eso ahora.

Debe estar todo en su cabeza.

Posiblemente la desesperanza viene acompañada de ideas paranoicas. Más le valdría tranquilizarse un poco.

—¡Joder! —grita con desesperación. Es una mierda lo que le pasa, porque se siente como una muñeca de trapo que todos pueden vapulear.

Se dice interiormente que se deje de ideas locas y pensamientos extravagantes. No hay nadie más en el piso. Nadie la mira.

Pero no es cierto.

Aunque no lo sepa.
Alguien la vigila.



CAPÍTULO 57



Después de tan solo tres tonos, alguien responde a su llamada. Supone que debe ser el casero del edificio. Cree recordar que es el mismo con el que habló la última vez. Debería recordarlo con más claridad, pero es que se ocupa de tantos asuntos en su día a día que no es fácil manejar tantos datos, en especial después de haber dado por zanjado un asunto. Su mente libera espacio y elimina todo aquello que le resulta superfluo.

El hombre que está al otro lado del terminal tiene una voz varonil y parece joven, aunque a veces el tono engaña y solo responde a lo que nos imaginamos que puede haber detrás. Tenemos una inmensa facilidad para asignar rostros y todo tipo de atributos físicos con tan solo un dato tan carente de información de ese tipo como es precisamente la voz.

Después de la oportuna presentación, Jamie va directa al grano. Nunca le ha gustado andarse con rodeos, salvo que sea absolutamente indispensable. En este caso, desperdiciar el tiempo sería una rotunda estupidez. Lo que hay en juego es demasiado importante.

—Estoy en la puerta de su edificio. He venido desde Sacramento a buscar a mi amiga. Alquiló un piso en este bloque. Yo misma me encargué de las gestiones —dice, para evitar cualquier duda al otro lado del teléfono. Prefiere ofrecer la información necesaria sin que se la pida. Así evitará preguntas redundantes y carentes de interés.

—Si usted lo dice, así será —responde el hombre sin un ápice de emoción—. No somos demasiados, así que seguro que la conozco.

—¿Qué le parece si baja y hablamos en persona? Hay algunas preguntas que me gustaría hacerle. No le robaré demasiado tiempo —le asegura.

En parte, es verdad, puesto que está deseando irse a descansar, pero lo realmente cierto es que quiere que le abra el piso de su amiga. Es el casero, por lo que está casi segura de que tiene una copia de las llaves de todos los apartamentos del bloque para posibles emergencias.

Ella no se sentiría cómoda con algo así.

Nunca jamás le dejaría sus llaves a cualquiera.

Pero ella no es Stacey e intuye que no tuvo reparo en hacerlo. Puede que, en esta ocasión, la ingenuidad de la joven juegue en su favor.

La respuesta desde el otro lado de la línea se hace esperar. Sabe que ya es tarde, pero confía en que acceda a su petición.



CAPÍTULO 58



Nada más colgar, se gira y mira al otro hombre que ahora mismo está en la estancia principal del quinto piso derecha. Es un salón bastante amplio, con los muebles imprescindibles. Tanto es así, que casi da la sensación de habitación semivacía, si no fuera por la presencia de ellos dos que lo llena todo.

—¿Qué pasa?

—Problemas.

—¿De qué tipo?

—Ha venido una amiga buscándola.

Unos segundos de silencio parecen cortar el denso aire que flota en el salón. El ambiente se carga de tensión. Las miradas se endurecen, juzgan con inclemencia, hasta el punto de que da la impresión de que los ojos pudieran acuchillar al otro.

El reproche atraviesa la estancia y rebota en las paredes. Casi se puede escuchar un *“te lo dije”* sin necesidad de que sea pronunciado en voz alta.

—Deshazte de ella.

—Primero habrá que averiguar por qué ha venido y qué sabe.

El otro no contesta. Solo emite algo parecido a un rugido. Aprieta los labios y estos se colman de arrugas profundas y graves. Sus ojos se achican, afilando la mirada. No le gusta lo que oye.

—Te lo dije.

Esta vez sí lo pronuncia en voz alta, por si el mensaje no hubiera calado lo suficiente.

—No empieces. Estoy harto de que creas que lo sabes todo. Si estamos así es precisamente porque tú la cagaste. Nunca hacemos las cosas a mi manera y tengo que arreglar tus desastres. No eres más que un viejo inútil y depravado. Estoy cansado de aguantarte.

—¡Cállate! —grita furioso.

Se miran a los ojos, esta vez, con fuego en la mirada. Es fácil leer en ellos el mal que colma sus corazones. Son almas colmadas de crueldad.

—¡Cállate tú, idiota! Si sigues chillando como un cerdo, al final te van a oír los vecinos. Da igual que dejemos una planta completamente desierta entre nosotros y los siguientes, porque si gritas de esa manera, alguien acabará oyéndonos.

—¡Arréglalo! —dice esta vez en tono más bajo y grave, pero no por ello menos contundente.

Se da la vuelta en su silla de ruedas y se dirige hacia la habitación del fondo.



CAPÍTULO 59



Diez días antes.

El lunes se levanta con el ánimo por los suelos. Se quedaría en la cama bajo las sábanas hasta que todo pasara y pudiera retomar mínimamente la normalidad. Pensar en enfrentarse a las miradas de sus compañeros la sobrecoge.

Pasó el domingo entero en su casa sin salir ni siquiera para tomar un poco el aire. Apenas tuvo ganas de comer. Se hundió en el sofá esperando que transcurrieran las horas. Poco ha hecho falta para destrozar nuevamente su autoestima hilvanada recientemente con hilos finos y quebradizos. Un soplo de viento acabaría hoy por quebrarla por completo.

Siente que no vale para nada, que nadie puede querer a alguien como ella y que no se merece que le pasen cosas buenas en la vida. Será el Karma. Algunas personas llegan a este mundo con un destino oscuro y cruel preescrito.

Ella debe ser una de esas.

Es evidente que no es una mente clara la que piensa, sino una vapuleada que vuelve a sumergirse en la inseguridad y la autocompasión mal entendida.

Al final, por la fuerza de la costumbre, termina por levantarse de la cama y realiza el ritual de cada mañana.

Llega al trabajo cabizbaja. Anne Mistraude la ve desde su despacho al pasar y tiene la sensación de que le sucede algo. Está a punto de levantarse para acercarse a ella y preguntarle, por si puede ayudarla en algo, cuando suena el teléfono de forma insistente. Es un cliente importante que necesita de los servicios de la empresa.

La conversación se alarga. Es una charla densa llena de peticiones y exigencias. Tiene que tomar nota de todo, aunque le pide que se lo mande por correo electrónico para no olvidar ningún detalle.

Cuando cuelga, ya se ha olvidado de Stacey. En su cabeza no hay hueco para nada más, por el momento, que para iniciar la organización de ese encargo que va a consumir la mayor parte de los recursos personales de la empresa.

Tienen otros pendientes y teme no poder cumplir con los plazos. Se plantea incluso tener que contratar más personal de forma temporal.

Mientras tanto, Stacey pasa casi flotando en su recorrido hacia el taller en el que se encierra para continuar con el trabajo de restauración de una pintura de un artista relevante.

Sin apenas darse cuenta, mientras pinta, sus lágrimas comienzan de nuevo a caer.



CAPÍTULO 60



Jamie está en la calle. Podría haberle abierto, al menos, la puerta del portal y así no tendría que esperar con ese frío en la calle. Ha caído casi la noche y el tiempo está bastante desapacible. Se rodea el cuerpo con los brazos para darse calor.

Esa imagen de indefensión es la primera que ve Kevin cuando baja. Le hace formarse una idea equivocada de la joven que tiene enfrente. Aparenta fragilidad y necesidad de protección. Puede que, al fin y al cabo, no sea tan difícil como pensaba deshacerse de ella.

Sale con su mejor sonrisa y se presenta.

—¿En qué puedo ayudarla?

Jamie le analiza. Le parece el típico guaperas que se cree que, con una bonita forma de sonreír y con ciertas artes seductoras, lo puede lograr todo. Detesta a ese tipo de hombres. No puede evitar que le caiga mal sin conocerle. Al fin y al cabo, dicen que las relaciones entre seres humanos están sujetas a química pura. Pues bien, la suya y la de ese tipo se repelen, como cuando se juntan dos polos iguales de dos imanes diferentes.

—Ya le he dicho por teléfono que estoy buscando a mi amiga, la cual tiene alquilado un apartamento en este edificio. Lo sé a ciencia cierta porque yo hice todas las gestiones y, hasta hace tan solo unos días, me comentó que seguía en el mismo sitio.

—No dudo de que sea así. No creo haber dicho nada que induzca a pensar sentido contrario, ¿no es cierto?

La joven le mira con las aletas de la nariz dilatadas. Su cuerpo reacciona a sus pensamientos. El rechazo que siente es palpable. Es algo que le ha pasado desde cría. Cuando alguien no le entra por los ojos, no hay manera de que cambie de opinión. Y no es algo que haya mejorado con los años, más bien al contrario. Si estuvieran en el instituto, a este le encantaría meterle la cabeza en el inodoro para rebajarle un poco esa obesa autoestima que da la impresión de tener.

—No, por el momento —responde casi dócil.

—No entiendo por qué se muestra a la defensiva conmigo. No creo que haya hecho nada para merecerlo. Igual deberíamos empezar desde cero. Mi nombre es Kevin —dice, extendiéndole la mano y recomponiendo su perfecta sonrisa.

Jamie suspira. Encima el tipo se muestra condescendiente. Cualquiera diría que tiene mayor altura moral que ella, pues es lo que parece querer demostrar. Definitivamente le cae mal. No puede evitarlo. En cualquier caso, esa actitud infantil no la va a ayudar a encontrar antes a su amiga. Más le vale ser más lista y aprovechar los pocos recursos que se vayan poniendo a su alcance.

Intenta justificar su actitud debido al cansancio.

Está al borde de la extenuación.

Finalmente, le estrecha la mano y esboza con desgana una sonrisa.

—Yo soy Jamie.

—Encantado.



Presente y pasado

*“No se puede atravesar el mar
simplemente mirando el agua”.*
(Rabindranath Tagore)



CAPÍTULO 61



Diez días antes

El día en el trabajo es el peor que ha pasado desde que llegó a Seattle. No se da cuenta de que es culpa suya, que se ha metido en su caparazón y se ha negado a hablar con nadie. Sus pensamientos se han terminado por convertir en certezas, pues se ha convencido de que son una verdad irrefutable, sin permitir que la realidad se manifieste sin filtros.

No le apetecía en absoluto charlar con nadie, esa es la verdad. Por un lado, está el tema de Jack, el bochorno por lo sucedido el viernes por la noche. Eso ya resultaba ser un poderoso motivo para que aquel día tuviera menos ganas de ir a trabajar que de costumbre. No quiere convertirse en el centro de atención y está claro que, desde ese momento, es objeto de chismorreos.

Es lo que ella cree.

En realidad, no ha dado ni oportunidad a descubrir que eso no era así. Nadie ha vuelto sobre el tema. Tienen otras cosas en qué pensar. La aprecian y están de acuerdo en que Jack se pasó de la raya. Lo único que realmente les preocupa es que se quiebre el buen ambiente reinante. Los que llevan más tiempo en la empresa saben que no siempre fue así y que atravesaron momentos difíciles cuando hubo gente conflictiva trabajando allí, hasta que Anne Mistraude encontró el modo de despedirles sin quedarse en la ruina por las posibles indemnizaciones.

No obstante, ese no es el principal foco de preocupaciones de Stacey. Lo que realmente le quita el sueño es la respuesta de Kevin. No le ha visto desde la otra noche, cuando estuvieron juntos en su apartamento. Por suerte, tampoco se ha cruzado con él en el edificio al salir esa mañana en dirección al trabajo. Cada vez que piensa en ello, siente que miles de agujas se clavan muy hondo, horadando poco a poco su resistencia.

«Olvídame, zorra».

Esas dos palabras se le han quedado enquistadas en su interior y no puede apartarlas de su cabeza. No comprende el cambio de actitud en él. Justo la noche anterior a ese deleznable mensaje, se mostró encantador con ella, dulce, amable y simpático. ¿Qué ocurrió desde que se fue de su piso hasta que escribió aquella frase horrible?

Ha llegado a pensar que el responsable debe ser otra persona, pero no tiene ningún sentido. Kevin vive solo y no tiene novia, según lo que él mismo le aseguró. ¿Quién podría querer entrometerse entonces?

Está con el ánimo por los suelos. Ese aislamiento al que ella misma se ha sometido no le ha ayudado a sentirse mejor aquel día. Si hubiera compartido su malestar con alguno de sus compañeros, seguramente ahora se encontraría mejor. Le habrían hecho ver otro punto de vista, relativizar, quitarle un poco de importancia y hacerle pensar que no es tan grave, porque en realidad no conoce al tipo ese prácticamente de nada y un polvo de una noche ni mucho menos tiene que implicar amor eterno.

Pero solo se ha dedicado a recrearse en su desdicha y decirse mensajes destructivos que la recuerdan que ella no vale para nada.

Entra en su piso con la cabeza gacha al regreso de una jornada insulsa.

Enseguida percibe que algo raro pasa.



CAPÍTULO 62



Jamie se muerde los carrillos por dentro. Con el carácter que tiene, le está costando decirle cuatro cosas al tal Kevin. En realidad, no están justificadas pero, tal y como suele pensar en ocasiones, a veces son preventivas, o sea, para evitar que el otro se pase de la raya.

Y tiene pinta de que es de los que se pasa de listo.

—Ahora que ya parece que nos entendemos, permíteme que te tutee y dime, ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunta con una sonrisa condescendiente.

«Cuenta hasta cien si hace falta, pero no saques la lengua a paseo, Jamie», le dice una vocecilla interior que debe ser el equivalente a la conciencia.

—Como ya te he comentado por teléfono, estoy buscando a mi amiga. Hace días que no la localizo y, como comprenderás, estoy preocupada.

—Pues lo siento, pero no sé cómo podría ayudarte, la verdad —comenta, haciéndose el ingenuo.

Jamie le mira con desconfianza.

Lo tiene calado. Cuanto más habla, menos le gusta. Ha respondido demasiado rápido.

—Para empezar, a lo mejor podrías decirme si la has visto recientemente —comenta la joven, poniendo la obviedad de manifiesto.

—Pues no sabría qué contestar, la verdad.

—No es una pregunta difícil, solo tienes que pensar si la has visto o no.

«Tampoco hace falta ser Einstein para responder algo tan simple, digo yo», piensa la joven de Sacramento.

La mirada de él lo dice todo. Se ha dado cuenta de que el tono de voz insinuaba que es un estúpido. Jamie se recuerda interiormente que debe dominar su carácter porque, de lo contrario, no logrará de él ni la más mínima colaboración.

Sonríe de forma casi bobalicona, intentando que ese gesto sea lo más parecido a una disculpa. Kevin recoge el guante. Tampoco tiene ganas de líos.

Puede que no le convengan.

—No suelo coincidir demasiado con los vecinos, salvo cuando contactan conmigo porque tienen algún problema en sus viviendas. Supongo que nuestros horarios no son compatibles. Por eso te he dicho que no veía el modo de ayudarte —trata de justificarse—. No recuerdo cuándo vi a tu amiga por última vez. Lamento decírtelo.

—Entiendo. Supongo que es comprensible —responde, manteniendo un gesto conciliador que no le resulta fácil—. Bueno, se me ocurre que, quizá, podrías abrirme su piso y así echo un vistazo —dice ahora de forma casi naïf. Pone cara de niña buena, algo que le ha resultado en más de una ocasión.

—Me temo que eso no es posible. Tú dices que eres su amiga, pero yo no lo sé a ciencia cierta. No estaría bien. Además, has dado por hecho que tengo las llaves de su piso...

Parece dejar la frase en suspenso, lo que pone en alerta a la amiga de Stacey. Durante unos instantes, se le ve incómodo.

—¿Y no las tienes? —pregunta rápidamente la chica—. Porque los caseros suelen guardar alguna copia. Es lo más habitual.

Kevin se da cuenta de que acaba de cometer una estupidez. No tendría por qué haber sacado a colación el tema de las llaves. Ha sido una idiotez. Él mismo se ha metido en una ratonera.

—Aunque las tenga, no me parece lo correcto. Sería violar su intimidad y me arriesgaría a una demanda. Lo siento pero no va a ser posible.

Intenta salir airoso, pero la verdad es que no le sirve.

Ha mentido y ha quedado en evidencia.

¿Les estará mintiendo en algo más?



CAPÍTULO 63



Diez días antes.

Un escalofrío recorre su espalda. Es una sensación admonitoria. Algo en su cuerpo le avisa de que las cosas no están como deberían. Percibe un ligero aroma en el ambiente. ¿Ha estado alguien en su piso?

Agudiza sus sentidos.

Se pone alerta.

Comienza a mirar a su alrededor.

Sus ojos escudriñan el entorno.

Buscan alguna anomalía.

Un objeto fuera de su sitio.

Una evidencia que le diga que otra persona ha estado allí sin su permiso.

De pronto, le viene a la cabeza que esta sensación ya la experimentó al poco tiempo de mudarse allí.

¿Es acaso un *déjà vu*?

No, ni mucho menos.

Recuerda con nitidez haberse sentido observada y haber mirado incluso por la ventana por si alguien estaba expiándola. La impresión de que alguien está al acecho resulta difícil de borrar. Parece que los sentidos guardasen una memoria especial al respecto.

En aquel momento, concluyó que todo estaba en su imaginación y que no había justificación para aquel desvarío. Trata de convencerse de que esta vez es igual, pero no lo logra. La percepción esta vez es más fuerte.

Esa fragancia.

Puede que sea una alucinación olfativa, pero está casi segura de que huele algo inusual.

El miedo conquista su cuerpo.

¿Y si no es que haya entrado alguien en su piso, sino que todavía está allí?

No se había planteado todavía esa opción.

Su cuerpo tiembla ligeramente a causa del miedo que siente. Se lleva la mano a la boca. ¿Qué puede hacer? No tiene ni la menor idea. Está bloqueada, parada en mitad del salón.

Su mente empieza a jugar con ella, anticipando incontables escenarios posibles, proveyendo pensamientos cargados de terror, dotando a la realidad circundante de espectros e imágenes que, en verdad, no están ahí.

Está aterrorizada.

Intenta ahogar los sollozos que le provoca el pánico.

Apenas lo consigue.

No tiene ni la menor ocurrencia sobre cómo actuar a continuación.

Siente que no tiene recursos para afrontar una situación como esa.

¿Qué debe hacer? ¿Enfrentarse o huir?

Y si huye, ¿dónde puede ir?



CAPÍTULO 64



Después de darse cuenta de que debe dar la jornada por concluida, puesto que ya es bastante tarde, se gira y se encamina hacia su coche. Está frustrada, puesto que no ha sacado nada de su visita al edificio. No ha sido más que una absoluta pérdida de tiempo.

El casero no le ha gustado en absoluto. Tiene ese aire de hombre seguro de sí mismo que se cree por encima del resto. No tendría ningún inconveniente en ponerle en su sitio y ajustarle la autoestima a niveles tolerables para el resto de la humanidad.

Le da mala espina. Es un hecho. No puede hacer caso omiso a sus sensaciones. Forman parte de ella, de quién es. Es algo que le ha ayudado mucho en su trabajo. Jamie no tiene ni idea de que es la Programación Neurolingüística, pero actúa de manera natural como si fuera una experta, ya que es capaz de detectar el registro de la persona con quien habla y ajustarse a él para conseguir sus objetivos.

Con Kevin eso no le sirve. Su radar parece roto, porque ese hombre parece sacar de ella lo peor. No logra conectar con él ni que este muestre sus cartas, salvo cuando ha dicho lo de las llaves.

Ha mentido de forma descarada.

Pero, ¿por qué y para qué?

Por razones que no comprende, se da la vuelta una vez más y mira hacia el bloque de viviendas. Ha sido un impulso que no ha pasado por el neocórtex. No puede racionalizarlo.

Le parece detectar algo extraño. Es posible que se deba a que ha visto demasiadas películas, pero tiene la sensación de que alguien observaba detrás de las cortinas en una ventana del quinto piso. Tiene que ser fruto de su imaginación, pues la iluminación es insuficiente y no parece factible distinguirlo con claridad a esa distancia, aunque ella tiene muy buena vista.

Se acerca unos pasos.

Mira hacia allí con determinación. El visillo se mueve. Está segura. Frunce el ceño con extrañeza. Stacey no es, eso seguro, porque ella misma le dijo que vivía en uno de los dos apartamentos de la primera planta.

Entonces, ¿quién?

Algún vecino cotilla, esa es la explicación más sencilla, si no fuera porque la boca de sus estómago le alerta de una sensación de peligrosidad que no puede obviar.

«Déjate de tonterías, Jamie. La sugestión no es buena», se reprende.

Pero lo cierto es que presiente que ahí hay algo raro que no debe obviar.

Mañana.

Ahora está demasiado cansada y es de noche.

Necesita descansar y ver las cosas con perspectiva.



CAPÍTULO 65



Ethan Carter y su equipo se ponen manos a la obra. Comienzan siguiendo los mismos pasos que está dando Jamie, debido a que, hasta la fecha, desconocen cuál fue el lugar en el que se vio a la joven por última vez. También desconocen quiénes estuvieron con ella justo antes de que se le perdiera la pista.

Por el momento, no pueden empezar por ahí, pues no disponen de un punto de partida claro. Sería lo idóneo para poder buscar algún indicio que condujese a un posible sospechoso, pero las investigaciones son imprevisibles y hay que trabajar con el material del que se dispone para llegar a desvelar lo desconocido.

La víctima, por lo que han podido averiguar tanto de lo consultado en sus bases de datos como por lo que les ha contado la amiga, parece de las que suelen considerarse como de bajo riesgo. Parecía ser una chica con una vida sencilla, bastante ordenada, con baja tendencia a los excesos y bastante responsable. No es el tipo de perfil que se mete en apuros con facilidad, pero eso no es sinónimo de que no le haya podido pasar algo. A veces no somos nosotros los que buscamos los problemas, sino que ellos salen a nuestro encuentro.

Llevaba trabajando unos tres meses en una empresa de restauración bastante conocida en Seattle. Acababa de mudarse desde Sacramento, donde nació y vivió allí hasta ese momento. No hay registros que apunten a conductas peligrosas o que fuera una chica problemática, sino más bien todo lo contrario.

Tampoco existen denuncias previas, por ejemplo, por violencia de género o cualquier otra cosa del estilo que lleve a pensar que un ex celoso o con tendencia a la agresividad ha ido a por ella. No tiene mucho sentido, además, que se hubiera esperado a que se trasladase a más de setecientas cincuenta millas para ejecutar su plan de venganza.

Da la impresión de que el pasado no les va a conducir hasta las respuestas que necesitan, sino que tendrán que analizar su presente, esa nueva vida que lleva Stacey con el cambio de ciudad y de círculo social.

¿Quiénes son sus amigos?

¿Con qué personas se suele relacionar?

¿Es alguien de su entorno o un completo desconocido?

¿Qué la ha convertido en un objetivo?

Pero no son las únicas opciones, puesto que puede haber sufrido un desgraciado accidente y estar tirada en ese mismo instante en algún lugar por el que nunca pasa nadie, tal vez una cuneta o cualquiera sabe dónde.

La amiga de la joven parecía extremadamente preocupada. No obstante, no le ha dado la sensación de que fuera tendente al histerismo, sino que, más bien, parecía una chica con la cabeza muy bien amueblada y las ideas absolutamente claras. Eso, entre otras cosas, es lo que le ha conducido a estar de acuerdo con ella en que Stacey Queens no está desaparecida por voluntad propia.



CAPÍTULO 66



Diez días antes.

No logra desasirse de esa sensación que le grita al oído que hay una presencia extraña en su piso. Le cuesta unos minutos darse cuenta de que estar paralizada en mitad del salón, presa del pánico, no va a mantenerla a salvo, sino más bien al contrario, porque la convierte en una presa fácil de atrapar.

¿Qué mejor para un depredador que no tener que esforzarse en atrapar a su víctima?

Además, esas parálisis puede proporcionarle al intruso, si es que lo hay, una sensación de dominación que le hará más poderoso. La verá como un objetivo débil al que puede vapulear con facilidad.

Debe reaccionar.

Debe sacar las uñas y mostrar los dientes.

Sin embargo, es más sencillo pensar en ello que actuar, pues sus piernas se niegan a moverse. No importa lo que su mente trate de ordenar, pues sus músculos hacen caso omiso. El temblor es el único movimiento que su cuerpo parece capaz de ejecutar.

Aprieta los puños y se reprende interiormente.

Nota la tensión endureciendo cada músculo.

Junta también con fuerza sus mandíbulas, hasta que los dientes hacen ruido al rozarse de manera desagradable.

Finalmente, sin saber muy bien cómo ha encontrado el valor necesario, comienza a andar en dirección al dormitorio. Lo que tiene a la vista en ese preciso instante le cuenta que no puede haber nadie allí. Si alguien está en el interior de la vivienda, debe encontrarse en su habitación o en el baño.

Por si acaso, antes de abrir la puerta, dirige instintivamente la mirada a las cortinas. Reminiscencias de películas que ha visionado en el pasado en las que el intruso asomaba los pies por debajo de la tela.

Se siente estúpida.

¿Cómo puede haber creído que alguien se escondería de una forma tan absurda?

Sus dientes ahora empiezan a castañetear. El miedo sigue siendo su amo, puesto que ha conquistado hasta el más recóndito milímetro de su ser.

Está a tan solo unos centímetros del umbral que da acceso a la habitación donde está la cama. Se encuentra entreabierta, apenas una rendija, lo que le impide mirar hacia el interior sin empujar del todo la puerta. A pesar de ello, intenta hacer acopio de la mayor cantidad de información posible a través de ese mínimo espacio que da acceso al interior.

Dentro está oscuro. Imposible ver nada. No tiene otro remedio. Debe abrir del todo. Lo único que está haciendo es alargar la agonía. Antes o después tiene que dar el paso. No se puede quedar congelada eternamente en esa situación.

Entonces abre del todo.

Acciona el interruptor.



CAPÍTULO 67



Apenas ha podido dormir. A pesar del cansancio que sentía, la preocupación le ha impedido conciliar el sueño. Ya le hubiera gustado tener una noche de descanso reparador. Pero hace tanto que no duerme ocho horas seguidas debido a su frenético ritmo de vida, que incluso ha olvidado la maravillosa sensación que se siente cuando tu cuerpo y tu cabeza reciben ese maravilloso regalo.

Toda la noche le ha asaltado una intuición. Quizá sea eso lo que ha provocado que le esquivara el sueño. Ese pálpito que está ahí recordándote preocupaciones sin forma definida. Algo se le escapó el día anterior. No está segura de si se refiere a alguna cosa que no apreció cuando estuvo en la empresa en la que trabaja Stacey o está relacionado con el casero.

Se mete en la ducha para despejarse y empezar la jornada fresca. No tarda mucho, apenas unos minutos. Es su rutina habitual en una vida en la que cada minuto cuenta. Después se viste, coge su mochila en la que guarda todo lo que necesita y se baja a desayunar. No tiene ni la menor idea de a qué hora regresará.

En cuanto se bebe su café y se come un bollo que le resulta excesivamente empalagoso, sale de la cafetería del hotel y se dirige a buscar su coche. No tiene ni la menor duda de qué dirección tomar. Por el momento, va hacia la comisaría. Le importa un bledo que la consideren una pesada. No ha ido a Seattle a hacer amigos.

Aparca a unos doscientos cincuenta metros de la entrada de la estación de policía. No le importa. Le gusta andar. Además, tampoco es una distancia insalvable. Abre el maletero y saca su bolsa. Revisa un instante sus anotaciones. No tiene mucho y lo recuerda todo a la perfección, pues tiene buena memoria. A pesar de ello, no quiere equivocarse, así que prefiere dar un repaso. En verdad era difícil hacerlo, pues la información obtenida es mínima.

Nada más acceder a la comisaría, ve al mismo agente que ayer se dirigió a ella con amabilidad, aquel al que Jamie ni siquiera le dejó hablar. No le hace falta emitir ni una palabra. Solo señala con el dedo índice en la dirección en la que se encuentran las dependencias de la sección de desaparecidos. El joven no se molesta en impedirle el paso. Ayer le demostró claramente su determinación. Además, ni Carter ni el resto de los polis de la sección la echaron, sino que estuvo allí dentro hablando con ellos un buen rato. Da por hecho que la estaban esperando.

Nada más lejos de la realidad.

Cuando entra por la puerta, uno de los policías suspira.

El grano en el culo que les ha salido no está dispuesto a irse con las manos vacías.



CAPÍTULO 68



Nueve días antes.

Ha tenido una noche agitada con múltiples despertares. Quedarse dormida le resultó una tarea casi imposible. Estaba tan nerviosa y agitada, que su mente se negaba a relajarse, ni siquiera después de aquella larga ducha de agua caliente.

Piensa en la situación, en cierto modo absurda, de la noche anterior, justo la que le impidió descansar. Ese momento de parálisis en mitad del salón, el pánico, esa sensación que le decía que había alguien allí.

Se dejó invadir por un miedo irracional.

Intenta convencerse de ello.

Sus sensaciones no eran más que un engaño.

Una ilusión perceptiva sin base.

Reflexiona sobre el terror que experimentó justo antes de abrir la puerta de su dormitorio. Por un instante, incluso, lo revive. Estaba convencida de que había alguien dentro.

Pero no era así.

El piso estaba desierto.

Y a pesar de la constatación de ese hecho, no pudo desprenderse de un temor infundado que le repetía una y otra vez que un intruso había invadido su espacio personal. Su cerebro no podía estar engañándola con relación a ese aroma que olió al entrar.

Por un momento, creyó incluso que pudo ser Kevin. Al fin y al cabo, tenía llaves de su casa. Además, estaba casi convencida de que la fragancia que percibió era la suya. O eso es lo que quería pensar, como si aquello le restara gravedad al asunto. No obstante, enseguida se dio cuenta de que era un sinsentido.

¿En realidad quería eso?

No podía ni debía olvidar lo sucedido entre ellos y aquel mensaje tan desconcertante que recibió.

¿Quería que aquel hombre hubiera entrado en su piso sin su permiso?

¿Quería que el mismo que la había rechazado se colase en su hogar cuando ella no estaba?

¿Quería que se hubiera sentido con la libertad de hacerlo?

Y si así era, ¿qué implicaba eso?

Agita ligeramente la cabeza. Necesita sacarse todas esas ideas. Tal vez fue pura sugestión. Nuestras percepciones sensitivas, en ocasiones, conquistan el reino de la razón. Era perfectamente factible que malinterpretara las señales. Cada vez lo tenía más claro.

Quizá todo se debiera a lo sucedido el fin de semana, tanto lo que pasó con Jack como lo que posteriormente ocurrió con su casero. Fueron emociones demasiado intensas. Habían terminado por ser dos situaciones desagradables que provocaron que se sintiese mal, casi despreciable, y que regresara a momentos de desesperanza que ya vivió en el pasado.

Tiene que remontar.

Posponerlo no es una opción.

Dejar que su autoestima dependa de otros, tampoco lo es.

Debe encontrar el modo de reconstruirse desde cero de una vez y para siempre. Es momento de superar su yo del pasado para encarar el futuro con más fuerza y determinación.

No puede dejar que, otra vez, la realidad le pase por encima como una apisonadora. Estaba empezando a creer en sí misma justo antes de que esto aconteciera. No puede permitir que lo que estaba consiguiendo se derrumbe sin más.

Toma apenas cuatro sorbos de su café. De comer algo se olvida, pues su estómago está cerrado a cal y canto. Después se viste. Coge su bolso y se dirige a la salida. Se mira en el espejo de cuerpo entero que hay junto a la puerta. Juraría que incluso está más delgada. Su cara, desde luego, refleja el cansancio que siente.

Abre la puerta para salir.

No distingue lo que se ve detrás de ella.



CAPÍTULO 69



El inspector Ethan Carter mira a la joven que tiene nuevamente ante él como si fuera su peor pesadilla. Está claro que no piensa dejarles hacer su trabajo con tranquilidad. Le diría cuatro cosas, pero sabe que eso no serviría para solucionar nada. En cambio, podría complicar más la situación.

No merece la pena.

Mejor tener paz que tener razón.

Es algo que aprendió hace ya mucho tiempo.

Por lo tanto, decide callar y darse unos segundos para que le bajen las revoluciones a las que funcionan ahora su cerebro y su corazón. Como dice la conocida sentencia, *“sabio no es el que sabe lo que tiene que decir, sino quien sabe cuando callar”*. No lo hace por sabiduría, sino por precaución y para prevenir consecuencias poco agradables. Nunca es plato de gusto añadir más estrés al que ya de por sí tienen.

—Buenos días, señorita McDouglas. No esperaba verla tan pronto nuevamente por aquí — afirma el policía con una pizca de sorna y sarcasmo. Tampoco es necesario callárselo todo, que al final se hacen úlceras.

—Buenos días, señor Carter. He venido porque me gustaría compartir con usted y su equipo lo que averigüé ayer —comenta Jamie obviando la observación cáustica del inspector.

La verdad es que, hasta el momento, no tiene gran cosa, pero también le sirve para controlar si ya se han puesto manos a la obra por si necesita espolearles. Más vale que no se les ocurra dormirse en los laureles. Si tiene que sacar el látigo, no tiene ni el menor inconveniente en hacerlo. Es más, incluso le resulta estimulante.

—Estupendo. Acompañeme a mi despacho para que hablemos con calma —le invita Carter.

Según se dirigen hacia allí, la chica se fija en un tablero en el que parece que está la foto de su amiga. Hay distintas anotaciones, aunque no es capaz de distinguir lo que ponen desde esa distancia. Al menos, le tranquiliza ver que ya están manos a la obra.

—Siéntese, por favor —le invita el policía señalando una silla en concreto.

—Gracias, señor...

—Inspector —le corta. No es que sea un hombre al que le suelen importar los grados, pero igual es bueno que esa joven sepa que no está hablando con alguien que no sabe hacer su trabajo.

—Inspector Carter, entonces.

—Si no le importa...

—Por supuesto que no. No tengo problema en alimentar el ego de los hombres si así consigo mis objetivos. De hecho, es una cosa que se me da muy bien —ironiza.

Al policía le cambia el gesto. No era esa su intención. No pretendía sacar sus galones para que le respetara. Solo quería dejar claro que sabe hacer su trabajo.

—No era eso... —empieza a defenderse—. Es igual. Cuénteme entonces qué tiene.

—No gran cosa, no le voy a engañar. Pero puede que sea algo que les interese. Estuve en el trabajo de Stacey y he averiguado que uno de sus compañeros pudo acosarla, en cierto sentido.

—¿Acosarla? ¿Puso alguna denuncia al respecto?

—No, no, no —niega categóricamente—. No creo que fuese para tanto en este caso, aunque Stacey suele rehuir los problemas. Tanto es así, que su anterior jefe en Sacramento la acosaba sexualmente y, a pesar de ello, no la convencí para que lo denunciara. Y le aseguro que tenía motivos más que de sobra.

Ethan Carter toma nota de esos datos.

—Entonces, le agradecería que fuera más explícita y me cuente que la hace pensar que la acosó.

—Por lo que me han dicho, a ese chico Jamie le gustaba. Saltaba a la vista, pero no se había atrevido a declararse. Salieron de fiesta y bebió más de la cuenta. Tanto es así, que se pasó de la raya con ella y tuvo que pararle los pies. Ayer no pude hablar con él porque faltó al trabajo, pero igual no estaría mal que lo investigaran. Puede que no se tomara bien el rechazo e hiciera alguna tontería.

No se cree lo que acaba de insinuar.

Su mente consciente no había querido procesar tal suposición. Siente que su corazón pierde un latido ante la posibilidad de que a Stacey le haya pasado algo realmente grave.

—¿Y eso ocurrió justo antes de que su amiga dejara de comunicarse con usted? —continúa preguntando el policía, quien se ha dado cuenta del estado anímico de la joven en ese instante.

—No exactamente. Fue unos diez días antes.

Carter tuerce levemente el gesto. Tenía la esperanza de que hubiera una conexión directa entre ambos hechos, pero la distancia temporal es significativa. No obstante, lo investigarán. Nunca se sabe qué acaba motivando un hecho concreto.

—¿Cómo se llama el joven?

—Jack Thompson, según me han dicho.

El policía escribe en su libreta el nombre y lo anota como tarea a desarrollar aquel mismo día. Probablemente él mismo vaya a hablar con él.

—¿Algo más que quiera compartir con nosotros?

—En realidad, sí.

—Adelante —dice el inspector, acompañando sus palabras de un gesto inequívoco.

—Ayer me pasé antes de irme a dormir por el edificio donde tiene alquilado su piso y hablé con su casero. No me dejó entrar en el apartamento de Stacey. He pensado que ustedes, quizá, podrían ir con una orden de registro o lo que sea para acceder al interior. Puede que allí haya pistas que nos conduzcan al paradero de mi amiga.



CAPÍTULO 70



Ocho días antes.

El día anterior las cosas en el trabajo parecieron normalizarse. Puede que no fuera todo exactamente tal y como había sido hasta ese momento y todavía se percibiese alguna tirantez, pero sin lugar a dudas, el ambiente se había relajado.

Gracias a eso, en cierta medida, ese día se levanta con un estado de ánimo mucho más tranquilo y estable. Incluso se siente de buen humor. El hecho de no haber percibido nada extraño ni haberse sugestionado la última noche también ayuda. Ha descansado bastante bien, lo que suele ayudar a comenzar la jornada con buen talante.

Entra en el baño y se desnuda. Abre el grifo de la ducha. El agua sale tan fría que hace que pegue un brinco al contacto con su piel. Su carne se pone de gallina. Se estremece por un instante y empieza a tiritar.

—¡Mierda! —exclama en voz alta.

Deja correr el agua unos minutos, pero no parece que coja temperatura. Con la temperatura tan baja que hay fuera, no se ve con fuerzas para ducharse en esas condiciones. Teme que no le va a quedar más remedio, puesto que la alternativa pasa por avisar al casero para que revise la caldera central, que es la que nutre de agua caliente a todo el edificio.

No tiene tiempo para eso.

Ni ganas.

Ya lo hará cuando regrese por la tarde.

De pronto, le asalta nuevamente esa sensación de que hay alguien observándola. Se cubre el cuerpo desnudo con las manos y mira a su alrededor. La mampara es transparente, lo cual le permite ver con claridad lo que hay fuera. La puerta del baño se encuentra entreabierta, pero no le da para percibir si hay algo extraño en el interior del dormitorio.

Está tentada de coger la toalla y salir a comprobar si está en lo cierto. Duda un par de segundos qué hacer. Finalmente se envuelve en ella, sale y se planta en el centro del baño. Acto seguido, se dice que no debe dar ni un paso adelante. Otra vez más, debe ser todo fruto de su imaginación.

No comprende por qué está tan sugestionada últimamente. Tiene que sacarse de encima esos malos pensamientos cuánto antes. Si sigue así, va a terminar paranoica.

Puede que incluso lo esté ya.

Vuelve a entrar en la ducha y cierra la mampara. Se obliga a ello y a no pensar más en esas sensaciones incómodas. El ruido del agua le impide escuchar el leve susurro de una puerta que se abre y se cierra justo después.

Stacey intenta alejar sus fantasmas tarareando una canción. Puede que no sea la mejor estrategia, pero funciona. Necesita sentirse bien de nuevo.

Desde su llegada a Seattle, casi había conseguido una vida que comenzaba a parecerse bastante a la felicidad. No puede permitirse que simples impresiones equívocas la retrotraigan a tiempos que no quiere ni rememorar ni mucho menos repetir.

Tiene que mirar hacia delante.

Debe construir un futuro nuevo.

Mejor.

Sin temores banales.

Sin inseguridades.

Es posible que sea pedir demasiado. Habrá que ir paso a paso sin necesidad de objetivos demasiado ambiciosos.

Todo camino comienza con un solo paso.

Después de la ducha, se siente algo más relajada y preparada para afrontar una nueva jornada con un ánimo más positivo. Puede que el agua fría, al fin y al cabo, le haya servido para algo.

Desde luego, se ha llevado cualquier rastro de somnolencia.



Los acontecimientos

*“Tendrás que levantarte todas las mañanas
con determinación si quieres irte a la cama
en la noche con satisfacción”.*

(George Lorimer)



CAPÍTULO 71



El policía está deseando que la joven abandone su despacho para poder empezar a trabajar en el caso. No tiene ni la menor intención de dejarla contemplar su labor, ni mucho menos supervisar nada. No solo es por la irregularidad que eso supondría, sino porque él y su equipo tienen su forma de trabajar y no necesitan que cualquier neófito en la materia le diga cómo deben actuar.

La informará de lo que averigüen, siempre y cuando lo que hallen no contravenga las normas. Y eso es todo lo que va a ceder.

Debe reconocer que le ha contado cosas útiles. No solo lo del compañero de trabajo, al que tendrán que entrevistar. Después de compartir lo del piso de la joven, recordó algo que había olvidado comentar.

—Stacey no se iría a casa con un tío a quien no conoce. El hombre con el que se encontró en el pub no es un desconocido, aunque no tengo ni la menor idea de quién es, puesto que no me habló de él.

—Y sus compañeros, ¿le conocían?

—No, nada de eso.

Ethan Carter toma nota de todo lo que le cuenta la chica. Posiblemente, habrían llegado a la misma información fácilmente, pero tampoco puede negar que les ha agilizado el trabajo. Comprobarán si hay cámaras en el local y si en ellas está recogido ese hombre misterioso.

De todos modos, lo que le preocupa al inspector es la distancia temporal entre los dos sucesos. Es posible que no haya ninguna conexión entre ellos y no pueden jugárselo todo a una carta. Necesitan investigar más sobre la joven y su entorno, así como en qué lugares estuvo los días previos a su desaparición y con qué personas.

Como punto de partida, no les viene mal. No tienen una fecha exacta en la que se sepa a ciencia cierta que Stacey Queen desapareció, solo conjeturas acerca de los posibles días y todo gracias a que no contestó a llamadas ni mensajes a Jamie.

No puede evitar entristecerse en cierta medida. Esa chica puede haber caído en manos de algún depravado y, si no llega a ser por su amiga que vive a cientos de kilómetros de allí, puede que todavía no tuvieran constancia de que se encuentra *missing*.

—Jason, te vienes conmigo. Los demás, quiero que cuando volvamos haya algún avance en el caso de los Madison. Si no fuera así, nos volcaremos todos en la desaparición de esta joven. Llevamos demasiado tiempo estancados y este caso ahora está candente.

El resto de agentes asintió con la cabeza, más por rutina que por otra cosa. Todos sabían que era complicado avanzar en una investigación que llevaba semanas varada. Era deprimente, pero formaba parte de la inevitable estadística de la labor que desarrollaban.

Por desgracia, no siempre encontraban a las personas de las cuales se denunciaba su falta. Deseaban con todas sus fuerzas que con esta joven fuera distinto. Habían encadenado recientemente una mala racha que estaba bajando la moral del equipo.



CAPÍTULO 72



Seis días antes.

La semana transcurre deprisa. Ya es otra vez viernes. A diferencia de la anterior, en esta ocasión nadie propone planes. Stacey mastica una inevitable culpabilidad, pues considera que, en parte, seguramente se debe a lo sucedido la semana anterior entre ella y Jack.

Apenas ha hablado con él durante la semana. Este incluso evita mirarla. Parece que está avergonzado, pero tampoco puede asegurarlo. Puede que también sea que esté enfadado con ella, puesto que cuando se han cruzado y se han saludado, le ha parecido que este respondía de forma tosca. Quizá solo sea una percepción suya, pero está casi segura de que no es solo su imaginación.

Debería haberle contado este incidente a Jamie, al igual que habría sido recomendable hablarle de lo sucedido con Kevin. No entiende por qué no lo ha hecho. Antes se lo contaba todo. Se desahogaba con ella, compartiendo con sus preocupaciones. Lo ha hecho desde que eran niñas. Quizá se deba a que, debido a la distancia que las separa, piensa que solo va a lograr inquietarla y no merece la pena hacerlo. La cuestión de fondo es que, por desgracia y de forma inesperada, se siente más sola que nunca. Ese círculo social que parecía irse gestando se ha evaporado de manera veloz.

No sabe que hará ese fin de semana. Resulta bastante triste en una chica de su edad, pues tendría que tener multitud de opciones para disfrutar y salir con amigos. Todo indica que va a pasarlo otra vez en completa soledad. Es decir, exactamente igual que el anterior, después de que Kevin abandonara su cama y no volviera a tener noticias de él. Para ser más precisos, no las noticias que hubiera deseado.

Piensa en llamar a una joven del gimnasio con la que hizo buenas migas al principio, pero finalmente lo descarta. No se atreve a enfrentarse a una negativa y sentir otro rechazo. Ahora lamenta no haber quedado con ella hace unas semanas cuando esta se lo propuso, pero Stacey tenía otros planes con algunos compañeros.

Cuando regresa por la tarde a casa con las bolsas de la compra, se encuentra con su casero a una manzana de su edificio. Le cuesta tragar por los nervios que se le agarran a la garganta. Duda si esquivarlo o hacer como que no le ha visto y seguir su camino. Siente una agitación dentro de sí que casi hace que se le caiga una de las bolsas.

—¡Stacey! —la llama—. ¡Stacey, espera! —insiste, acercándose a paso rápido hasta donde se encuentra.

Ella se queda paralizada, sin saber qué decir ni hacer. Kevin actúa como si no hubiera pasado nada, o esa es al menos la impresión que le da. ¿Es posible ser tan hipócrita? Desde luego lo que no se creería es que se haya olvidado de lo que le escribió.

“Olvídame zorra”.

La herida provocada por aquellas dos infames palabras se reabre en su interior.

—¡Hola, Stacey! Pensaba que no me oías —le dice con una amplia sonrisa. Desde luego, es un actor de primera, porque demuestra una actitud de total indulgencia.

Ese gesto la deja incluso más descolocada.

No articula palabra.

¿Cómo hacerlo después de lo que le dijo? ¿Cómo esperar esa reacción?

Esas dos palabras vuelven a resonar, una y otra vez, dentro de su cabeza con mayor intensidad, si cabe, que en la primera ocasión.

—Esta semana he estado muy ocupado. Me hubiera gustado verte algún día, pero te aseguro que me ha sido totalmente imposible. Creo que, a partir de ahora, voy a disponer de más tiempo. ¿Qué te parece si hacemos planes juntos?

Le mira con un nudo en la garganta.

¿Por qué le hace eso?

—¿Qué te pasa, Stacey? Estás muy callada.



CAPÍTULO 73



En la empresa de restauración, los dos policías hablan con todos los compañeros de trabajo de la joven desaparecida. Con la mayoría, la entrevista es breve. Tenían trato con ella, pero tampoco excesivo, y todos tienen buenas palabras hacia Stacey. Trabajadora, amable, más bien callada.

Hay otro pequeño grupo con el que la chica tenía una relación más estrecha y con ellos la entrevista se alarga. Una vez más, todo lo que dicen sobre ella es bueno. Era querida por sus compañeros, eso queda claro enseguida. La jefa, para empezar, tiene muchas cosas que decir sobre la de Sacramento.

—Con Stacey es muy fácil trabajar. Es una chica encantadora que disfruta haciendo su labor, siempre con una sonrisa y de buen grado. No le costó adaptarse al ambiente de la empresa, ya que encajó desde el primer minuto.

Al inspector le llama la atención que siga hablando de ella en presente, teniendo en cuenta que lleva varios días sin aparecer por su trabajo. No obstante, puede que ese detalle no sea importante, sino que se deba a que él está acostumbrado a prestar atención a cosas a las que otros no le darían ni la menor importancia.

También se extraña de que nadie se preguntara por qué no acudía, en especial siendo una profesional responsable y comprometida que no solía faltar y llegaba siempre pronto, tal y como todos han defendido. Eso sí le parece algo raro.

—Señorita Mistraude, hay algo que no comprendo. Todo el mundo aquí alaba las cualidades de Stacey Queen, pero da la sensación de que a nadie le pareció algo fuera de lugar que no acudiera al trabajo. Y no me refiero solo al primer día, sino también a los sucesivos. Lo lógico sería experimentar alguna preocupación y preguntarse si le habría sucedido algo, ¿no le parece?

—Ya se lo dije a su amiga cuando estuvo ayer por aquí. Me hizo exactamente la misma observación. La mayoría de la gente no entiende a los artistas. Nosotros somos espíritus libres. Yo la llamé en varias ocasiones y no contestó. Supuse que estaba volcada en un proyecto personal que tenía en mente.

El inspector Carter mira a su compañero. Ninguno de los dos se tragan esa excusa, sobre todo viniendo de la dueña de la empresa. Al fin y al cabo, es ella la que más se juega si sus empleados no cumplen con su contrato.

—Podemos entender eso de los espíritus libres que menciona —dice entrecomillando con los dedos—, pero hemos estudiado los antecedentes de Stacey y nunca faltaba a sus responsabilidades. En la universidad, fue una alumna modelo y en su trabajo anterior, no se ausentaba jamás.

—Bueno, salvo el día que se fue sin mirar atrás y sin avisar previamente —defendió la restauradora—. Seguro que eso también lo sabrán. A mí me lo contó ella personalmente.

En eso tenía razón y ambos eran conocedores de ello.

—Nos gustaría ver esas llamadas que le hizo, si no le importa. Deben estar registradas todavía en su móvil.

Anne Mistraude les mira con desconfianza.

—¿Acaso soy sospechosa de algo, señores?

—¿Lo es? —le devuelve Ethan Carter la pregunta.

—Por supuesto que no —responde de manera firme, mientras procura mantener una sonrisa que, sin duda, se ve tensa.

—Entonces no le importará que miremos ese dato. Pedir una orden para acceder a sus registros telefónicos sería un engorro y nos llevaría un tiempo muy valioso, en especial si no nos llevan a ninguna parte. Si realmente aprecia a la joven, tal y como dice, seguro que quiere cooperar con nosotros.



CAPÍTULO 74



Seis días antes.

Kevin le sugiere que vayan a tomar un café y hablen. Ella no está segura de que sea una buena idea. No obstante, necesita una explicación para aquel mensaje tan desagradable que la ha trastornado durante los últimos días. Tal vez sea la única oportunidad que tenga. Es algo que le ha dolido mucho y no ha podido quitarse de la cabeza. Por otra parte, tampoco entiende este cambio de actitud en él hoy. ¿Por qué se muestra tan amable si quiere que le olvide? Nada parece tener sentido, puesto que, en todo caso, sigue siendo su casero y no pueden tener contacto cero.

Él se presta a acompañarla a su casa para ayudarla con las bolsas, pero declina su oferta. No termina de fiarse. Prefiere estar en terreno neutral. Más le vale ser precavida. Se ha llevado ya demasiados palos en la vida como para dar sin más otra oportunidad.

Al menos, algo ha aprendido, a pesar de que por naturaleza es una persona confiada.

Finalmente, acuerdan que la esperará en una cafetería cercana. Sin lugar a dudas, será lo mejor. Esos minutos extra le darán unos minutos para pensar cómo se lo va a decir y cómo va a afrontar ese café. Solo de pensarlo, nota como algo revolotea en su estómago.

Se da prisa en colocar las cosas. Mete en la nevera lo que necesita frío para que no se estropee y deja algunos de los productos que van a los armarios para meterlos más tarde en su sitio. Pocos minutos más tarde, entra en la cafetería. Kevin ya está esperándola con una taza de café sobre la mesa. Parece despreocupado, como si nada hubiera sucedido.

Incomprensible.

Ella se acerca casi con temor. Empieza a cuestionar si es buena idea estar allí. De todos modos, ya es tarde, así que avanza hacia donde se encuentra su casero, pero le resulta inevitable ese aire de indefensión que desprende. Ya le gustaría destilar la seguridad en sí misma que luce su amiga Jamie, pero no es como ella.

—¿Pasa algo? —le pregunta con inocencia Kevin al ver su expresión.

Se arma de valor antes de responder.

—Dímelo tú.

La mira extrañado, frunciendo el ceño, como si no entendiese nada y se supusiera que debería saberlo.

—No lo creo, Stacey. Si estás mosqueada conmigo porque no te he llamado, como te dije, te aseguro que es porque no he podido.

Desde luego, suena a excusa. ¿No ha podido llamarla en ningún momento? Eso no resulta creíble, solo una forma de escurrir el bulto y desviar la atención.

Pero no es lo más importante.

—No sé por qué te haces el tonto, Kevin, después del mensaje que me escribiste.

Le cambia la cara.

—No sé de qué me estás hablando.



CAPÍTULO 75



Algo no le termina de cuadrar al inspector Carter acerca de la conversación que han mantenido con Anne Mistrade. No solo eso, parece que todos se empeñan en ensalzar las cualidades de la joven que puede encontrarse desaparecida. Es como si hubieran cerrado filas en torno a una misma versión.

Solo una ha sacado el tema del incidente con el tal Jack. Al resto de los que estuvieron en aquella cena, tuvieron que preguntarles directamente sobre aquello, a pesar de que ya habían lanzado la cuestión sobre si Stacey había tenido algún problema con cualquier compañero durante el tiempo que llevaba trabajando en la empresa.

¿Por qué nadie se extrañó de que aquella chica no volviera al trabajo? ¿Por qué motivo nadie insistió en la posibilidad de que le hubiera pasado algo y acudió a denunciar su desaparición?

Esas cuestiones se repiten dentro de él de manera recurrente.

Detrás de esa imagen casi perfecta de empresa en la que todos se llevan bien, se esconde algo que no le huele bien al inspector. Casi le recuerda a una idílica comuna hippie en la que todo es amor, luz y color, pero al frente de ella se encuentra Charles Manson para convencer a sus súbditos de que asesinar es necesario y responde a una motivación plenamente justificada.

Quizás está exagerando.

A veces piensa que ya está demasiado mayor y termina por desbarrar como en esta ocasión, sin ir más lejos.

Han dejado al pez gordo para el final. Preferían interrogar primero a todos los demás, quizá para poner un poco más nervioso al joven que tuvo aquel encontronazo con Stacey la noche que salieron de fiesta.

Por fin lo tienen frente a ellos. Parece un chico de lo más normal. Pelo castaño, ojos almendrados de un color que recuerda al cobalto, aproximadamente un metro ochenta de altura y de complexión delgada. Jack Thompson tiene el aspecto de no haber roto un plato en su vida. Eso no cuadra con lo que han oído con relación a la noche de autos. Puede que parezca un buen chico, pero cuando no consigue lo que quiere, también es capaz de sacar un lado bastante oscuro y extralimitarse.

—Bueno, Jack, nos han contado que hace un par de semanas, cuando salisteis a cenar y luego de fiesta, te pusiste un poco pesado con Stacey.

—No fue nada, ¿vale? —contesta a la defensiva—. Bebí demasiado, eso es cierto, y yo no estoy acostumbrado a tomar alcohol. Supongo que eso fue todo.

—Cuéntanos tu versión de lo sucedido, por favor —le invita Jason, el agente que acompaña a Carter. Es importante que verbalice los hechos para que puedan comparar su versión con la de los demás.

El joven pone los ojos en blanco. A los policías esa reticencia no les parece la mejor actitud en ese momento. Le convendría mostrarse más cooperador.

—Se ha sacado todo de contexto. En la cena hablamos y todo iba bien. Ella me sonrió en varias ocasiones. Además, teníamos muy buena relación desde el primer día que se incorporó.

Era una chica maja, además de que era muy guapa, no voy a negarlo. Nos llevábamos bien y estoy seguro de que Stacey sabía de sobra que me gustaba, así que se podía haber ahorrado tontear conmigo esa noche —responde con cierta acritud.

No hay arrepentimiento en sus palabras ni tampoco en su actitud. Parece que este tema le resulta un fastidio, como si él fuera la verdadera víctima.

Y habla de ella continuamente en pasado.

¿Acaso la da por muerta? ¿Es que tiene motivos para pensar que nunca más va a volver?

—¿Y qué pasó después? —insiste Ethan Carter—. Me refiero a qué sucedió concretamente cuando estabais en el pub.



CAPÍTULO 76



Cinco días antes.

Stacey no quiere confiarse. Él le ha jurado que no escribió ese mensaje, pero ella no se lo termina de creer. Igual que no se cree que no haya podido llamarla en toda la semana. Ni siquiera se ha esforzado en poner una excusa creíble y más elaborada. Por el contrario, tiene la sensación de que ha estado rehuyéndola, puesto que viven en el mismo edificio. Él casi con total seguridad pasa más tiempo allí que la mayoría de los vecinos, puesto que tiene que estar disponible para resolver los posibles asuntos que surjan.

No obstante, le ha contado que no es lo único que hace. Le confiesa que, desde luego, le aporta una suculenta aportación económica extra que no le supone una inversión de tiempo destacable, pero no es su actividad empresarial principal.

No le ha contado mucho más al respecto. Le pareció, incluso, un poco opaco al hablar de ese tema. Tuvo la impresión de que se debía tratar de un negocio turbio, aunque tampoco contaba con nada que fundamentara esa teoría, salvo una mera intuición.

¿Por qué, si no, no hablar abiertamente de él?

Eso es lo que le hace sospechar. Como pretexto adujo que trataban asuntos confidenciales de algunos clientes y, debido a ello, no le podía narrar nada más.

Después de tomar el café, caminaron juntos hasta el edificio. Kevin trató de hacer algún acercamiento, pero Stacey se mantuvo firme en su postura. Quería mantener las distancias. Ya le habían herido bastante en el pasado. Casi le sorprendió a sí misma su reacción, puesto que no cedió a la tentación de no estar sola aquella noche.

Es por la mañana y sigue reflexionando sobre aquello.

Hubo algo que le inquietó, aunque en aquel instante no se dio cuenta de qué sucedía. Al pensarlo ahora con más calma, se da cuenta de que, según se acercaban al bloque de viviendas en el que ambos residían, Kevin parecía un tanto incómodo y miraba hacia uno de los pisos de arriba, como si temiera encontrar allí algo que no debería estar. Hasta su lenguaje corporal era más tenso, a pesar de que solía mostrarse relajado y confiado.

Stacey pensó que debía tratarse de alguna chica. Era la explicación más comprensible. Cabía la posibilidad de que hubiera quedado con alguien en su piso y pudiera verle por la ventana acercarse hasta allí acompañado de otra. Seguro que eso le causaría problemas. De hecho, en ese instante fue él quien se cuidó de mantener cierta distancia entre ellos.

Cuando llegaron junto al portal y Stacey sacó las llaves, se fijó en que, una vez más, él miraba hacia arriba y clavaba sus ojos en algún punto que ella no fue capaz de discernir. Su mandíbula estaba tensa.

Definitivamente, había actuado bien al mantener las distancias. Le gustaba mucho, pero no le convenía. Cada vez se convencía más de ello. Parecía que todas las señales lo indicaban. Era hora de hacerles caso y seguir su intuición.

Ahora más que nunca le apetece que Jamie se pueda escapar a verla. Necesita a su amiga allí con ella. Le encantaría desahogarse y contarle todo aquello que da vueltas en su cabeza.

Pensaba que su vida social había comenzado a mejorar, pero la soledad de ese fin de semana,

la ausencia de llamadas y mensajes de ninguna de las personas que ha conocido en Seattle y con las que parecía haber conectado, le relatan con claridad que era solo un espejismo.

Suspira.

No piensa quedarse encerrada en casa.

Saldrá a dar una vuelta, visitará de nuevo el Frey Art Museum. Le gustó muchísimo la primera vez que estuvo allí y está deseando volver. Hoy es un buen momento para ello. Luego puede comer por ahí e incluso ir al cine. Cualquier cosa con tal de no volver a estar entre cuatro paredes rumiando pensamientos destructivos.

Coge las llaves y sale de casa.

Cuando vuelva, se encontrará una sorpresa.



CAPÍTULO 77



Jamie se levanta temprano. Tiene demasiadas cosas qué hacer, aunque tampoco sabe muy bien por dónde tirar. Está a punto de reconocer que se encuentra agobiada, ella que siempre parece poder con todo. Si la viera Stacey ni se lo creería. Pero es que buscar a tu amiga en una ciudad de unos setecientos cincuenta mil habitantes no parece una tarea simple para una persona sola.

Sin embargo, no le queda otra. Si piensa en la ineptitud de algunos, entonces se reafirma en que debe hacer todo lo que esté en su mano. Se ha desplazado hasta allí con un objetivo claro y no va a parar hasta lograrlo. Debe jugar con una baza de la que no dispone la policía y es que ella la conoce bien, porque han compartido muchas vivencias desde que eran tan solo unas crías.

Reflexiona acerca de lo que necesita antes de echarse a la calle. Lo primero de todo, es preciso que tenga a mano alguna imagen que mostrar en la que se la vea bien. Tiene varias fotos de Stacey en el móvil. Selecciona algunas de ellas, las que le parece que son más fieles a quien es ella. Es muy guapa y llamativa, por lo que es posible que, allá donde haya estado, la recuerden. Confía en que sea así y, con una buena dosis de suerte, en no demasiado tiempo sea capaz de localizar los últimos lugares en los que ha sido vista.

Si obtiene esa información, seguro que ayuda a la policía a dar con ella en menos tiempo. Confía, eso sí, que con resultado positivo, porque es inevitable pensar que su amiga puede estar muerta.

—¡No! —exclama en voz alta. Se niega a creerlo. Esa forma de pensar no la ayuda en absoluto. Debe mantener el ánimo alto.

Sabe hasta qué punto su amiga disfruta del arte, así que no duda ni por un momento que, en el tiempo que lleva viviendo en la ciudad, habrá visitado todos sus museos y galerías. Busca información en internet para poder organizar el recorrido que seguirá para visitarlos. Tiene que optimizar hasta el último segundo del que dispone.

Ya tiene algo por donde empezar.

A Stacey le relajaba mucho pasear entre obras de arte y perderse entre pinturas que la conducían a un mundo ajeno muy lejos de su realidad. Seguramente, después de aquel conflicto con su compañero de trabajo, buscó escapar a un universo paralelo en algún instante. Tuvo que estar en alguno de ellos.

Se maldice por no haberle prestado más atención cuando le hablaba de las obras artísticas que prefería, de los estilos que más captaban su interés. Hace un esfuerzo e intenta recordar alguna de las conversaciones que tuvieron al respecto. No logra recuperar esa información. En cuántas ocasiones estamos a otras cosas cuando charlamos con las personas que queremos por el simple hecho de que damos por sentado que van a estar ahí para siempre.

Es lo que le pasa en ese instante a Jamie.

La atraviesa una punzada de remordimiento.

Mientras se va enfriando sobre la mesa su primer café de la mañana, piensa qué otros lugares puede haber frecuentado. Tal vez alguna cafetería cercana a su trabajo o a su casa. Stacey siempre ha disfrutado desayunando fuera. Duda que haya tenido una cafetera en su casa alguna

vez. Ver a la gente le inspiraba para inventar algunos de sus avatares y personajes a los que luego daba formas con sus pinceles. Decía que alguna vez crearía un mundo único de personajes increíbles que triunfaría y se haría multimillonaria.

Acto seguido, concluye que puede ser absurdo perder el tiempo yendo a los locales que se encuentran próximos a la empresa de restauración. Al fin y al cabo, lleva días sin aparecer por allí. Es poco probable que se acercara a tomar un café si no iba a pasar por su empresa.

De pronto se da cuenta.

Precisamente es por donde debe empezar.

Las últimas personas que la han visto casi con total seguridad han sido sus compañeros de trabajo.



CAPÍTULO 78



Cinco días antes.

Procura disfrutar del día. Se esfuerza en hacerlo. Se esmera en dejar atrás las malas sensaciones, los pensamientos improductivos, los sentimientos paralizantes. Intenta convencerse de que estar sola no es tan malo. Tiene sus cosas buenas. La independencia. La libertad en su más amplio sentido.

No lo logra.

Al principio disfruta. Se sumerge entre obras de arte que la alejan de la realidad, deambula por pasillos que son un viaje por la historia, absorbe un mundo de colores y tonalidades. El tiempo transcurre en un vaivén acompasado por las pinceladas mágicas del arte, por trazos que componen imágenes perfectas, por el deleite de los sentidos emborrachados de belleza.

Llega la hora de comer y ahí la soledad toma su sitio, se extiende y ocupa un espacio inconmensurable, porque es imposible sentirse más sola que cuando se está rodeada de una multitud de personas para las que no significas nada. Una coma mal puesta, una anotación a pie de página que nadie mira, una nota discordante cubierta por el tronar del resto de la orquesta.

Stacey siente como el mundo, de pronto, se le echa encima. Duda si fue una buena idea trasladarse hasta Seattle. Se ha subido en el vagón de una montaña rusa y ha experimentado todo tipo de sensaciones.

Primero era un error.

Luego, un acierto.

Después, volvieron las dudas.

Ver lo bueno.

Lo malo.

Poner todo en una balanza.

No acabar de encontrar el equilibrio.

Otro mar de dudas que amenazan con hacerla naufragar.

Reflexiona sobre su vida. Su pasado. Su presente. Sus heridas de la infancia. Las decisiones que la han conducido adonde está. Se plantea si cumplir su sueño es tan importante. Y encuentra que esa es la única certeza, lo que ha merecido la pena de ese viaje.

Le gusta lo que hace.

Su profesión.

Su pasión.

Es hora de replantearse lo demás. Su actitud ante la vida, esa indefensión aprendida que arrastra desde que era cría. Solo dibujando no la siente. Con un carboncillo, un lápiz o un pincel en la mano es cuando se cree una persona completa. No va a renunciar a lo que le gusta porque sienta que ya no encaja tan bien como antes en esa empresa.

El lunes regresará al trabajo y se volcará en lo que sabe hacer tan bien. Es momento de reiniciarse. No se mostrará débil. Quien quiera estar con ella será porque la valora tal cómo es.

Se da cuenta del poder que tienen nuestros pensamientos. Son generadores de emociones. Provocan cambios de humor y estados de ánimo, haciendo incluso que estallen en alguna

ocasión. Son responsables de nuestra actitud hacia la vida, optimistas o pesimistas, ver el vaso medio vacío o medio lleno, un problema o un desafío, un fracaso o una oportunidad de aprendizaje.

Los pensamientos crean o destruyen.

Hoy elige que sean creadores.

Empieza a sentirse mejor, más confiada y, sin duda, eso se nota. Lo percibe ella en su interior y también lo aprecian los demás. Ese día conocerá gente interesante. También un chico con el que solo conversa, aunque este deja claro que no le importaría ir más allá.

Al final, pasa una jornada agradable y, en cierto sentido, se reconcilia con su soledad. Firman un pacto de no agresión, pues va a esforzarse en ver que no tiene por qué ser algo negativo si la aceptas y entiendes que no es tu enemiga, que no siempre resulta dañina.

Parece estar ligeramente más cerca de alcanzar ese equilibrio que lleva tanto tiempo buscando en su vida y al que le encanta jugar al escondite. Es un camino largo, con varias postas que debe alcanzar, paso a paso, recorriendo sin prisa esa senda.

Desde la parada de metro hasta su casa hay apenas cinco minutos andando. Se ha hecho más tarde de lo que esperaba. La temperatura, no obstante, todavía sigue siendo bastante agradable para ser un mes de marzo en el norte de Estados Unidos.

Entra en el portal. Fuera ya casi ha oscurecido. Escucha como se cierra la puerta tras ella justo antes de que pulse el interruptor de la luz.

No funciona.

Está sumida en una casi completa negrura. Apenas se filtra un poco de luz, la justa para formar sombras siniestras que llenan los rincones. Una angustia asfixiante conquista su interior. No debería. No tiene por qué pasar nada. Está todo en su imaginación.

Saca las llaves del bolso. Sus manos tiemblan y provocan que caigan al suelo. Quizá este fuera un buen momento para darse cuenta de nuevo de la capacidad que tienen nuestras creencias de generar emociones.

Oscuridad = peligro.

Ese arraigado pensamiento está descontrolándolo todo. Su corazón golpetea nervioso y confuso. Le llega un mensaje defensivo y se prepara para que la sangre llegue a los lugares en los que sea más necesaria para la huida.

El miedo se ha hecho con el dominio de la situación.

Tantea en el suelo buscando sus llaves. Podría sacar el móvil y encender la linterna, pero teme que se le caiga todo lo que hay en el interior de su bolso antes de localizarlo. Además, la última vez que lo miró, estaba casi sin batería. Ha estado curioseando en sus redes sociales y le ha escrito varios mensajes a Jamie. Lo más probable es que a esas alturas ya esté muerto.

Por fin toca algo metálico.

Está junto a la escalera.

Es demasiado fino.

Aun así, lo coge. Se le escapa un tímido chillido. Acaba de cortarse porque lo que ha tomado entre sus dedos es una cuchilla de afeitar de esas afiladas que solo están constituidas por la delgada hoja de acero inoxidable. No entiende qué hace eso ahí.

Vuelve a agacharse. Tantea un poco más y, por fin, parece dar con sus llaves. Las coge. Están junto al primer escalón. Se dispone a subir. No se plantea tomar el ascensor. Da por hecho que hay un corte de luz y no parece una buena idea. Debería comprobarlo, pero el pánico la empuja hacia arriba, subiendo los escalones a trompicones. Tan solo tiene que ascender un piso.

Cuando mira hacia arriba, le parece que la oscuridad es incluso más negra.



CAPÍTULO 79



Ethan Carter mira a Jack Thompson entrecerrando los ojos. Es su forma de intentar entrar en su mente, aunque en realidad no le sirve de nada, salvo para hacer que el otro se sienta analizado como una célula bajo la lente de un microscopio.

—Estamos esperando que nos respondas, Jack. La pregunta es bastante sencilla. ¿Qué pasó después? —insiste, una vez más, Ethan Carter—. Qué fue lo que sucedió concretamente cuando estabais en el pub.

—Nada. Supongo que no lo recuerdo.

—No juegues conmigo, chaval, te lo recomiendo. Por si no lo sabes, estamos esperando que nos den luz verde para revisar las cámaras de la discoteca, lo cual puede suceder de un momento a otro. ¿No te parece que es mejor que nos lo cuentes tú?

El joven mira a los dos policías como si fuera un cordero a punto de ser sacrificado.

—La otra opción que se me ocurre —dice ahora Jason— es que nos acompañes a comisaría y nos lo cuentes todo allí. ¿Te parece una idea mejor?

—¡Vale! Ya les he dicho que estaba borracho. No suelo beber, así que me afectó más de la cuenta.

—De momento solo oigo excusas, pero no hechos.

—Intenté besarla y ella me apartó —comenzó a explicar—. Entonces la llamé zorra frígida. Volví a intentar agarrarla y acercarme a ella, pero Stacey se puso a gritar que no la tocara y que la dejase en paz. Después, vino alguien a separarnos y yo me cabré y me fui, si no recuerdo mal.

A Carter no le gusta lo que oye. Independientemente de que le haya hecho algo o no a la joven que están buscando, que reaccione así al rechazo de una mujer hace que se le activen las alarmas. Teme que puedan oír hablar de él en el futuro, tal vez con motivo de algún incidente doméstico.

—¿Te fuiste después de eso?

—Sí.

—¿Volviste a ver a Stacey aquella noche?

—No, no volví a verla hasta el lunes.

Los dos policías asienten. Sin embargo, tienen la impresión de que está omitiendo información relevante.

—Ya —afirma pensativo el inspector—. ¿Y qué me dices del móvil? ¿Hablaste con ella o contactaste por mensaje o redes sociales durante ese fin de semana?

Jack aprieta las mandíbulas.

Le dan tiempo para que conteste, aunque ya anticipan lo que están casi seguros que va a decir.

—Le mandé algunos mensajes. Me sentía fatal por lo sucedido y quería disculparme.

—¿Algo más? —incide Jason Taylor.

—Le pregunté si podíamos vernos para hablar y arreglar las cosas. Le dije que podría pasarme por su casa, porque sé dónde vive.

—¿Y ella qué dijo?

—No quiso que nos viéramos.

—¿Qué tal te lo tomaste?

El joven se encoge de hombros. No obstante, la mirada de los dos policías le apremia a que continúe.

—No demasiado bien, pero ese fin de semana no fui a verla.

Los dos policías se miran con complicidad.

El último comentario les pone en alerta.



CAPÍTULO 80



Cinco días antes.

Cuando alcanza el rellano, con el miedo todavía cubriendo de perlas de sudor frío su espalda, justo antes de introducir la llave en la cerradura percibe una presencia.

Emite un grito.

Hay alguien ahí.

Está segura.

No es su imaginación.

Esta vez no.

Puede ver unos ojos observándola.

No atina a introducir el metal en la ranura.

Sus manos tiemblan de forma incontrolable.

—Stacey, tranquila, soy yo —le dice una voz que proviene de los escalones que llevan al segundo piso.

La presencia se hace tangible, palpable, física.

Ocupa un espacio inmenso, porque abarca una realidad que incluye el volumen del terror que experimenta la chica en ese instante.

—Déjame tranquila, ya te lo he dicho.

No puede verlo, pero sabe perfectamente quién es.

No le cabe ni la menor duda.

Reconocería su voz en cualquier parte.

—Solo necesito hablar contigo unos momentos.

La chica sigue intentando abrir la puerta sin éxito. Los nervios que le provoca el miedo hace que no lo consiga, que parezca una tarea de extrema dificultad y que requiere de una precisión y definición extremas, cuando en realidad es algo que hace cada día y podría reproducir casi con los ojos cerrados.

La presencia se levanta.

Empieza a bajar.

Se aproxima a ella.

Stacey se apresura más.

Se espolea para encontrar ese pequeño orificio que puede cambiarlo todo.

Como si le fuera la vida en ello.

Entonces siente una mano en su hombro y chilla.

La desesperación más absoluta se apodera de ella.

—¡No grites, por favor! Te lo he dicho, no quiero hacerte daño.

Pero ella no puede controlarlo.

La tensión va creciendo cada milésima de segundo.

Los nervios no ayudan.

Hasta que él, finalmente, la agarra por detrás y le tapa la boca.



El desenlace

*“Cuando te levantes por la mañana, piensa
en el precioso privilegio de estar vivo,
respirar, pensar, disfrutar y amar”.*

(Marco Aurelio)



CAPÍTULO 81



Les avisan de comisaría porque ya tienen los vídeos del pub disponibles para su visionado. Dudan por un momento si esa tarea puede o debe esperar. Al fin y al cabo, Jack Thompson ya les ha contado lo sucedido. No obstante, pueden servir para cerciorarse de si ha contado la verdad cuando ha relatado que después se fue a su casa.

Temen que pudiera seguirla.

El joven restaurador se ha convertido, de momento, en el principal sospechoso. Les ha dado la impresión de que, igual que fue excesiva su reacción en el pub, podría haberlo sido incluso peor en otro momento. Se vieron posteriormente en el trabajo pero, ¿quién les asegura que no pasó algo más después?

—Vamos para allá —decide el policía al mando—. No nos llevará mucho tiempo. Además, tendremos que solicitar los vídeos de tráfico para ver a dónde se dirigió después el bueno de Jackie.

Entonces el inspector Carter recuerda una cosa. Jamie le dijo que los compañeros de Stacey aseguraron que se fue del local con un tipo que no conocían. Si eso es cierto, puede que eso cabreara a Jack especialmente.

En cuanto llegan a las dependencias policiales, se acercan a la sala de medios audiovisuales donde ya les está esperando el técnico con los vídeos preparados.

Se sientan con un sendos cafés y una caja de donuts que comparten con Killian, el especialista en el tema. Es un treintañero afable y dicharachero con el que suele ser agradable compartir conversación, si no fuera porque en ese momento desean ir al grano.

—Muy bien, vamos a ver qué tenemos por aquí entonces —responde la indirecta que le acaba de lanzar Ethan Carter acerca de que necesitan verlos cuanto antes.

—¿Has revisado ya algo de los vídeos antes de que llegáramos? —le pregunta Jason, por si hay suerte y ha adelantado trabajo.

—Por supuesto. Ya tengo localizada a la joven en las distintas cámaras.

Les muestra el visionado desde distintos ángulos. Pueden ver con claridad el rifirrafe entre los dos jóvenes y cómo ella se lo quita de encima, así como la desagradable reacción de Thompson.

En las imágenes también logran ubicar a los distintos compañeros de trabajo que fueron con la chica a la cena aquella noche. Aprecian la reacción de todos y le sorprende la disparidad que observan. Da la impresión de que algunos a quien juzgan es a Stacey, pero no pueden estar seguros solo por lo que aprecian en esas imágenes sin sonido.

Siguen avanzando a la espera de ver el momento en el que la chica abandona la discoteca con el hombre que comentó su amiga.

En cuanto el tipo aparece en la imagen, algo hace clic en la mente del inspector.

—¡Vuelve atrás un momento, por favor!

—¿Dónde exactamente? ¿En qué minuto?

—Yo diría que un par de minutos antes. Quizá algo más.

—¿Qué pasa, Ethan? —le pregunta Jason.

—He visto algo que no me gusta.



CAPÍTULO 82



Hoy parece que la amabilidad que el día anterior percibió Jamie en la empresa se ha esfumado. Acude hasta allí justo después de comer. Sabía que los policías se dirigirían allí a primera hora de la mañana, por lo que decidió no entrometerse en esta ocasión, pues sería contraproducente para los resultados que espera.

La cuestión es que la han echado de allí sin contemplaciones. Tiene la impresión de que no les ha gustado la visita de la policía. No lo comprende. Deberían ser conscientes de que era un mal necesario teniendo en cuenta que Stacey ha desaparecido. Lo lógico sería que mostrasen el mismo interés que ella en que la encontrasen. Al fin y al cabo, ha trabajado con ellos.

—Señorita McDouglas —le ha dicho esta vez Anne Mistrade—. Le agradecería que nos dejase tranquilos. Solo queremos hacer nuestra labor, pero si la tenemos a usted y a la policía continuamente merodeando por aquí, nos va a ser imposible.

—Creí haberla entendido que apreciaba a Stacey.

—Y así era. Pero ahora mismo debo velar por mis intereses. Además, creo que con usted ya no tengo ninguna deuda que saldar.

—Solo necesito hacer algunas preguntas más —insiste la joven.

—Si vuelve la policía por aquí, estaremos encantados de atenderles, siempre y cuando traigan los debidos papeles en regla. No quiero que se nos trate como sospechosos ni nada por el estilo. Hemos tratado a su amiga con amabilidad y ella nos lo ha pagado marchándose sin decir ni adiós.

—¿Ah, sí? ¿Ahora le parece algo negativo? ¿Dónde ha quedado entonces eso del espíritu libre de los artistas? —pregunta con sorna Jamie.

La restauradora la mira con gesto duro.

—Si no se marcha ahora mismo, no me dejaré más remedio que avisar al personal de seguridad.

Jamie abandona el lugar de mal humor.

Por suerte, ese día no ha sido en balde.

Aunque llegó a la conclusión de que fue el último lugar en el que sabe a ciencia cierta que la vieron, no significa que no estuviera en otros sitios posteriormente, por lo que decidió probar otras cosas antes. Ha acudido a distintos museos de la ciudad esa misma mañana con la foto de Stacey preparada en su móvil, por si había suerte y alguien recordaba haberla visto por allí algún día de la última semana.

Posteriormente, ha seguido el mismo procedimiento con las cafeterías y restaurantes de la zona de los museos. En una cafetería cercana a uno de ellos, hay un joven camarero que la recuerda.

—Estuvo por aquí el fin de semana pasado. Bueno, estoy casi seguro de ello. Quiero decir —se explica con torpeza—, que si la he visto seguro que fue el sábado o el domingo, ya que son los dos únicos días que trabajo. Y estoy casi convencido de que era esa misma chica. A ver, era muy guapa y eso.

El fin de semana pasado.

Jamie recuerda que fue precisamente el sábado cuando recibió el último mensaje de su amiga.

El joven parece un poco incómodo. Da la impresión de que siente que fue algo casi grotesco fijarse en ella, cuando en realidad es lo esperable, pues Stacey nunca ha pasado desapercibida. Jamie recuerda que, siendo niñas, ya solía captar la atención del resto.

—Oye, puedes hablarme con confianza, ¿vale? Es bastante normal que la gente se fije en mi amiga, especialmente los tíos.

—Sí, bueno, supongo... —afirma inseguro, mientras se atusa el pelo—. De hecho es que, al ratito, se sentó con ella un chingo y estuvieron largo rato charlando.

«¿El hombre misterioso, tal vez?», piensa Jamie.

—¿Sabes si se conocían de antes? —se aventura a preguntar.

—Pues yo diría que no, porque el tipo le pidió permiso para sentarse con ella. Lo sé porque justo estaba sirviendo a la mesa de al lado cuando sucedió —asevera, señalando la ubicación en la que se encontraban en aquel momento Stacey y aquel hombre.

—¿Recuerdas cómo era él físicamente?

El joven se queda unos instantes pensativo. No se fijó en él tan bien como en la chica.

—Creo que era rubio, pero no estoy seguro al cien por cien.

Jamie asiente.

Si está en lo cierto, no se parece al del pub.

—¿Te fijaste si se fueron juntos?

El camarero carraspea. La verdad es que sí lo hizo, pero tampoco quiere que la amiga piense que estuvo todo el tiempo observando a Stacey.

—Tampoco es que le dedicase tanta atención —se defiende—, aunque juraría que se fue sola y él se quedó más tiempo. Pero no puedo estar completamente seguro.

Jamie se despide y le da las gracias dejándole una generosa propina. Lo cierto es que le ha resultado de muchísima ayuda.

Ya sabe un poco más acerca de dónde estuvo su amiga antes de que dejara de comunicarse con ella.

Se le ocurre dónde probar suerte a continuación.



CAPÍTULO 83



Cinco días antes.

El hecho de que la haya agarrado por detrás y le haya tapado la boca refuerza la idea en Stacey de que es más peligroso de lo que parece. Su corazón late tan rápido en el pecho, que casi le parece sentir dolor en su caja torácica.

—Abre la puerta y hablemos dentro —le dice al oído.

Ella sigue temblando y continúan sus dificultades para insertar la llave en la cerradura, aunque al final lo consigue. La empuja hacia el interior del apartamento de forma un tanto brusca y sin retirarle la mano de la boca.

Piensa que, en el momento que ha abierto la puerta, ha perdido su oportunidad de salvarse. Si hubiera sido más valiente, quizá le podría haber mordido la mano y dado una patada en la entrepierna, justo antes de entrar y cerrar de un portazo, dejándole fuera.

Ahora ya es demasiado tarde para darle vueltas a esa idea.

La oportunidad ha pasado.

No sirve de nada lamentarse.

La chica se dispone a encender la luz, pero él se lo impide. Tal vez sea la vergüenza que siente de sí mismo lo que hace que no quiera verle el rostro.

—¿Por qué has tenido que estropearlo todo? —le pregunta con rabia en la voz—. Te he dicho que no iba a hacerte daño. Solo quería que habláramos.

—No tenemos nada de qué hablar ya. Por favor, te ruego que te vayas.

—No, Stacey, ya no me puedo ir.

En ese preciso instante, llaman a la puerta.

El hombre se gira instintivamente.

—¿Esperabas a alguien? —le pregunta con un deje nervioso en la voz.

Ella niega con la cabeza, gesto que él aprecia a contraluz.

Vuelven a llamar.

—Stacey, ¿estás ahí? Hemos tenido un problema con la luz y quería asegurarme de que te encuentras bien —dice la voz al otro lado del pasillo.

Se hace el silencio, mientras el joven duda de si es buena idea que ella responda. Si lo hace, el otro sabrá que está allí. Quizás sea mejor hacerla callar y que se vaya cuanto antes.

Es lo que decide finalmente.

Le pone un dedo en los labios para evitar que diga nada.

La sorpresa llega justo a continuación.

Alguien acaba de introducir la llave y, acto seguido, se abre la puerta.



CAPÍTULO 84



Jason mira intrigado las imágenes. No se le ocurre qué puede haberle llamado la atención al inspector Carter. Tampoco le sorprende que así sea. Es un policía bastante agudo que suele apreciar detalles que a otros se le escapan.

—¡Para! Justo ahí —le solicita a Killian, cuando ve exactamente lo que estaba buscando.

—¿Qué sucede, Ethan? —pregunta su compañero intrigado.

—Mira, ¿ves lo mismo que yo? —le pregunta mientras señala algo en la imagen.

—¡Hostias! —exclama de forma malsonante. No suele maldecir en el trabajo, pero en esta ocasión no ha podido evitarlo.

—Exacto. Aquí vemos al tipo con el que se marchó Stacey hablando con una compañera de trabajo de la chica. Menos mal que dijeron que no le conocían de nada.

—Desde luego no da la sensación de que sea la primera vez que se ven. Es más, yo diría que se conocían bastante bien. Parece que incluso discuten, ¿no te da esa impresión, Ethan? —trata de corroborar el policía de menor rango.

—Sí, a mí también me lo parece. Pocos minutos después, se acerca a nuestra desaparecida y comienza a hablar con ella.

—Y creo que también la conocía de antes.

—¿Por qué demonios crees que dicen que no sabían quién era? —indaga el inspector, intentando corroborar su teoría.

—Porque tienen algo que esconder.

—Exacto. Y no solo eso. Hay algo más.

Jason lo mira sin saber a qué se refiere. Vuelve a observar la imagen con detenimiento.

—Fíjate bien, Taylor —le insta el inspector.

Jason se acerca un poco más a la imagen e intenta afinar la vista. Killian mira a los dos hombres sin saber muy bien qué decir o hacer.

—No hace falta que te acerques tanto a la pantalla, hombre. Puedo hacer zoom si lo necesitas —sugiere entonces.

El detective Taylor le mira con un gesto de hastío.

—Podías haberlo propuesto antes, ¿no te parece?

El técnico se encoge de hombros. Estaba tan absorto mirando a los dos policías que no había caído en algo que hace de forma rutinaria.

Amplía la imagen todo lo que puede y, por segunda vez, Jason Taylor vuelve a blasfemar.

—¡Hostias!

—Por lo que veo, tú también le has reconocido.



CAPÍTULO 85



Cinco días antes.

Ninguno de los dos sale de su asombro. Han pasado tan solo unos segundos desde que han oído la voz de Kevin en la puerta del apartamento de Stacey y este ha decidido abrir la puerta. La chica respira aliviada, puesto que siente que esa va a ser su salvación.

Por primera vez, siente que fue una buena decisión permitir que su casero tuviera una copia de las llaves. Eso es precisamente lo que está a punto de salvarle la vida.

O eso cree.

—¿Qué demonios haces? —le pregunta Jack, al tiempo que el recién llegado acciona el interruptor y se hace la luz. Les cuesta unos instantes acomodarse al don de la visión que han recuperado gracias al milagro de la electricidad.

Stacey le mira confundida. ¿Acaso se conocen?

—Tenías que estropearlo todo, ¿verdad? —dice el casero con un tono gélido—. Eres un puto estúpido, Jack. Desde que vi lo que hiciste el otro día en el pub, supe que ibas a cagarla. Solo era cuestión de tiempo.

Los ojos de la chica se colman de lágrimas. Su cerebro no quiere comprender lo que está oyendo. No es posible. Debe estar malinterpretando la situación.

—¿Yo lo he estropeado? Te vi, Kevin. Vi que salías con ella del pub.

—Tenía todo bajo control —asegura con un tono de voz firme.

Stacey rompe a llorar de manera silenciosa.

No puede ser.

Nada tiene sentido.

Ni siquiera podía imaginar que ellos dos se conocieran.

Entonces Jack frunce el ceño.

—¿Por qué has venido? —indaga intrigado.

—Porque estabas a punto de hacer una tontería. No quiero tener a la policía por aquí merodeando, ya lo sabes. Os lo he dicho muchas veces. Me gusta hacer las cosas a mi manera.

—No me has entendido. Lo que te pregunto es cómo sabías que estaba aquí.

Kevin duda un instante si le conviene responder a esa pregunta. En realidad, pensándolo bien, ya da lo mismo, porque todo está perdido.

—¿A ti qué te parece?

—Tienes cámaras en el piso, ¿es eso?

Stacey se dobla por la mitad ante la impresión. No puede ser. No quiere creérselo. Sin embargo, ahora tiene sentido que en tantas ocasiones se haya sentido observada. Han usurpado su intimidad, le han robado hasta el menor resquicio de privacidad.

Se endereza, buscando dónde pueden estar las cámaras.

Se intensifican sus sollozos y se lleva la mano a la boca. No puede creerse que le esté sucediendo aquello. ¿Acaso está en medio de una pesadilla? Debe ser, porque lo demás no tiene sentido.

¿Por qué iban a querer hacerle daño?

¿Qué tiene ella que pueda interesarles?
¿Por qué se ha convertido en su objetivo?



CAPÍTULO 86



Jamie regresa al edificio en el que ha estado residiendo Stacey. Sus cosas deben seguir allí. Tiene intención de presionar al casero, es decir, a aquel arrogante que se cree tan irresistible. No obstante, no es la primera táctica que va a llevar a cabo. Ha pensado apostarse en los alrededores del bloque de viviendas e ir abordando a cada uno de los vecinos que accedan al interior.

Justo en ese preciso instante, recuerda un detalle que había olvidado. No comprende cómo se le puede haber escapado esa conexión. Tal vez se deba a la tensión de los últimos días y al estrés, aunque eso no suele ser un motivo, puesto que su cerebro está acostumbrado a ello.

Anne Mistraude fue la que le habló del bloque de viviendas de alquiler donde, finalmente, Jamie le consiguió el apartamento a buen precio a Stacey. ¿Acaso la restauradora y el casero se conocen?

No sabe si ese dato puede ser útil o no, pero desde luego le resulta bastante curioso.

Después de un rato esperando sin ver ni a una sola persona acercarse al portal del edificio, Jamie que aborrece la inactividad se dirige hacia allí. Cambio de planes. Va a llamar a todas las casas e intentará probar suerte a ver si alguno de los residentes recuerda haber visto a su amiga en los últimos días. Una vez que finalice con esa tarea, se acercará a las cafeterías de la zona para tratar de averiguar si frecuentaba alguna de ellas.

Justo cuando ya está muy cerca, rememora la mala sensación que tuvo la noche anterior. Mira hacia arriba y vuelve a tener la impresión de que alguien la estaba observando desde una de las ventanas del quinto piso.

Se echa unos pasos hacia atrás para tener un mejor ángulo de visión y observa con detenimiento hacia allí. Juraría que se acaban de mover unos visillos, aunque le parece que es tan de película que no quiere darle crédito absoluto a sus suposiciones.

Desde esa distancia no puede ver con precisión si hay alguien acechando detrás de la cortina, así que reemprende la marcha hacia su objetivo. Después de haber probado suerte en tres viviendas, se abre la puerta del portal y aparece el tal Kevin. No puede evitar mirarle con desagrado. Le resulta demasiada casualidad verle. Desconfía. No sabe por qué, pero lo cierto es que tiene un mal pálpito. Algo en la mirada de él le parece hoy bastante siniestro.

—Jamie, si no me equivoco. Otra vez por aquí —le dice con un tono de voz que no sabe cómo interpretar. Lo que es seguro es que no se alegra de verla.

—Sí, otra vez. Y las que hagan falta. Ya te dije ayer que no iba a parar hasta que localice el paradero de mi amiga. Y si no te lo dije, bueno, pues te informo ahora.

Kevin sonríe en una mueca que resulta del todo falsa. Siente tal desagrado debido a ese recurrente inconveniente, que ni siquiera puede disimular.

—Lo comprendo. Por eso he pensado que puede que tengas razón y no está de más que veas el piso de tu amiga por si ves algo que te ayude a encontrarla.

A Jamie le parece demasiado fácil.

Aun así, no puede negarse a aprovechar esa oportunidad.



CAPÍTULO 87



Kevin Payne había estado en más de una ocasión en el objetivo de la policía. Sin embargo, nunca pudieron demostrar nada. Hace tiempo que piensan que aquel tipo está metido en algo turbio y le estuvieron siguiendo la pista por si daba un paso en falso y podían enchironarlo.

Sin éxito hasta la fecha.

Por otra parte, intuían que debía colaborar con alguien para llevar a cabo de forma tan limpia sus negocios y que nunca hallasen nada por lo que atraparle.

—Va siendo hora de que le hagamos una visita a nuestro viejo amigo —sugiere Jason.

—¡Buena idea! Pero primero, necesitamos hacer un listado de las propiedades que se encuentran a su nombre y pedir las oportunas órdenes de registro —explica Carter.

Taylor hace un gesto que sugiere que no está de acuerdo. Ethan Carter le mira de forma interrogativa.

—Creo que debemos pararnos a pensar dos veces en esto.

—¿Por qué? —pregunta el inspector.

—A ver, Ethan, dale una vuelta. La chica no desapareció justo después de esa noche. Su amiga ha dicho que estuvo en contacto con ella después y, además, acudió a trabajar. Debido a que no tenemos nada que conecte un hecho con el otro, es imposible que ningún juez esté tan loco como para darnos una orden.

El inspector emite una especie de gruñido. Sabe que su compañero tiene razón, pero no le agrada que sea así.

—Lo sé. No obstante, de momento, creo que puede ser útil conocer los inmuebles que estén registrados a su nombre.

—Sí, eso es correcto. También deberíamos incluir las propiedades que estén al nombre de los progenitores, por si acaso. Así podremos ir echando un vistazo y buscando indicios en los alrededores.

—Buena idea. Se me ocurre otra cosa que no nos pueden denegar y que podemos llevar a cabo de manera simultánea. La chica lleva varios días desaparecida, así que no hay inconveniente en que nos autoricen a entrar en su piso hoy mismo ante la sospecha de que le pueda haber pasado algo. Al fin y al cabo, hace días que nadie la ha visto.

—Exacto, a pesar de que la denuncia se hiciera ayer mismo —se lamenta Taylor con una mueca de desagrado.

—Gracias a nuestro querido “Pato Donald” —dice con ironía refiriéndose a Donald Johnson.

Ambos se dirigen a su departamento para preparar el operativo. Revisan la última dirección conocida de la joven y solicitan la orden. También piden al jefe de policía que les asigne más efectivos para esa misión.

Cuando cruzan datos, observan una coincidencia interesante.



CAPÍTULO 88



Dos días antes

Le desagrada el modo en el que se ha desencadenado todo, en especial, por tener que soportar la incesante letanía de su padre haciendo referencia a lo mal que ha salido todo y las consecuencias que puede tener.

Cualquier día se deshace del viejo y da por finalizada esa molestia.

Todo se ha precipitado de modo imprevisible. Que entrase Jack en la ecuación lo ha desbaratado todo. Es un estúpido y un impulsivo, ya se lo había comentado a Anne en días anteriores y quería que lo mantuviese alejado de la joven. Pero no, tuvo que entrometerse y desbaratar el plan.

Ahora deben analizar los posibles riesgos a los que se enfrentan y cómo cambia esto la situación. Tienen a un cliente común esperando un encargo y no se lo van a poder ofrecer a tiempo. Es de los que pide garantías y no quiere ni el menor riesgo. Si huele cualquier indicio de contratiempo, desaparece sin dar la menor explicación.

Últimamente, esa parte de sus actividades económicas no les está yendo nada bien. Deben plantearse, quizá, dejar ese negocio a un lado por el momento, por mucho que sea posiblemente el más lucrativo de todos los que tienen entre manos.

Se aproxima al lugar en el que han quedado. Anne ya se encuentra esperándole sentada en un banco.

—Llegas tarde —le dice la restauradora.

—Unos minutos, nada más. No creo que eso sea lo más importante. Tenemos problemas más serios que abordar.

—Espero que no. Por el momento, nadie ha preguntado por ella. Me contó muchas cosas personales. Ni siquiera tiene buena relación con su familia. Tampoco tenía muchos amigos en su ciudad natal, por eso en cierto modo acabó recalando aquí. Únicamente mantiene un vínculo más estrecho con una compañera de la infancia, pero llevan sin verse desde que se trasladó aquí. La otra joven trabaja en un cargo de responsabilidad en una multinacional, así que veo poco probable que nos dé problemas.

—Eso espero. Si esta vez metimos a esta chica en el asunto fue porque tú sugeriste que podía ser una buena idea. Y la has cagado.

—Tú y tu padre la cagasteis con la última, ¿lo has olvidado? Por cierto, ¿cómo está el viejo?

—Más decrepito y desagradable cada día. Por suerte, no puede apenas moverse, si no, me temo que habría tenido que limpiar sangre hasta de la escalera del edificio. Ya sabes cómo le gusta una buena carnicería.

—Sois igual de macabros.

—No lo creo. Y por cierto, deberías deshacerte de Thompson. Ese chaval no nos va a dar más que problemas. Es demasiado impulsivo y solo piensa con la polla.

—Más o menos como tú, por lo que tengo entendido. ¿O acaso me equivoco? Porque me ha llegado al oído que te has acostado con ella. Todos te vieron irte del pub con Stacey. ¡Hay que ser estúpido!

—Me servía para tenerla controlada. Comía de mi mano.

—Ya —duda la mujer.

Se miran retadores.

—Anne, tienes que hacer tu parte. Encárgate de Jack igual que yo me he encargado de lo mío.
Si no lo haces, me temo que va a empezar a salpicarnos la mierda.



CAPÍTULO 89



Varias patrullas se dirigen a la dirección en la que figura que Stacey Queens tiene alquilado un apartamento. Tirando de algunos hilos, les ha llegado la autorización de la orden de registro casi en tiempo récord.

Casualmente, el edificio es propiedad del padre de Kevin Payne, lo cual resulta de lo más sospechoso, en especial considerando que no es la primera vez que una joven parece esfumarse después de pasar por allí.

No tardan demasiado en llegar al destino. En cuanto lo hacen, cortan la calle para evitar que nadie entre ni salga mientras se encuentran allí. Confían en localizar a Kevin en el bloque de viviendas. Si no fuera así, contemplan la alternativa de interrogar también al padre hasta que den con él.

Lo primero que hacen es organizar la entrada al edificio. Carter y Taylor encabezarán el operativo. El inspector ya lleva preparada la orden de registro para mostrársela al casero. Se la va a restregar por la cara y lo va a hacer con gusto. Está convencido de que esta vez van a dar con algo que le incrimine.

Quizá está poniendo demasiadas esperanzas en ello.

Si no logran dar con él, van a entrar aunque sea a la fuerza, pues tienen motivos para pensar que a la chica a la que buscan puede haberle pasado algo. Ya se preocupará más tarde de justificarlo debidamente si les ponen algún tipo de problema. No va a perder el tiempo ahora pensando en ello.

Acceden al portal y suben por la escalera hasta el rellano del primer piso. Cuando se van acercando, les parece oír un golpe y un grito.

Ethan y Jason se miran. Ambos han escuchado lo mismo. Puede que, al fin y al cabo, Stacey esté viva y se encuentre en su apartamento.

Llaman al timbre y se identifican.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Se hace un silencio repentino al otro lado. Aguzan el oído y, apenas un segundo después, se oye un grito, pero esta vez parece de un hombre.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —insisten.

Nada.

Entonces Carter da la orden para lograr acceder al interior del piso del modo que sea preciso, mientras el resto de policías aseguran la entrada y preparan sus armas.

Cuando por fin eliminan el obstáculo que les impedía adentrarse en la vivienda de la chica, se quedan con la boca abierta por lo que ven.



CAPÍTULO 90



Dos días antes. Última hora.

Stacey no recuerda nada de lo sucedido. Lo único que ve a su alrededor es oscuridad. Levanta sus brazos y palpa con sus manos lo que tiene más cerca. Parece que toca piedra fría. Rugosa. Entonces intenta moverse y nota unos grilletes alrededor de sus tobillos.

—¡No, no, no!

Se agacha y trata de tirar con sus manos.

Pero es imposible.

Está atrapada.

Llora desesperada. ¿Cómo puede haber terminado así? Intenta hacer memoria. Al esforzarse, el dolor de cabeza que ya sentía se hace más intenso.

Poco a poco, un recuerdo poco nítido se abre paso.

La oscuridad del portal.

Jack.

El interior de su piso.

También a oscuras.

¿Qué hace Kevin allí? Puede que se lo esté imaginando y que realmente no sea un recuerdo. Pero no es así. Es real. Entró en el apartamento. Ella tenía problemas. Pensó que él la salvaría.

Pero no fue así...

Ahí justo recuerda lo sucedido.

Se dobla por la impresión.

La mirada de crueldad que advirtió en él.

Y después...

Se abre una puerta. Por ella se filtra algo de luz, pero es insuficiente. Stacey no sabe quién es, pero se lo imagina. Su fragancia no hace más que confirmárselo.

—Veo que estás despierta, Stacey.

Ella le intuye, más que le ve, pues la escasa luz no le permite ver con definición sus rasgos. Aun así, adivina su expresión, que no anuncia nada bueno.

—Déjame ir, por favor. Volveré a Sacramento. Te prometo que no le contaré a nadie esto.

—Lo siento. Pero no. No tenía que haber salido así.

Se aproxima hacia ella.

Su silueta, recortada por la escasa claridad que entra por la puerta, le resulta tan amenazadora que el terror se extiende en oleadas por su cuerpo.

Está perdida.

No hay nada que hacer.

—No es culpa mía. Solo hago lo que me toca. Podrías causarnos muchos problemas.



El final

*“Las oportunidades son como los amaneceres. Si esperas mucho tiempo,
las pierdes”.*

(William Arthur Ward)



CAPÍTULO 91



Si estaba seguro de que Jamie MacDouglas es una joven con un carácter que nada tiene que ver con la mayoría de las personas que se ha encontrado en la vida, la escena que tiene frente a él ahora el inspector Carter no hace más que confirmárselo.

La joven luce diversos golpes. Su cara está amoratada y tiene un ojo hinchado. Sin embargo, el que se encuentra en el suelo doblado de dolor es Kevin Payne.

Había logrado convencerla para que entrara en el piso de su amiga y estaba convencido de que allí sería pan comido doblegarla.

Se equivocó.

Se encontró frente a una gata salvaje que sacaba las uñas y se defendía sin el más mínimo temor. Después de propinarle varios golpes, pensaba que ya no le quedaría más fuerzas. Fue cuando oyeron por primera vez el aviso de la policía. En ese instante, se abalanzó otra vez sobre ella para acallarla, puesto que estaba gritando. Cuando logró agarrarla por detrás y poner la mano en la boca, esta le mordió tan fuerte que incluso le arrancó un trozo de carne de la mano. Fue entonces cuando él aulló de dolor y la soltó, un error que pagaría muy caro, puesto que le dio la oportunidad de darse la vuelta y propinarle un puntapié en la entrepierna de esos que te llevan directos al hospital.

Los policías la agarran antes de que siga dándole patadas por todo el cuerpo. Le necesitan vivo. Cada vez parece más plausible que tenga alguna idea del paradero de Stacey Queens.

—¿Dónde está, maldito hijo de puta? ¡Te voy a reventar como le hayas hecho algo a mi amiga! —grita la joven absolutamente fuera de control.

Kevin Payne es incapaz de articular palabra en ese momento. Bastante tiene con encontrar el modo de respirar.

Los dos policías que sujetan a la chica se las ven y se las desean para poder controlarla. Quizá se deba a la adrenalina, pues parece inconcebible que una joven de su tamaño pueda tener tanta fuerza.

—Jamie, tranquilízate, por favor —le dice el inspector Carter.

No lo consigue a la primera, pero tras varios intentos, logra que la joven le haga caso.

—Le ha hecho algo a Stacey. Estoy segura. Tienen que averiguar dónde se encuentra.

—Confía en mí. Lo haremos.



CAPÍTULO 92



La resolución de este caso tampoco sirve para subir el ánimo de la unidad que dirige Ethan Carter. La verdad es que han encontrado a la chica. Ojalá eso pudiera considerarse un éxito. Pero no es así. Es imposible que lo sea cuando la realidad es que la encontraron muerta en el sótano del edificio.

Nunca imaginaron ese desenlace. En realidad, se produjo por una serie de errores encadenados. No estaba planeado asesinarla.

Tenían otros planes para ella.

Intentan quedarse con la parte buena. Se ha iniciado el desfile hacia la cárcel de un buen número de indeseables, entre los que se encuentran, por supuesto, Kevin Payne y su padre, pero también Anne Mistraude y algunos de sus trabajadores.

Tienen por delante una investigación llena de ramificaciones, más de las esperadas, por lo que van a necesitar la ayuda de otros departamentos policiales.

La famosa restauradora está lejos de ser trigo limpio y su ascenso y fama no lo ha conseguido solo gracias a su trabajo, sino a otros negocios relacionados con delitos contra el patrimonio nacional y, desde hace casi un año, colaborando con los Payne en el tráfico de distintos elementos, incluyendo la trata de blancas y de órganos.

En este negocio llevaban relativamente poco tiempo, pero les estaba resultando muy lucrativo. Debido a ello, a la avaricia y a la impresión de que era dinero fácil, acabaron por ser más descuidados de lo recomendable para sus intereses. Había demasiada gente implicada o, cuando menos, al tanto de esos asuntos. Eso nunca es bueno. Cuantas más personas lo saben, más posibilidades hay de que haya fugas de información o de que algo falle.

La mayoría de las veces, eran los Payne quienes realizaban la selección de las víctimas, salvo cuando Mistraude encontraba alguna que podía ser adecuada para el negocio.

Ese fue el caso de Stacey.

Le pareció que se la servían en bandeja cuando la contactó su amiga.

Normalmente, dedicaban tiempo a investigar su pasado, así como su salud. Las vigilaban y observaban sus rutinas, para decidir si era factible seguir adelante, puesto que no les interesaban aquellas personas que tenían facilidad para conocer gente y establecer vínculos sociales.

Stacey era muy bella y eso la hacía valiosa para la trata de blancas o para entregarla a las mafias para prostituirla en otros países. Llegaron a la conclusión de que nadie la buscaría y parecía que todo iría bien, hasta que Jack montó aquel número en el pub que provocó que llamase la atención.

Evaluaron los posibles daños en los días posteriores para decidir si continuaban adelante. En un primer momento, creyeron que podrían controlarlo. Hasta que el chico se presentó en el piso de la joven.

Ya no había marcha atrás.

Independientemente de lo que hubiera sucedido aquella noche, ya no tenían nada que hacer. Si la dejaba en paz, esta acudiría a la policía a denunciarle. Si no lo hacía, sería porque la habría

eliminado él mismo. Pero Jack era descuidado. Kevin pensó que no podía arriesgarse. Después de hablar con Mistraude y valorar qué hacer, concluyó que lo mejor para sus intereses era quitarla de en medio.

No contaban con Jamie.

Pensó que podría deshacerse del cadáver sin dejar ni el menor rastro como había hecho en alguna ocasión anterior. Kevin era frío y calculador. Dedicaba tiempo a planearlo todo con esmero. Le llevaba su tiempo adquirir los productos que le facilitaran la tarea sin dejar rastro de sus compras. Sabía que la policía le tenía todavía en el punto de mira, a pesar de que hacía tiempo que se había asegurado de no darles más motivos. No podía arriesgarse a un error estúpido.

Esta vez le faltó tiempo.

Y esa fue su equivocación fatal.

Cuando encontraron a Stacey, esta se encontraba descomponiéndose en unos bidones del sótano.

Algunos de los empleados de Mistraude estaban metidos en el ajo, como era el caso de Jack y Joanna, entre otros. El resto, intuían que se movía algo turbio, pero no hacían preguntas, puesto que tenían alguna asignatura pendiente con la ley o eran inmigrantes sin todos los papeles en regla. Se aplicaban a sí mismos, como si fuera una religión, eso de ver, oír y callar.

La empresa de Anne Mistraude y su buena fama en el sector servía, en gran parte, como tapadera para otros negocios. Confiaban en poder utilizarla para poder llegar a través de ella a algunas mafias y redes de traficantes.



EPÍLOGO



Ha pasado un año desde que Jamie fue a Seattle en busca de su amiga. La pena que inundó su corazón el día que la encontraron en pedazos y descomponiéndose en el sótano del edificio no acaba de desaparecer. En realidad, la joven intuye que nunca se irá del todo.

Fue demasiado grotesco y cruel.

Ha pasado meses de baja y en terapia. La culpa sigue ahí, agazapada en su interior. Por mucho que su psicóloga haya intentado hacerla entender que ella no es la responsable de lo sucedido, no termina de creerlo.

¿Cómo va a hacerlo si fue ella quien la puso en manos de esos psicópatas?

Hace ya cuatro meses que ha vuelto a trabajar, pero ya no es la misma. No le da tanto valor ni importancia a su carrera profesional. Ojalá hubiera llegado a esa conclusión mucho antes. Tal vez hubiera tenido más tiempo para visitar a su amiga y habría podido detectar que algo no iba como debería. Al fin y al cabo, si algo se le da bien es leer a las personas. A Kevin le caló en cuanto le vio. Nunca sabrá si también habría visto la oscuridad que habitaba dentro de Anne Mistrade.

Esa mañana gris se encuentra llorando delante de la tumba de su amiga. A su mente vuelan miles de recuerdos que han compartido, algunos reabriendo heridas y otros cerrándolas.

Si algo tiene claro es que nunca jamás podrá olvidarla porque Stacey es una parte de ella.

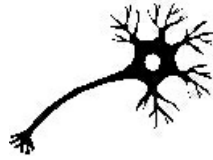


Fin...

Encuentra una nueva historia en el próximo libro

*“La dicha de la vida consiste en tener siempre
algo que hacer, alguien a quien amar
y alguna cosa que esperar”.*

(Thomas Chalmers)



Agradecimient0s



Los lectores sois la parte más importante de una novela, puesto que sin vosotros, lo que escribimos no son más que palabras puestas en un orden determinado. Vosotros le dais vida a nuestras historias, aunque aquellos que escribimos pongamos nuestro corazón en cada una de nuestras creaciones, solo pasan a estar vivas cuando alguien las lee.

Muchísimas gracias por darme la oportunidad de ver que este libro cobra vida en vuestras manos.



Gracias a mis lectores 0 porque, a pesar de que esta vez les he traído de cabeza y no les he prestado la atención que se merecían, han estado ahí ayudándome en el proceso.

- Margarita González Benavides.
- Patricia Burgos Cortés.
- Andreu Purroy Giribet.
- Ana Zorrilla
- Rocío García Melgar.
- Laura Díaz de Prado.
- Sara Moyano Ávila.
- Sonia Muñoz Rubio.



Y además quiero darle las gracias...

- A todos los lectores fieles, a los nuevos y a los que están por venir.
- Gracias a las personas que tanto cariño me han dado a lo largo de la vida porque a ellas les debo, sin lugar a dudas, gran parte de la ilusión con la que amanezco cada día.



Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que sigo preparando un apartado especial para cada uno de ellos.

Os dejo aquí el enlace.

<https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/>

Antes de irte...

Primero de todo, quiero darte las gracias por darle la oportunidad a mi novela. Espero que hayas disfrutado con su lectura y te haya resultado intrigante.

Para los autores autopublicados es muy importante vuestra opinión. Por eso, quiero pedirte unos minutos más para que dejes tu valoración en Amazon y, si te apetece, en Goodreads o alguna red social, lo cual sería fantástico.

Tu opinión es fundamental. Me ayuda a crecer, a mejorar y a darle visibilidad a mis obras. Gracias por dejarme soñar.



Nos vemos pronto con nuevas historias... si tú quieres.

“Haz todos los días algo que te dé miedo”

- Eleanor Roosevelt

Un abrazo grande



Otros libros de la autora

Podéis adquirir mis novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon. A continuación, os dejo el listado de las mismas entre las que podréis encontrar diversos géneros literarios:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)
- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)
- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2)
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 3)
- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año
- Algo Muere al Amanecer (Serie Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Serie Amanecer 2)
- Amaneceres Inciertos (Serie Amanecer 3)
- El Casero.
- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 2)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonrías - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando te grabo - Serie Amor con Humor 3 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)

- Cómo secuestrar a un asesino (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz (bajo el seudónimo Sheila Relish)



PRÓXIMAMENTE:

Libros autoconclusivos y de distintas series que se publicarán posiblemente a lo largo de 2024:

- Espejos rotos (serie Davis y Tracy 1)
- Sombras (serie Myrkur Cranston 4)
- Tormento (serie Myrkur Cranston 5)
- Hambre de corazones - *spin-off* serie Myrkur Cranston
- El secreto escondido
- Diseñando al perfecto psicópata
- Puerta sin retorno
- Cae la noche en Sant Michel

Acerca de la autora



Escribir ha sido un regalo para mí. Descubrir esta pasión, un sueño. He perdido la capacidad de aburrirme, pues en mi cabeza siempre se están gestando nuevas historias que estoy deseando volcar en un papel.

Cuando estaba en plena adolescencia y tocaba decidir qué camino seguir, me costó encontrar mi verdadera vocación, así que estudié primero ciencias puras y, en el último curso antes de la universidad, letras mixtas. Ese año comencé a colaborar como redactora en una revista local y entendí que lo de redactar tenía su punto y disfrutaba haciéndolo.

La carrera creó que me proporcionó sólidas bases y me reafirmó en esa intuición que ya sentía acerca de la satisfacción que me daba ponerme delante de un teclado.

Sin embargo, pasaron muchos años hasta que retomé mi pasión, puesto que mi carrera profesional se encaminó a destinos relativamente alejados de la escritura. Cuando me lancé a autopublicar mi primera novela me di cuenta de que ya no quería dejarlo.

Estoy muy cerca ya de tener cuarenta libros escritos y no podéis imaginaros lo feliz que me siento por ello. Y lo mejor de todo es que, con cada una que escribo, estoy más motivada.

Eso sería imposible sin vosotros, mis queridos lectores.

#lectoresdelazorion.